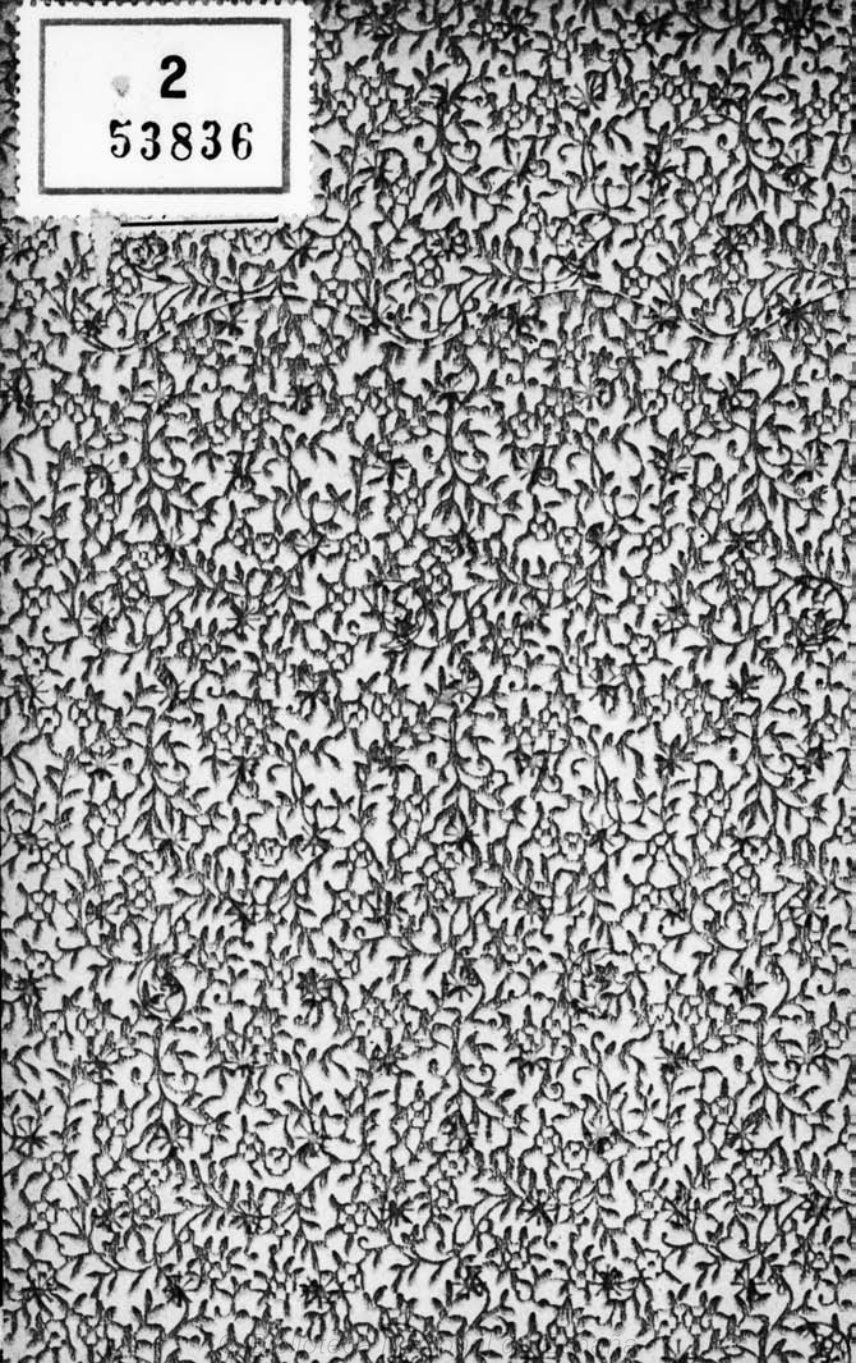


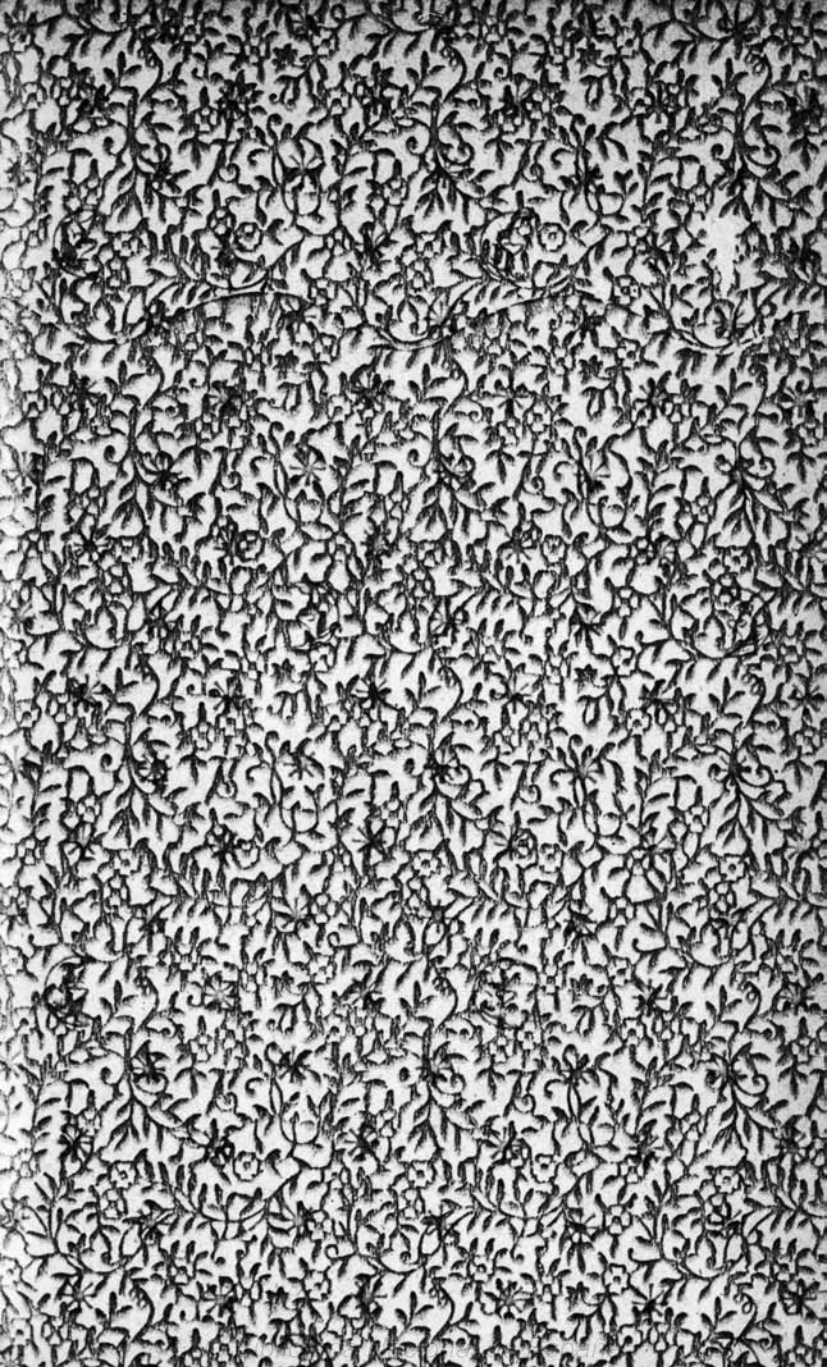
J.A.

6

2

53836






ALCIDE
ENGAÑERADOR
VALVE DE S. OUEL
MADRID

16

V. ACHA * Editor



VICTORIA

ESTUDIOS DEL NATURAL

POR

CRISTÓBAL LITRÁN

«Se acabará, por estudios sencillos, sin peripecias ni desenlaces, el análisis de un año de existencia, la historia de una pasión, la biografía de un personaje, las notas recogidas en la vida y lógicamente clasificadas.»

Le Roman Expérimental.
EMILE ZOLA.



BARCELONA

TIPOGRAFÍA «LA ACADEMIA,» DE E. ULLASTRES

6 - RONDA DE LA UNIVERSIDAD - 6

1885

Al eminente publicista e inteli-
go político don Francisco Pi y Suñer-
gall.

Señor D. F. Pi y Suñer-
gall / Libran.
26 Mayo 1888

VICTORIA

V. ACHA * Editor



VICTORIA

ESTUDIOS DEL NATURAL

POR

CRISTÓBAL LITRÁN

«Se acabará, por estudios sencillos, sin peripecias ni desenlaces, el análisis de un año de existencia, la historia de una pasión, la biografía de un personaje, las notas recogidas en la vida y lógicamente clasificadas.»

Le Roman Expérimental.
EMILE ZOLA.



Francisco Pi y Suñer
Abogado. MADRID.

BARCELONA

TIPOGRAFÍA «LA ACADEMIA,» DE E. ULLASTRES

6 - RONDA DE LA UNIVERSIDAD - 6

1885



Es propiedad

DOS PALABRAS

Hubiéramos querido prescindir de prólogo en esta obra, pero ciertas consideraciones relacionadas con la susceptibilidad de que á veces demuestra hallarse poseído nuestro público, nos impone el deber de hacer aquí brevísimas consideraciones, mejor diremos, declaraciones categóricas.

Sabemos ya de antemano al decidirnos á dar á luz estos Estudios, que la generalidad de las gentes, sobre todo los viejos verdes é hipócritas, y los jóvenes pacatos, nerviosos aun por el calor de la almohada de la concubina ó de la prostituta, no han de perdonarnos lo que llamarán nuestro atrevimiento ó quizás nuestra desvergüenza, poniendo en nombre de la moral el grito en el cielo. ¡Ellos que han aplaudido sin escanda-

lizarse las representaciones de La Mascota y de Donna Juanita!

Poco nos importan, en este concepto, ni su aplauso ni su censura; no escribimos para ellos, ni somos tampoco fabricantes de la hipócrita moral al uso.

Como escritores, no creemos sea nuestra misión el parti pris de moralizar que dicen los franceses; estudiamos una pasión en las distintas fases de su desarrollo: hélo aquí todo.

No falta, sin embargo, sentido moral en VICTORIA.

Lea sino el lector y juzgue.

Lea sobre todo desapasionadamente, y tras el concepto descarnado ó la frase cruda y atrevida con que á veces la pasión se manifiesta, descubrirá á buen seguro, un algo noble y generoso, cierto elevado espíritu moral que pudiéramos decir, que es tan inseparable de la pasión, como la sombra del cuerpo.

Tampoco, y esto no creemos sea ocioso advertirlo, dada la forma subjetiva que en razón de su carácter psicológico se nos ha impuesto lógicamente en esta obrita, debe suponérsenos animados del deseo ó de la intención de abogar por la afirmativa ni por la negativa, de una manera absoluta, á propósito de la posibilidad ó imposibilidad de esas que se llaman redenciones por el

amor. Nada más lejos que semejante intención de nuestro ánimo.

Habla en este estudio un personaje real, en cuanto ha sido posible desligado de nuestra personalidad; estudiamos un hecho particular concreto; hemos recogido y clasificado del mejor modo que hemos podido, datos y antecedentes, observaciones y sucesos, reconstruyendo para presentárselo al público el proceso de una pasión. Esta es toda nuestra obra.

VICTORIA

I

.
.
Era aún mi amigo, y sin embargo, tuve que desafiarle. En lucha el cariño y la dignidad, pudo más ésta que aquél. Esto no obstante yo le apreciaba... La ofensa que de él había recibido era grandísima; exigía que el duelo fuese á muerte. Pasando, pues, por encima de todas mis convicciones, envié mis padrinos al amigo ofensor, nombró aquél los suyos, y en la segunda entrevista fijóse el día, hora y sitio para la celebración del lance. El arma por mi contrincante propuesta y por mí aceptada, fué la pistola.

Amigos aún la víspera, mi adversario y yo, debíamos dentro de algunas horas encontrarnos

en el campo del honor dispuestos á matar ó á morir. Yo iba á lavar mi dignidad mancillada; ¿pero mi adversario á qué iba?

Tal vez á manchar su conciencia con mi muerte...

La fatalidad, el determinismo social, ¿quién sabe qué! á pesar de todas estas consideraciones, me había impulsado al duelo.

Sin que me faltase valor para trance en mí tan nuevo, no podía por menos de estar preocupado por sus consecuencias, fueran éstas las que fuesen, y aquella preocupación se revelaba, á pesar mío, en mi semblante.

La noche misma del día en que para dos después se fijó la celebración del duelo, mis padrinos, y otros amigos, viendo mi tristeza, me arrastraron imprudentemente á una alegre y espléndida cena de jóvenes, con el intento de que el vino y el bullicio disiparan, siquiera fuese momentáneamente, mis pesares, ahorrándome así algunas horas de incertidumbre angustiosa.

La cena, por lo demás, terminó donde acostumbra terminar estas diversiones de los jóvenes. Regularmente, Venus acompaña del brazo á Baco vacilante por las repetidas libaciones, y la Venus impúdica hubo de ser aquella noche nuestra compañera.

Entre aquellas infelices había una llamada Victoria, á la que yo profesaba algún cariño.

Algunos días antes, en circunstancias por cierto bien distintas para mí, la había visto

por primera vez, y ya desde entonces me fué extraordinariamente simpática y creí notar que yo también le era simpático á ella.

Victoria realizaba en belleza el tipo ideal de mujer, que yo, como todos los hombres, me había formado, ¡Pobre perla en el fango!

Aparte de sus gracias, su infortunio de mujer caída, aumentó mi interés hacia ella.

Reservado, sobre todo con las mujeres, nada absolutamente la dije, ni insinué que pudiera darle á comprender la simpatía que me inspiraba, y así hubieran por mi parte, continuado las cosas, á no disponerlo de otra suerte los acontecimientos.

La noche que la conocí, observé, como antes dije, que me miraba con complacencia en la que no era difícil descubrir cierto tinte de tristeza. Hablándome muy quedito en un rincón de la sala, recatándose como el que va á cometer una mala acción, me dijo la noche de nuestro conocimiento, que mi fisonomía evocaba en ella perfectamente por su parecido con la de otro hombre, á quien había hecho objeto de esas extrañas preferencias de mujer pública, que tienen algo del amor purísimo, recuerdos de hermosos días de ventura, de días de esperanza, de horas de deleite y de consuelo...

Me decía esto con tal vehemencia, con tal pasión, mientras me acariciaba, que yo, aunque incrédulo, presté crédito á cuanto oía, y nada egoísta, me dejaba acariciar aunque el móvil de

aquellas caricias sólo fuese mi parecido físico con el *otro*. Al fin y al cabo, en la sensación no había engaño, era yo quien la sentía.

Desde el momento en que Victoria me hizo aquella confesión, mis visitas á su casa se repitieron con frecuencia. Aunque su cariño fuese fingido, yo me complacía en creerlo verdadero; débil al fin, me dejaba mecer por la dulce ilusión de ser amado, siquiera fuese de mentirijillas, y á ratos. Había algo en mi naturaleza que se rebelaba contra la idea de pasar la juventud sin haber ayudado á conjugar el verbo amar.

Por esto Victoria fué mi compañera en aquella noche de amargura.

Poseído de honda pena, maquinalmente me desnudé y me metí en cama.

Las formas escultóricas de aquella muchacha que en otras ocasiones tanto excitaban mi admiración de artista, eran para mí aquella noche como indiferentes; ni las miré ni las acaricié siquiera.

Con mi brazo izquierdo rodeaba su cuello elegantísimo y perfectamente torneado, mientras mi vista se perdía en la estancia como fija en algo que irresistiblemente la atrajese. En vano ella me acariciaba y besaba con amor; yo permanecía insensible á sus caricias, y si la besaba, mi beso era frío, débil, como sospecho que han de ser los de los moribundos.

Victoria fijaba su mirada en la mía, extra-

ñándose de mi desvío; yo no la veía siquiera; miraba hacia dentro preocupado con la idea del duelo que me dominaba.

—¿Qué tienes hoy, querido mío? me decía.

Yo no respondía palabra, si hubiera hablado, tal era la excitación de mi ánimo, las lágrimas se habrían asomado á mis ojos sin poderlo remediar, y yo no quería llorar delante de una mujer.

Sus caricias se redoblaron. Cuando ella me solicitaba, yo la rechazaba. Como dentro de algunas horas había de batirme, no quería excitar mi sistema nervioso...

—¿Qué tienes hoy? seguía diciéndome Victoria. ¿Por qué pagas con desvíos mis caricias; por qué ni siquiera me das un beso; me has olvidado ya?

Tantas y tan frecuentes fueron sus preguntas, las hacía con voz tan insinuante, que al fin respondí:

—Déjame por Dios tranquilo, Victoria. Si supieras que al desprenderme de tus brazos habré de bătirme...

Yo hubiera querido no haberlo dicho, pero me fué imposible callar por más tiempo, aparte de que el vino me había vuelto algo comunicativo. Sin embargo, después de haber hablado, me encontré más tranquilo, sentí como si mi pecho se aliviase de un peso enorme.

—¡Un desafío! ¿Tal vez por otra mujer? exclamó Victoria incorporándose en la cama.

—No es por ninguna mujer, respondí con firmeza é ingenuidad que debieron convencerla y apagar su arranque de celosa indignación, que me parecía demasiado espontánea para ser fingida.

Incorporada como estaba, inclinóse sobre mí. Su hermoso seno desbordaba de la camisa; el cabello en desorden le caía graciosamente por los hombros; sus mejillas estaban teñidas de carmín por el calor de la cama.

Victoria cogió entre sus manos mi cabeza, y comenzó á besarme con delirio, con locura, mientras decía:

—Vida mía, no te batas; créeme, no te batas...

—Es imposible, es imposible... murmuraba yo besándola.

—No te batas... proseguía diciendo ella.

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas semejantes á dos perlas que se desprendieran de su concha.

Yo no quería creer en la realidad. Casi había pagado tributo á la preocupación social que supone que las prostitutas no tienen corazón.

Sin embargo, Victoria lloraba efectivamente.

Aquellas lágrimas vertidas por mi causa, me enternecieron.

Desde aquel instante Victoria estaba redimida á mis ojos, dignificada ante mi criterio.

En el llanto de aquella pobre mujer, leí en un momento todo un poema de amor y de ternura, descubrí todo un mundo de ignoradas sensaciones. ¡Qué feliz era yo por haberla visto llorar de aquella manera!

Comenzaba á clarear, y los pajarillos, desde los árboles del jardín á que daban las ventanas de nuestro cuarto, saludaban la venida del día con alegres trinos.

Consolé á Victoria con mil apasionadas caricias, y abrazados estrechamente nos dormimos rendidos de fatiga.

Cuando á eso de las once de la mañana nos despertó el ruido que empezaba á oirse en la casa toda revuelta con el trajín de la cotidiana limpieza á que se entregaban las criadas arrasando por el suelo sus chancas de suela de madera, ella y yo nos miramos un instante con ternura, comunicándonos nuestro pensamiento con un beso y un abrazo.

Morir de aquella manera, en aquel supremo momento, creyendo de buena fé en el amor correspondido; sintiendo aquella sensación inefable que á veces nos hace creer que un sér espiritual femenino se esparce, se trasfunde en el

nuestro inundándole de deleite, debe de ser una muerte dulcísima... Yo hubiera querido morir en aquel instante.

¡Tan cierto es que el corazón humano, por mucho que lo agiten los embates de la realidad, guarda siempre algo de idealismo escondido entre sus pliegues!

II

Aquel día, en saliendo de casa de Victoria, me fuí á la de un maestro de esgrima, y le dije que era preciso que en breves horas me adiestrase en el manejo de la pistola.

Por primera vez en mi vida cogí el arma homicida en la mano, y bajo la dirección del maestro hice algunos disparos.

—Con un poco de práctica, tirará usted bien, me dijo.

Al siguiente día, á la hora convenida, con mis padrinos y el médico, comparecía en el sitio designado para el duelo.

Nunca el cielo habíame parecido tan risueño; jamás había el sol brillado más espléndidamente, ni las flores exhalado más embriagadores perfumes.

Al bajar del coche, ocultándome tras él, abracé con efusión á mis padrinos, y le entregué á uno de ellos una carta para mi familia, escrita con jugo del alma en abrasadores momentos de fiebre.

—Abraza á Victoria en mi nombre, añadí vivamente emocionado. Dila cuánto agradezco el interés que por mí manifestó la otra noche, y que la quiero mucho.

Poco después otro coche detúvose á poca distancia, y bajaron de él mi contrincante, sus padrinos y el médico.

Algunos instantes más tarde, después de las diligencias preliminares en todo desafío, mi adversario y yo nos hallábamos frente á frente pistola en mano.

Los padrinos hicieron la seña convenida; yo instintiva, ó mejor dicho, automáticamente, oprimí el gatillo, y al mismo tiempo casi sonaron dos detonaciones...

Mi adversario y yo continuábamos en pié, ilesos...

Cambiamos de pistolas; nos pusimos nuevamente en guardia, los padrinos hicieron otra vez la seña y sonaron dos tiros. Caí al suelo bañado en sangre. La bala de mi adversario me había roto el brazo.

Nunca como después de aquel suceso me pareció el duelo una estupidez completa: con toda la razón y la justicia de mi parte, resultaba doblemente ofendido, puesto que lo había sido primero en mi honra, y luego en mi cuerpo.

Al caer en el suelo desvaneciéndome por el dolor de la herida y la pérdida de sangre que por ella se escapaba, mis ojos nublados con el velo de la muerte divisaron un coche que á todo

escape entre una nube de polvo, se dirigía hacia el sitio en que nos hallábamos. Una mujer, en la que confusamente reconocí á Victoria, apeóse de él ligera, corriendo al grupo que formaban mis padrinos y el médico practicándome la primera cura; creí percibir una exclamación de desesperación y dolor, y luego... luego ya no oí nada.

Según supe más tarde, mientras uno de mis padrinos acompañaba á la bondadosa muchacha á la ciudad, el otro, juntamente con el médico, me trasladaban á mí á la quinta que, próxima á aquel sitio, tenía un amigo.

Afortunadamente la herida no era de gravedad, y después de dos días de fiebre, gracias á los cuidados exquisitos del facultativo y de los amigos que me rodeaban, entré rápidamente en el periodo de la convalecencia, durante el cual la imagen de aquella desgraciada joven, interesándose tanto por mi suerte, no se apartó un momento de mi memoria.

Inclinado ó predispuesto al sentimentalismo por la enfermedad, privado de las atenciones de mi familia ignorante de aquel suceso, la conducta de aquella pobre muchacha tenía doble mérito para mí y me servía de consuelo en mis dolores.

Lo que yo sufrí durante el mes que aproximadamente duró mi forzada ausencia del lado

de Victoria, no es para dicho. Más de una vez durante aquellos días, obedeciendo á un impulso que parecía irresistible, á la voz de la gratitud y del cariño, estuve tentado á coger la pluma y escribirla suplicándole me enviase siquiera dos letras escritas por su mano, una flor, una cinta, un mechón de sus cabellos, algo, en fin, que hubiese estado en contacto con su sér, que tuviese algo de su aroma, de su poesía, de su perfume. Pero, á pesar mío me contenía.

¿Qué hubiera dicho la sociedad; qué, hasta mis mismos amigos?

El concepto social, no obstante de parecerme erróneo é injusto, vencía al individual mío, sobreponiéndose á él; y entonces la mujer desgraciada, de corazón generoso y sentimientos levantados, cedía el puesto á la mujer máquina, envilecida, al sér sin corazón y sin decoro, al que, siquiera no fuese más que por pudor, no podía ni debía escribir. Y sin embargo, pobre muchacha, yo te amaba, sí, te amaba; y si un mal entendido pudor logró que durante mi ausencia no te escribiese, no fué bastante á impedir que en cuanto pude, corriese á tu lado. Por esto fué para tí, apenas llegado á la ciudad, mi primera visita.

La entrevista fué alegre, conmovedora, causa para los dos de verdadero contento. Nos besamos y nos abrazamos con efusión, con deleite; nos hicimos mil recriminaciones disfrazadas

con el tono de broma; *jugamos á novios decentes*, como dijiste tú, hermosa, llorando de alegría.

Desde aquel instante yo no sé qué fatalidad me impulsaba á buscar la compañía de Victoria, con una satisfacción vivísima, con un consuelo inefable.

El ardiente deseo de verla que, durante el tiempo que me ví obligada á guardar cama me había devorado, seguía siempre dominándome, ganando siempre nueva potencia.

Si alguien, á pesar de todo, me hubiese asegurado que había de llegar á sentir por ella una pasión avasalladora é irresistible, no lo hubiera creído.

En esas horas de fiebre y delirio, de duda y de incertidumbre; en esos momentos en que la voluntad solicitada por fuerzas contrarias, de potencia casi igual, queda sin manifestarse, sin formularse concretamente, como suspendida en un punto incierto y cruel, y parece que debate consigo misma la dirección que en definitiva haya de tomar, me decía yo: ¿Por qué quieres tanto á Victoria; qué encuentras de particular en ella; acaso no es una perdida como las demás, menos inteligente, menos bella, á buen seguro, que muchas otras que podrías encontrar?

Una voz secreta, misteriosa, indefinible, la voz de la pasión, en una palabra, brotaba potente en mi seno, como luz brillante que esclarecía mi inteligencia cubierta de las sombras

de la incertidumbre, y me decía: Ámala, sí, ámala; Victoria es buena, es desgraciada, muy desgraciada, es bella, bondadosa, rica en sentimientos puros, tiernos y delicados, y te ama... y te espera á tí, confía en tí para redimirse.

- Y Victoria entonces aparecía á mis ojos con toda su belleza, con toda su bondad, enamorada de mí, corriendo desalada á mi encuentro y exhalando el ¡ay! desgarrador aquel que al caer desvanecido el día del duelo, llegó á mis oídos inundándome de consuelo infinito.

Airado contra mí mismo, arrepintiéndome de haber razonado, mejor dicho, desvariado, tan injustamente, como el creyente que en el fondo de su conciencia se arrepiente con sinceridad de haber ofendido á su Dios, demudada la color, trémulo y lloroso, yo hubiera querido entonces arrojarme á los piés de Victoria en expiación de mis faltas, borrándolas con un culto ferviente inspirado en el amor y la justicia.

.
.

III

Como los amigos de nuestro grupo, de aquella agrupación que, como tantas otras, con facilidad tan extraordinaria se forman en la juventud, cuando todo es lealtad en el corazón, esperanzas é ilusiones en la mente, quien en mayor, quien en menor grado, todos sentíamos creciente simpatía por alguna de las muchachas de la casa en que estaba Victoria, bien pronto hubo de convertirse la casa aquella en nuestro punto de reunión y cita durante las noches de invierno.

El saloncito del piano en que siempre nos reuníamos, si pudiera hablar, ¡qué de cosas contaría! ¡cuántas escenas de palpitante interés habría de relatar aquella estancia por desgracia muda!

El *champagne* y la alegría rivalizaban en abundancia en aquella casa cuando estábamos nosotros en ella: como entre nosotros había algunos muchachos de posición, el dinero se

derrochaba con esa loca esplendidez del que vive al día sin curarse del porvenir.

Esto nos conquistó bien pronto las simpatías y la confianza de la dueña de la casa, que no vaciló en abrirnos en la misma un crédito ilimitado.

En medio de la alegría nuestra y de las muchachas, que era allí la nota característica; en su abandono confiante aunque forzoso al hombre, notábase á las veces en aquellas desdichadas un desprecio mal disimulado del hombre mismo, un odio secreto, instintivo, odio de clase, odio de la víctima á su verdugo.

En aquel comunismo de la vida de las infelices, en el vacío afectivo de su existencia, nacían en ellas lujuriosos apetitos, aberraciones monstruosas exaltadas por el mismo desprecio del hombre: concertábanse, imponíanse, mejor dicho, entre ellas, uniones nefandas, cariños repugnantes, raras veces duraderos, que comenzando por un afecto sencillo, por simple simpatía, acababan revistiendo todos los caracteres de la pasión más avasalladora.

La casualidad me permitió observar casi todo el incalificable cuadro de una de esas pasiones.

Julia y Juanita, dos de las muchachas de la casa, parecían estar unidas por fraternal simpatía: sentábanse al lado en la mesa; juntas se las veía casi siempre en los salones, juntas tenían sus ropas y hasta sus avíos de tocador.

Ignoraba yo todo esto, cuando un día estando

en el saloncito del piano, uno de los amigos que distinguía á Juanita con obsequios y atenciones, hubo de darle un cigarrillo. Juanita se disponía á fumárselo, cuando Julia, airada, de un bofetón se lo quitó de los labios pisoteándolo luego, y confundiéndola con una mirada terrible, la dijo:

—Ya sabes que no quiero que fumes cigarros de nadie.

Juanita, como quien se vé sorprendida en flagrante delito y quisiera que la tierra en aquel momento se la tragase, quedóse muda y confusa, bajando humildemente al suelo sus azules ojos.

Aquel arrebató fué para mí una revelación, y desde el mismo instante púsome á observar á las dos pupilas.

Julia fué á sentarse al lado de Angelita en una de las otomanas del salón, y sin intención, al parecer, la distinguía con mil atenciones: la alisaba el cabello poniendo orden en los caprichos que se le ensortijaban sobre la frente; la hacía y deshacía mil veces el lazo del *fichá* color granate y blanco que llevaba al cuello, como si nunca estuviese satisfecha de la perfección de su obra, y reía y jugueteaba con ella murmurándola mil cosas al oído, todo esto sin dejar de dirigir miradas oblicuas y escrutadoras á Juanita.

La pobre muchacha estaba que un color se le iba y otro se le venía, no apartaba de ellas la

vista mortificada horribilmente, y se revolvía inquieta en su asiento como si estuviese sobre ascuas ó sobre alfileres. No pudiendo contenerse, finalmente, se levantó, escupió en señal de desprecio á los piés de Angelita, y con los ojos saltándosele de las órbitas por la ira, salió del salón.

Angeles, otra de las muchachas, como distraidamente y sin malicia, comenzó á cantar una canción, que no recuerdo, pero que empieza así:

«No le des *achares*...»

No tardó mucho Julia en seguir á Juanita. Momentos después las vimos entrar de nuevo en el salón asidas del brazo como dos enamorados. En los ojos de Juanita descubriáse aun la huella de recientes lágrimas, y subiéndose la gola del vestido trataba en vano de ocultar el círculo amoratado de un mordisco que tenía en el cuello.

Julia estaba orgullosa, lucía su conquista paseándola por la estancia tratando de atraer sobre sí las miradas de todos nosotros para saborear las delicias de saber reconocido y publicado su triunfo. En sus ojos había algo del mirar de la fiera, en su actitud algo de la del gato que después de haber cazado un ratón, juguetea con él delante de sus hijuelos.

Como para pregonar más y más su conquista,

Julia sacó de un bolsillo de su bata una cajetilla de cigarros, encendió uno, y después de darle dos ó tres chupadas, se lo dió á Juanita, diciéndole:

—Toma; ahora sí, fuma...

La otra obedeció en efecto.

—Vaya, dijo Alberto, uno de mis amigos que como yo observaba aquella escena, para celebrar la reconciliación bebamos una botella de manzanilla.

Julia bebió la primera y pasó su misma copa á Juanita. Ambas repitieron con frecuencia las libaciones; tras de aquella botella vino otra, y luego otra, hasta cuatro.

Poco después, las dos muchachas con los rostros encendidos y los ojos chispeantes reían, se empujaban, se pellizcaban y hasta llegaron á besarse; Julia dijo al oído á Juanita algo que no pude oír, y cogidas del brazo, en voluptuoso deliquio, salieron al fin del salón.

Como una media hora después vino á buscarlas el ama, y no encontrándolas allí comenzó á llamarlas á voces:

—¡Niñas!... ¡Julita!... ¡Juanita!... decía. ¿Ya volvemos á las andadas? Ya veréis, so cochinas... cocineras.

Juanita fué la primera en bajar. En aquel momento sonó la campanilla de la puerta, chirrió sobre sus goznes la cancela de hierro, entró alguien, cerróse de nuevo, y llamaron á Juanita á otro salón contiguo al nuestro.

En el instante de atravesar el corredor la ví: estaba pálida, sudorosa, y en sus ojos orlados de una pincelada amarillenta lucía extraño fuego, algo como el postrer fulgor del deleite.

Yo, desde el principio de aquella escena vivamente impresionado, hasta diré ofendido, por aquel desprecio marcado de mi sexo, por aquella declaración expresa de que el hombre era allí solo tolerado, soportado, exclamé:

—¡Qué aberración, y qué asco!

—Que *asquito*, repusieron las muchachas, abofeteándome con una estrepitosa carcajada.

—Eso en estas casas hace estragos, y se comprende, dijo lastimeramente Alberto.

IV

Aunque el hecho después de esto, que como dijo con mucha razón Alberto, era moneda corriente en aquellas casas, y cosa por demás explicable, parezca fenómeno, ello es que en poco tiempo nos conquistamos el aprecio y simpatía de las muchachas.

No se extendía hasta nosotros su desprecio general hacia los hombres, entre los cuales constituíamos para ellas una excepción, y la causa es evidente.

A fuer de bien educados, los tratábamos siempre con finura, con delicadeza, con cortesía, lo mismo que hubiéramos podido tratar á cualquiera otra mujer que hubiésemos frecuentado en sociedad. Esto hizo que experimentasen por nosotros cierta preferencia al principio, y simpatía más tarde.

Por muy atrofiada que estuviese la sensibilidad de aquellas infelices, no lo estaba tanto que no pudiesen apreciar la diferencia que mediaba entre nuestra conducta para con ellas y

la de la generalidad de los hombres que conocían, diferencia tan grande y sensible como la que va del beso á la bofetada.

En nosotros iba operándose también lentamente una transformación semejante. Alguno de los amigos comenzó á sentir simpatía por determinada muchacha de la casa acabando por quererla; yo llegué á profesar á Victoria un cariño verdadero.

Más que sus gracias físicas y la bondad de su corazón que se había conservado sencillo y puro aún en medio del fango de aquella horrorosa existencia, contribuyó á alimentar aquel afecto, la compasión más merecida y justificada.

Como joven, y amigo de la libertad, chocaba poderosamente con mis ideas y mi temperamento el régimen comunista en uso en aquella como en la generalidad de las casas semejantes.

Aquel vivir reglamentado siempre con automatismo de reloj por la autoridad omnímoda del ama, y la campana que á guisa de prolongación metálica de su voz desabrida y concisa como la de un sér acostumbrado á mandar, indicaba las horas de limpieza y de comida; aquella anulación completa de la individualidad en todo y para todo, unido al régimen carcelario que se manifestaba por la presencia de fuertes rejas en las escaleras y pesados y sólidos candados en las ventanas, me dieron la medida de los sufrimientos que debían experimentar las po-

bres pupilas en aquella vida monótona, siempre igual, sin un solo día de libertad, sin una hora de goce, sin un rayo de esperanza.

Un día, gracias á enérgicas medidas adoptadas por las autoridades desaparecieron los candados de los balcones.

La alegría con que acogieron aquella innovación las pobres chicas, no tuvo límites. Cuando por la noche, como de costumbre, fuimos á verlas nosotros, saltaban y palmoteaban de gozo como los niños á quienes se ha concedido algo que porfiadamente solicitaban, yendo y viniendo continuamente de uno á otro balcón.

Aquella alegría tan franca y ruidosamente manifestada por causa tan pequeña, me conmovió verdaderamente.

Dejándome llevar de un impulso natural, irresistible, participando en aquel momento de su entusiasmo, las hablé con fuego de las excelencias de la libertad, de los goces inefables de la vida, de la pureza del amor, de la paz del hogar, de la santidad del matrimonio... de esa infinidad de sentimientos y afectos, goces é ideas, por ellas, pobres infelices gustados apenas, y que son los que hacen amable nuestra vida sobre el planeta.

Contra lo que hubiera podido esperarse, mis palabras fueron comprendidas.

Hubo ojos que se animaron al principio y se cubrieron de lágrimas después. Había evocado mi entusiasmo en aquellas conciencias dormi-

das, recuerdos vagos de la infancia, aspiraciones de la naturaleza aún no bien definidas, que, á mi voz, como al conjuro de mágica varita, comenzaron á concretarse; había, en una palabra, arrancado una nota alegre y noble de aquellos corazones al parecer atrofiados y encallecidos.

El recuerdo de los días puros de la infancia reapareció entonces fresco en su memoria, como cosa de ayer.

—¡Ay, decía una, qué hermosos días los de mi niñez, que ya no volverán!

—Otra replicaba. Yo me divertía mucho cuando era muchacha jugando á juegos infantiles con otras de mi edad. ¡Quién me hubiera dicho entonces que había de venir á parar en esto!

—Pues yo, añadía otra, cuánto tengo jugado y corrido en Sevilla en una plazoleta que había al lado de mi calle! Todos los domingos por la tarde jugábamos á la gallinita ciega y por la noche al escondite. Más de una paliza de mi padre me costó alguna noche el haber ido tarde á casa. Pero ya se ve; yo era una niña, y... ni por esas me enmendaba. ¡Ay, qué feliz era yo entonces!

Y á este tenor todas aquellas infelices tenían un recuerdo sencillo, insignificante pero conmovedor, la única nota alegre del pasado que evocar con sentimiento en aquellos instantes.

Desde aquél momento, todos los amigos que presenciábamos aquella escena de conmovedora sencillez, no tuvimos más que una sola idea, un

único deseo. Proporcionar á aquellas desgraciadas un día de expansión, un día de libertad. La compensación nos parecía pequeña, pero no estaba en nuestra mano hacer otra cosa.

—¿Vayámonos á pasar un día en el campo? murmuró alguien.

—Sí, sí, vayamos, repetimos todos, y la idea fué desde luego acogida con aplauso.

Yo fuí el comisionado para obtener el permiso del ama.

Aquella misma noche le expuse en pocas palabras nuestro deseo.

—Sí, chiquito, me contestó con su sonrisa más amable, haced lo que queráis.

El resultado de mi comisión fué festejado con *champagne* y una alegría loca.

¡Había allí infelices muchachas que hacía un año no pisaban la calle, ni la veían sino al través de las persianas de los balcones!

El permiso que habíamos obtenido para llevar las chicas al campo era un paso que rompía con las tradiciones todas de la casa, lo cual no dejó de meter ruido entre los concurrentes á la misma.

El jueves inmediato fué el día fijado para nuestra gira campestre.

La noche antecedente nadie pegó un ojo en la casa. Las seis muchachas, Victoria, Angelita, Julia, Juanita, Angeles y Clotilde, esperaban la venida del día con extraordinaria impaciencia. Así fué que mucho antes de que los dos coches que debían conducirnos fuera de la ciudad pararan á la puerta de la casa, andaban ellas alegres y afanosas, lavándose, peinándose y discutiendo acaloradamente sus tocados respectivos.

Modestamente vestidas, pero limpias y graciosas, estaban todas apoyadas de codos en el balcón, cuando la llegada de los coches.

Nosotros estábamos aún en cama gozando en la contemplación de aquella escena de tan relevante ingenuidad.

La impaciencia de las mujeres, á duras penas contenida, estalló entonces en un diluvio de excitaciones para que nos levantáramos.

—¡Jesús, qué hombres! nada les apura, decía Angelita.

—Vamos á salir de aquí á las diez de la ma-

ñana, añadió Julia, y eran entonces las cuatro.

—Yo me voy ya al coche; no tengo paciencia para esperar tanto, respondía Angeles, arreglándose el vestido por centésima vez delante del espejo.

—¡Arriba, arriba! murmuraba la voz chillona de Clotilde dominando aquel desconcierto. Dormís mas que el yeso... Por una hora de cama sois capaces... Yo no sé de qué seriais capaces.. ¡Puñales con estos hombres!

Nosotros no podíamos contener la risa. Por fin nos levantamos y tomamos asiento en los coches.

El día, que era uno de los de Abril, prometía ser espléndido.

El airecillo fresco, picante, de la mañana, ese airecillo que parece teñir de color los rostros con invisibles dedos, bañaba con su soplo embalsamado nuestras caras, borrando las huellas de la pasada noche de insomnio. El sol, elevándose brillante tras los montes festoneaba de fuego todo el soberbio panorama que ante nosotros se extendía, dándole el aspecto de un paisaje encantado.

Nosotros, los jóvenes, que tantas veces al retirarnos á nuestras casas habíamos contemplado panoramas semejantes á través del oscuro y espeso velo que los vapores de la orgía extienden sobre la vista congestionada, permanecíamos insensibles al espectáculo verdaderamente grandioso y sorprendente de la aurora, esa sonrisa de la naturaleza; pero como para las chicas todo

—¡Qué hermosa vista! murmuraron á una las muchachas. ¡Parece todo un ascua de fuego!

Algunos momentos después llegábamos á la fonda, en la que desde el día anterior teníamos encargada la comida.

Serían entonces las ocho de la mañana.

El contento y la alegría de las jóvenes al verse al fin libres, sin que la autoridad del ama se atravesase en su camino, terrible y amenazadora, no tuvieron límites.

Como verdaderas niñas cohibidas hacía mucho tiempo en las expansiones de su carácter y de su edad, se entregaron á todo género de bulliciosos transportes, haciendo mil locuras. Correteaban por los jardines de la fonda pisoteando sin compasión flores y hortalizas; encaramábanse á los árboles con agilidad de diablillos, arrancando los frutos aún sin sazonar; gritaban furiosamente, cantaban y reían todo á un tiempo, y se atropellaban unas á otras, como si tuviesen necesidad de entregarse á violentos ejercicios. Como para darse cuenta de que eran dueñas de sí, de su voluntad, de sus actos, llamaban continuamente al camarero y le encargaban sin orden ni concierto diversas fruslerías; higos pasados, melón, aguardiente, salchichón, mil cosas innecesarias, pues todo lo teníamos nosotros de antemano dispuesto para el desayuno.

Aquel continuo ir y venir de un lado para otro; aquel no dejar cosa en su sitio, ni títere con

cabeza, como vulgarmente se dice; aquel prurito vehemente de hacer funcionar la vista, la voz, las piernas, los brazos, todas las partes del organismo, era por lo demás, natural en extremo.

La naturaleza que tiene derechos imprescriptibles á que jamás renuncia, manifestábase entonces con todo su vigor.

¿Quién no ha visto al pajarillo libre después de largo cautiverio, saltar de la jaula al alfeizar de la ventana, erguir su cuello, rizar su pluma, mirar con su ojo vivaracho á todas partes, lanzar alegre gorgojo, volar luego al alero del tejado, descender desde allí tras rápida contemplación á la copa de un árbol, saltar alegre y juguetón de una en otra rama, y perderse al fin veloz en el espacio, tomando posesión de su elemento?

Ante el vigoroso despertar de aquellas naturalezas, nosotros nos sentimos también rejuvenecidos; como las muchachas experimentábamos necesidad imperiosa de movernos, y celebrábamos sus diabluras y hasta tomábamos parte en ellas.

Durante la breve espera á que nos obligó la preparación y servicio del desayuno, no hubo cosa ni diablura que no ideásemos, revolviendo toda la casa con nuestros juegos y carreras. Hasta jugamos á la gallinita ciega, á cuyo diversión infantil puso término el haberme hecho yo un chichón en la frente, estando vendado de ojos.

La alegría continuó á pesar de aquel pequeño accidente. Solo Victoria estuvo algunos momentos como enfadada, mientras me reconocía la cabeza, me la besaba como se hace con los niños, y abominaba de los resultados de aquellos juegos, que ella había sido la primera en idear.

La presencia de uno de los camareros anunciándonos que ya estaba dispuesto el desayuno, nos distrajo de aquel insignificante suceso.

Cediendo á su prurito inmoderado de ejercicio y libertad, las muchachas á quienes casa y jardín, todo, parecía ya estrecho, propusieron que el desayuno lo tomásemos al aire libre, en el campo, al pié de una montaña en la que había una fuente, ¡pero qué fuente! ¡tenía una agua tan clara y tan fresquísima! ¡las habían hablado tantas veces de aquella fuente, que debía estar por allí cerca!...

Deferentes nosotros hasta con sus más insignificantes deseos, accedimos también á aquel, y un rato después sacando de las cestas las provisiones, sentados en alegre corro sobre la yerba, nos desayunábamos con buen apetito y excelente buen humor, esa rica salsa, que como la otra de que habla Cervantes, tan bien sazona todos los manjares.

Después, las parejas que lo parecían de verdaderos enamorados, asidas por las cinturas, ó del

brazo, como grandes señores, se perdieron entre la espesura de los pinares, turbando aquella calma y silencio del campo, sólo interrumpida por el zumbido de algún insecto, el ruido del aire al acariciar las copas de los árboles, ó por el lejano y melancólico tañido de alguna campana que allá en la ciudad seguía impasible tocando las horas, con sus risotadas y cantares.

Cansados de correr y brincar y tirar al blanco sobre los platos y botellas del desayuno, matando así las horas que entre aquel y la comida mediaron, regresamos á la fonda á eso de las dos de la tarde.

VI

Llegábamos oportunamente, y aunque sin gran apetito nos sentamos á la mesa que presidía Clotilde (la mujer sin pareja) no por respeto á la autoridad delegada que á veces ejercía en la casa, sino en pago de favores y atenciones que la debíamos.

A su lado estaban Eustaquio y Angelita. A esta, como á las demás parejas, trataré de describirla.

¡Es tan grato evocar el pasado, verse rodeado de tanto amigo querido, de tanto rostro fresco y risueño, desfigurado tal vez ya por las arrugas del dolor y de los años, acaso ¡ay! convertido en podredumbre por la muerte!

Eustaquio, temperamento meridional, como buen hijo de América, era negligente en grado superlativo; sobre todas sus bellas cualidades morales, consistentes en un corazón bondadoso en extremo, una clara y despejada inteligencia, y una generosidad rayana en la disipación, brillaba en élla de la negligencia, siquiera no fuese más que por no desmentir aquello de que el hom-

bre es un producto de la tierra que le vió nacer. Por negligencia, dejó un día de comparecer ante el Notario para entrar en posesión de una herencia asaz cuantiosa, y es de advertir que el día antes comía al fiado en el café, y andaba pidiendo á sus amigos una peseta. Por negligencia también, hacía cuatro años que tenía sin darla digno remate y coronamiento la carrera de Leyes que había estudiado, si con intermitencias terribles, también con aprovechamiento no escaso. Sin embargo, quien hubiese visto á Eustaquio entre una y dos de la tarde, ir de un punto á otro de una de las más céntricas y principales arterias de la ciudad, en extremo diligente, le hubiese tomado por el inventor y practicante fervoroso de la frase «el tiempo es oro,» por la misma actividad personificada. ¡Cuánto ¡ay! se hubiera engañado quien juzgase del carácter de Eustaquio por aquella actividad de ardilla! Lo que á tales horas de la *mañana*, como él decía, tría afanoso á mi bueno y excelente amigo, era la tarea de tomar el imprescindible *vermouth*, comprar tabaco, limpiarse el calzado, y llegar al café más próximo al último sitio en que se encontrase, antes de que espirase la hora del servicio de los almuerzos, cosa, que, por fas ó por nefas, raras veces conseguía.

Si por una casualidad pasase Eustaquio la vista por estas memorias, no se ofenda por la dureza de las líneas de este su retrato, y ojalá

diga, como yo lo espero del tiempo que todo lo muda y cambia y que también á él le habrá modificado en algo: *ese era yo en aquel entonces*.

Angelita, físicamente considerada, no era desagradable; su carita redonda de niña, sus ojos graciosos y expresivos, aunque no muy grandes; sus facciones finas y delicadas, no carecían ciertamente de atractivos. Sin embargo, había en su entrecejo siempre fruncido, algo que predisponía mal, algo que la hacía repulsiva y la afeaba sobremanera. Moralmente era todo un carácter, pero un mal carácter, lo que la valió el apropiado calificativo de la *fierra*.

Mucho palo y poca escuela en su niñez, agriaron y torcieron sus buenas inclinaciones; la naturaleza, que, si muy sabia en algunas cosas, no entiende en esto de educar caractéres, dejándola crecer como los ajos porros, hizo el resto, ofreciéndonos en Angelita una mujer arisca y antojadiza, casi una mujer-zarza, si vale la frase, refractaria á toda educación, á toda lima, á todo pulimento.

El provenir de las últimas capas de la prostitución, de la plebe, como si dijéramos, de esa sociedad encajada dentro de otra sociedad más vasta, en la cual (en la de la prostitución, no en la otra), privan chulos y perdidos, y el oirse siempre echar en cara por sus compañeras esta humildad de origen, habían hecho nacer en Angelita un odio reconcentrado hacia cuanto la

rodeaba, sobre todo si era superior á ella por cualquier concepto.

Su inteligencia, aunque torpe, la advertía de este agravio de la suerte que hervía en secreto en su pecho como las lavas hierven en el fondo de los volcanes, dándole un mal humor constante é insufrible de criatura contrariada por algo superior á sus fuerzas, por algo que en vano intentaría vencer.

Una educación falta de método y de principios, si este nombre merece la fatal enseñanza que salpimentada de palos y pescozones dan muchos padres á sus hijos, y tal había sido la educación de Angelita, unida más tarde á la influencia de un medio social bajo, ignorante y pervertido, concertándose diabólicamente, produjeron aquel carácter.

Si algún día aquella criatura llegase á mandar, á ejercer autoridad sobre alguien, habría de ser extremadamente despótica. ¡Cómo se vengaría ella entonces del desdichado ser que bajo su autoridad cayese, de los agravios que la suerte le había inferido!

Un detalle para concluir este bosquejo. Angelita era extremadamente ignorante: no sabía qué edad tenía, aunque sí recuerdo, solía decir, que acababa de cumplir once años cuando me perdieron, y hace once que á consecuencia de aquella primera falta, me escapé de Córdoba, abandonando casa y familia.

Seguían después en el orden de colocación,

Alberto, alias el *canario*, á quien llamaban así las chicas, burlándose de su color moreno, de un negro subido, y Angeles su pareja.

Estóico, como nosotros apellidábamos á Alberto, tenía bien merecido y justificado este nombre (al que él respondía ya como al suyo propio), siquiera no fuese más que por haber soportado filosóficamente, con un estoicismo, con el cual corría parejas la resistencia de su estómago, las largas, las interminables vigiliass y privaciones de todo género á que le obligara el rompimiento de relaciones con su padre. La debilidad física producto de aquellas vigiliass y privaciones, que en él se había hecho constitucional, unida al uso del mercurio para combatir cierta enfermedad no menos constitucional, habían anulado la acción de los estímulos ó agentes que obrando sobre el organismo, producen la manifestación dinámica que llamamos voluntad, hasta punto tal que poseyendo dotes relevantes y eminentísimas de escritor, entre ellas una acrisolada y envidiable pureza de lenguaje, sólo era célebre entre los amigos, pues á más extenso círculo no se extendía entonces su celebridad, por los artículos que eternamente proyectaba escribir.

Si alguien le preguntaba, ¿qué haces ahora? respondía invariablemente:

—Ahora... ahora... nada de bueno; he comenzado un artículo...

Si el interlocutor manifestaba deseos de leer

el trabajo, entonces replicaba pausadamente como si le costase penoso esfuerzo pronunciar las palabras:

—Pero... ¡si aun le falta el principio y el final; es decir, la cabeza y los piés!...

Así era á la verdad, y también lo era que de aquella suerte permanecía el artículo de Alberto, el milésimo de los comenzados, artículo siempre que más correcta y graciosamente escrito, á juzgar por sus fragmentos, hasta que se traspapelaba ó venía á sustituirle el proyecto de otro, al que á su vez, con raras, rarísimas excepciones, cabía análoga suerte.

El estoicismo de Alberto sufría, sin embargo, algunas intermitencias. Como temperamento adquirido, á veces sobreponíase á él, el natural. La naturaleza vencía al artificio, á la obra del medio, al producto de la adaptación en una palabra; y entonces el temperamento vehemente, apasionado, lujurioso, de Alberto, lanzaba vivas llamaradas y extraños fulgores, semejantes á esos relámpagos seguidos de vapor que exhalan los volcanes por sus cráteres como presagio de una erupción.

Sucedía esto, siempre que más, á la vista de alguna mujer hermosa, el más poderoso estímulo de aquella voluntad, la dulce manía de aquel carácter, volcán sofocado, fuego cubierto de nieve, demostración indubitable de que los extremos frecuentemente se tocan.

Por esto, Alberto, siempre guapo chico y ex-

celente amigo, en sus períodos normales, era alegre, ocurrente y decidor en extremo; pero cuando el mercurio se le subía á la cabeza ó su estómago se digería á sí mismo á falta de otra cosa, adios alegría, adios buen humor, todo desaparecía ante la irresistible y sombría influencia de la enfermedad ó del hambre.

Rasgos hay en su vida, rasgos de esos que sólo se refieren en el seno de la amistad, y cuando el alma, suelta al parecer, de puro confiada, sobrenada en el cuerpo á una postrera libación y se asoma á la boca, que prueban la realidad de esa antinomia moral constitutiva del carácter de Estoico.

Angeles, la pareja de Alberto, era también un tipo notable, moralmente considerada. Consecrada al vicio desde edad muy temprana, sin que nunca se haya podido saber á punto fijo la misteriosa causa que á aquel extremo la había conducido, parecía que estuviese contenta de su suerte, feliz en el infortunio de aquella horrorosa existencia. Este es mi sino, parecía haberse dicho, y es inútil cuanto haga para librarme de él: gocemos y olvidemos, pues. Y, con efecto, procuraba gozar y olvidar ahogando entre alegres risotadas, á veces sin causa conocida, sus sollozos, y quitándose con el vino el dejo amargo que el dolor había depositado en sus labios.

Aquella resignación era, pues, sólo aparente, convencional. ¿Para qué, decía Angeles á veces, aunque empleando distintos términos, mostrar á nadie el fondo verdadero de mi corazón? Nadie ha de consolarme, nadie ha de venir á enjugar mis lágrimas... Las mujeres como nosotras no han de llorar nunca; han de vivir en eterna y alegre francachela, reir con el que ree, cantar con el que canta y beber con el borracho, hasta caer físicamente muertas y moralmente asesinadas. Nosotras no tenemos el derecho de sentir; instrumentos de placer, hemos de realizar el problema del nivel invariable; lo demás nada nos importa ni á conocerlo tenemos derecho: ¿qué sabe la máquina de la tarea que realiza?

Convencida de estas ideas, Angeles había hecho de ellas una verdadera religión. Ninguna como aquella pobre muchacha tan buena para una broma, tan decidora, tan ocurrente, ni en apariencia tan feliz. ¿Cuántos sufrimientos habrían sido necesarios, sin embargo, para llegar á la confección de aquella rara filosofía? ¿Qué problema para los geólogos del alma!

Con este carácter no es extraño que Angeles y Estóico congeniasen perfectamente.

Inmediatamente después venían Julia y Pepe.

Este, á quien los amigos daban el nombre de *Piquita*, sin que nunca haya sabido el por qué,

era el tipo verdadero del artista-bohemio, del cual poseía todas las cualidades, así las positivas como las negativas: genio artístico admirable, haraganería sin límites y envidiable buen humor.

Aunque extremadamente feo de físico, su cara eterna de borracho, con sus ojos redondos como los de una muñeca de cera, de mirar inteligente y penetrante, tenía no sé qué de agradable y simpático; la bondad de su corazón, la hombría de bien, sin duda, que le prestaban singular atractivo. Añádase á esto que en la época á que aludo, era un niño casi, contaría á lo sumo 18 años, y se tendrá incompleta idea de nuestro amigo, el corazón más bondadoso que recuerdo haber encontrado en el mundo, á la par que el carácter más enérgico y entero.

Su edad juvenil, su ardoroso temperamento, su alejamiento del lado de la familia, justifican sobradamente sus extravíos en el principio de su vida. Prudentes y euérgicas amonestaciones de sus padres, lo digo con orgullo, volviéronle al buen camino, poniéndole en aptitud de desenvolver sus notables condiciones musicales. Del tiempo pasado no le queda ya hoy á Pepe, más que un recuerdo sin turbación, su carácter alegre, mejor diré, loco, y cierta rubicundez en su nariz aberengada y en sus prominentes y lustrosas mejillas, rubicundez que pudiera con justicia llamarse el reflejo de la puesta del sol de sus borracheras.

Julia, la pareja de *Piquita*, ni física ni moralmente, ofrecía nada de notable. Era lo que se llama una mujer como hay muchas, adoce-nada.

Nadie supo nunca explicarse la causa de la simpatía de Pepe hacia aquella mujer, que, según exacta observación de Estóico, no tenía de común en él más que la forma de la nariz, circunstancia que desde aquel momento no vacilamos ninguno en considerar como la base de aquella simpatía misteriosa.

A su lado estaban Juan y Juanita, su compañera.

Si adocenada y vulgarota hasta dejarlo de sobra era Julia, no le iba en zaga Juanita. Esto, no obstante, puede decirse de ella que era sencilla y bonachona, más por temperamento que por convicción, á la manera que son buenas las mujeres faltas de toda cultura.

Juan, físicamente, recordaba las pinturas de retablo de la Edad-Media, y algunos grabados de Alberto Dürer. Sobre su cuerpo ancho y corto como el de Sancho Panza, descansaba majestuosamente una cabeza ancha de los lados como la de Heliogábalo y Mirabeau, en la cual, lo mismo que en la de aquellos grandes hombres, se leía el sello de fuertes pasiones sensuales. La inteligencia de Juan era poderosa; estaba realmente en relación con el volumen

de su cabeza, pero en aquella época parecía como dormida. Cual si estuviese fatigado del esfuerzo que le costara estudiar con lucimiento los primeros años de su carrera, habíase parado de súbito. Además, Juan había sido hombre demasiado pronto, y pagaba caros, con cierta especie de sopor intelectual, los anticipos que había pedido á la naturaleza.

Cuando el tiempo y un régimen de vida reposado dejen sentir su benéfica influencia, Juan será lo que está llamado á ser, una esperanza para su pobre patria, víctima hoy de la tiranía militar.

A mi lado estaba Victoria.

Era de alta estatura y regulares carnes; tenía 22 años, pero representaba algunos más.

Sus facciones, sin ser de por sí extremadamente bonitas, formaban un encantador conjunto lleno de gracia, al que contribuía no poco la belleza, movilidad y expresión apasionada y melancólica de sus grandes, negros y rasgados ojos, medio entornados siempre, como escondiéndose á la sombra de sedosas, también negras y abundantes pestañas.

Contemplada de cerca, á causa del abultamiento pronunciado de sus facciones, producía el efecto de una estatua cuando se la mira y observa fuera del pedestal que ha de soportarla.

De estatua eran realmente sus formas mórbidas, correctas y elegantísimas, no á la manera de las bellezas griegas, sino á la de las matronas romanas. Su andar era majestuoso y distinguido, lo que la valió que los amigos la llamasen «la Reina.»

Hija de Andalucía, de tez tostada por los hermosos rayos de su sol, recordaba perfectamente el tipo morisco, resucitando una época de pasiones violentas, galanteos peligrosos, y damas que detrás de espesas celosías, puestas por un padre egoísta y tiránico, á la luz de la luna, aguardaban el paso del galán que, con ayuda de la escala de seda, las baja por la ventana festoneada del torreón, desmayadas de deleite en sus brazos, y huye con ellas al galope veloz de su corcel, como ladrón que lleva rico tesoro.

Su mayor belleza consistía en un corazón bondadoso en extremo, y en un talento natural clarísimo; cultivada oportuna y sabiamente aquella inteligencia, no sería mucho aventurar que hubiese dado ópimos frutos. Corazón valiente, generoso y altivo, como buena andaluza, llevaba en germen en su sér cualidades que lo mismo pudieron haberla hecho heroína que cortesana.

Desgraciadamente las circunstancias la habían hecho esto último.

Sobre este acontecimiento de su vida, guardaba ella siempre completo silencio; esquivaba

obstinadamente hablar de él, como si á su recuerdo se uniese el de algo profundamente repugnante y desagradable.

Así era en efecto; si la prostitución voluntaria, en cuanto acostumbra serlo, no ofrece marcados caracteres repulsivos, la impuesta por un conjunto fatal de circunstancias, hiere el alma de manera profunda y dolorosa, nos obliga á protestar de enérgica manera contra la fatalidad de la naturaleza, y por lo vano de nuestras protestas, nos constriñe al fin á apartar con horror estos recuerdos de la mente.

Venciendo toda esa natural repugnancia, me recorrió, sin embargo, un día Victoria el espeso velo que ocultaba su pasado.

—Mi familia, me dijo, era pobre. Con esto sólo comprendí cuanto debía ser su infortunio. Por esta razón vivíamos en barrios pobres de gente miserable, en casas que parecen cuarteles, en cuyas salas hombres y mujeres, casados y solteros, viven revueltos como las escorias en el muladar. Por esto mi imaginación despierta y maliciosa como la de las muchachas de aquella tierra, sabía yo más de la cuenta á los diez años. Una señora, vecina nuestra, mujer muy viciosa, según pude conocer más tarde, que me demostraba un cariño exagerado, que cuando me acariciaba se excedía hasta hacerme daño, chupándome los labios, besándome los ojos y los oídos y mordiéndome en el cuello y en los brazos, sin que yo al principio comprendiera

por qué, acabó por enseñarme una infinidad de cosas que yo no sabía...

Temperamento ardiente el de la niña, la ligereza de ropa que observaba en hombres y mujeres á causa de la pobreza de recursos y de lo cálido del clima; lá promiscuidad de sexos en el trato excesivamente libre de la vida, tan frecuente en Andalucía; el lenguaje pintorescamente grosero de la gente pobre de aquel pueblo con quien vivía Victoria, y con quien continuamente se rozaba, chicuela aún, la habían prostituido intelectualmente.

Una cohorte de muchachos de su edad que como hombres hechos y derechos la galanteaba y perseguía, iba cooperando poderosamente á la perdición de Victoria, fatalmente dispuesta por las circunstancias del medio.

Un nuevo factor añadíase á la obra de su desgracia, y aquí estaba el punto negro de su pasado.

Como niña, é hija de padres pobres, difícilmente podía servir de ayuda á la familia, y, sin embargo, las atenciones eran muchas, los medios de cubrirlas pocos. Hubo, pues, necesidad de enviar á la niña, apesar de su corta edad (contaría 11 años á lo sumo), á servir en una casa donde á lo menos la mantendrían.

Desarrolladita y agraciada, excusado es decir que desde aquel momento vióse la pobre chica expuesta á las asechanzas y sugerencias de una turba de señoritos á los que resistió valiente-

mente, hasta que un viejo verde, de esos que parecen buscar en el goce de la juventud la vida y la fuerza que perdieron con los años y la crápula, á pesar de su resistencia, dió un día al traste con su virginidad. Victoria, lo decía ella misma, se entregó á él comprendiendo sólo á medias, confusamente, lo que hacía; se entregó sin amor, sin deseo, sin goce, sin saber por qué, como cae la piedra que pierde su punto de apoyo y rueda y rueda por la pendiente.

Ni siquiera supo sacar partido de su falta. Aunque su boca era medida, el pañuelo de Manila, de escaso valor, aunque vistoso, la batita de coco rameado y corte elegante, el zapatito escotado, constituían sus deseos y sus caprichos, caprichos y deseos al punto satisfechos. Hacía, ni más ni menos, como el salvaje, que por cuentas de vidrio y abalorios de escaso valor, cambia ricas pieles y hasta las mismas piedras preciosas, y cree haber realizado una ganancia.

Cuando la voz de la naturaleza habló en ella de manera clara y potente, cuando la advirtió en fin, que era mujer, hacía ya mucho tiempo que estaba prostituida.

Cuando la vergüenza cubrió su rostro y el remordimiento comenzó á roer su corazón, huyó, como todas, del lado de su familia.

Siguióse entonces un largo período de desenfreno. Lujoso instrumento de placer, la pobre muchacha, era llevada con orgullo de franca-

chela en francachela, de orgía en orgía. Aquí un amante romántico, adorador de la poesía de la tierra andaluza, se extasía oyendo de su linda boca la expresiva *soledad*, la melancólica *mala-gueña* ó la encantadora *sevillana*; allá, otro, ebrio de lujuria y de vino, la inicia en los voluptuosos y provocativos movimientos del baile flamenco, ante la turba de sus amigos que con los ojos hechos ascuas la *jalean* picarescamente; acullá... ¿pero á qué seguir refiriendo la eterna lastimosa historia de la mujer caída; á qué recorrer el calvario ese en el que, las gayas flores, que también el vicio tiene flores como las tienen las tumbas, sólo sirven para ocultar á la vista las espinas y abrojos del camino, y los girones de la existencia de las que lo recorrieron antes?

¡Feliz tú, Victoria, que en medio de todo, recorriste tu calvario cantando! ¡Feliz de tí, mil veces, que encontraste quien te arrebatase el cáliz de la amargura y sustituyese el ingrato brebaje del dolor, con la dulce miel de un amor puro, sencillo y verdadero!

En el orden de colocación alrededor de la mesa, seguía después Clotilde, presidiéndola.

Pero... no era aquel el momento en que hay que verla, con su aire de afectada gravedad, presidiendo la reunión de su alegre familia: más tarde, cuando el vino produjo su efecto,

fué cuando Clotilde, desprendiéndose súbitamente de su seriedad cómica, impuesta en cierto modo por las atribuciones de su cargo en la casa, se manifestó en la natural desnudez de su carácter.

VII

Comenzó la comida, y comenzó cómicamente. Como en las mesas de tono, los caballeros se deshacían en cumplidos con las damas con empalagosa cortesía y finura; hubo quien por pinchar con su tenedor una aceituna para obsequiar á su pareja, no dejó ni una en el plato, desparramándolas todas sobre el mantel, manchado ya desde el principio de vino y del caldo de las anchoas. Angeles, á quien se dirigía aquel obsequio, con la boca entreabierta para coger la aceituna, como los pajarillos cuando piden comida á sus padres, se impacientaba.

—Deja, deja, dijo, esto se hace así.

Y metió su mano en el plato de las aceitunas cogiendo un gran puñado.

—Las tengo limpias, añadió aludiendo á sus manos. No he tocado nada...

En el aquel momento se presentó el camarero sirviendo el primer plato, que era arroz; lo dejó en la mesa, y como hombre que sabe su obligación y está acostumbrado á conocer cuan-

do estorba, se retiró cerrando tras de sí la puerta, y diciendo:

—Cuando se les ocurra á ustedes algo ya llamarán.

Prodújose entonces un gran alboroto. Todas las manos cayeron á una sobre las fuentes de arroz, disputándose el derecho de servir á las señoras.

—Yo, yo, murmuraban las voces.

—No, yo quiero servir, decía Eustaquio, soy el de más edad, me corresponde por derecho propio, indisputable, inalienable, imprescriptible...

Las mujeres reían alborotadamente sin saber la causa.

—Yo, yo serviré, decía Estóico, que había logrado arrancar de manos de Juan el cucharón y lo blandía sobre nuestras cabezas con aire de triunfo.

—Yo tengo más tacto que ninguno; dejadme servir á mí; dadme ese gusto, añadía Juan tratando de recobrar el cucharón.

—¡No, con mil demonios! quien debe servir soy yo, exclamaba *Piquita*. Soy el más joven y me conviene acostumbrarme... ¡Hombre, hombre, caramba, caramba, añadía con su voz gutural, si no me dejáis servir meto las manos en la fuente, y yo no las tengo limpias...

Aquello llevaba trazas de no acabar nunca, cuando sonó una voz á nuestra espalda diciendo:

—Quien va á servir soy yo, y en el marco de la puerta apareció *Gigi*, como llamábamos nosotros al amigo italiano recién venido.

Llevó su mano al sombrero, aquel sombrero flexible de anchas alas y elevada y hendida capa, igual al del año anterior, igual al del otro, en fuerza de cuya igualdad llamábamos nosotros el sombrero de siempre... llevó como digo, la mano al sombrero para saludar, pero sin quitárselo, que esto no entraba en las prácticas de *Gigi*, y dejando resbalar de sus labios su fina sonrisa bonachona, añadió:

—Voy á servir; digo, si vosotros lo permitís, y se adelantó cantando su canción favorita:

«*Io vorrei che nella luna...*» cuyo compás, compás de cantar de borracho, marcaba con pasos vacilantes.

—¡Bravo, bravo! bien venido, bien venido sea el recién llegado tan oportunamente, exclamamos todos levantándonos de nuestros asientos y olvidando nuestra disputa.

—Los recién venidos, querréis decir, reclamo el empleo del plural, repuso Estóico, hombre amantísimo de la propiedad del lenguaje, señalando á la puerta del comedor, en la cual, con su carita afeminada, con sus grandes ojos azules de mirar dulce é insinuante, aparecía Adolfo, el ídolo de las damas, el poeta por excelencia, el hombre metáfora, el Chateaubriand republicano por sentimiento, como llamábamos nosotros á aquel soñador de

veinte años, á aquel niño, viejo como el romanticismo de que era vivísima encarnación.

Corrimos nuestras sillas, nos estrechamos un poco, el camarero puso plato para los nuevos comensales, y *Gigi*, sin que nadie intentara disputarle el derecho sirvió el arroz.

Teníamos poco apetito, pero sin embargo, hacíamos esfuerzos para comer.

La broma y la algazara, los dichos picantes que á cada momento se cruzaban entre ellas y nosotros, hacían las veces de aperitivos.

Si comíamos poco preciso es decir que bebíamos mucho. El brazo de *Gigi* era incansable, y las botellas de vino subían á la mesa desde la garrafa en que estaban puestas á refrescar con rapidez extraordinaria; con tanta ó más las despachábamos nosotros.

Fué preciso llamar al mozo para que retirase las botellas vacías.

—Sí, llamad al sepulturero y que retire esos cadáveres, dijo *Gigi*.

—Pero que haga un milagro; que les infunda nueva alma y nueva vida, añadió Estóico con los ojos chispeantes.

El alma de las botellas, *mia cara*, continuó acariciando á Angeles, es la única alma inmortal, porque mata como tus ojos que ahora mismo me están asesinando con su mirar.

—¡Fuera, fuera ese atrevido; eso no vale! ex-

clamamos todos en infernal gritería tirándole á Estoico, quién la servilleta, quién un pedazo de pan ó una aceituna.

—Callaré, callaré, dijo aquel defendiéndose de nuestra agresión con el cuerpo de Angeles que tenía estrechamente abrazado, pero cese vuestro furor.

Se restableció la calma y seguimos comiendo.

Clotilde, desde el principio triste, y así como preocupada, á causa, según dijo, de no ver allí al querido de su alma, *al pequeño*, como le llamaba, apenas si probaba la comida, pero bebía desatinadamente, estimulada por Gigi, que se había impuesto la obligación de obsequiarla.

Cuando llegamos al tercer plato sus ojos negros chispeaban, tenía roja la cara, hablaba torpemente farfullando las palabras, y no hacía más que comer grandes pedazos de hielo que mascaba ruidosamente riéndose como una tonta.

Cuando el camarero puso en la mesa el asado y sirvió el *champagne*, al oirse el estampido de las botellas, y saltar la bullente espuma de ese vino que dicen que alegra, sin duda porque se bebe después de los otros, Clotilde, apurando de un trago su copa, se puso en pié como movida por un resorte, y separándose algunos pasos de la mesa comenzó á bailar con actitudes de *bayadera*.

—¡Bravo, bien, Clotilde, mucho, venga de ahí, dale! exclamaron las voces de los comensales á quienes se comunicaba por momentos la alegría como el fuego por un reguero de pólvora.

Clotilde, en pié, con la mano izquierda en la cadera, la copa levantada en alto con la derecha, quedóse un momento inmóvil.

Su aventajada estatura que realizaban su delgadez y su alto peinado japonés, el color de barro cocido de su cutis, lo negro de sus ojos, lo rojo de los labios, los aretes de coral que pendían de sus orejas, la gargantilla de plata que rodeaba su cuello esbelto y delgado, el pañuelo de Manila de color amarillo real que ceñía desaliñadamente sus hombros y su pecho, anudándose atrás en la cintura, el tinte achocolatado de sus enaguas lisas y cortas, que dejaban ver por el escote de los zapatos, la blancura de una media finísima, la actitud, en fin, en que se había colocado, la asemejaban á esas estatuas de bronce pintado que se ponen en los portales de algunos edificios, sustentando una lámpara ó una antorcha, ó á esas otras que con canastillas de flores ó frutos en la cabeza ó en las manos suelen verse en algunos jardines, simbolizando la Primavera...

Aquella mujer, de ordinario poco simpática, en aquel momento y con aquella expresión, estaba verdaderamente interesante.

Alegres ya todos la obsequiábamos atropelladamente con nuevas copas de *champagne* que

ella bebía, sin paladearlo, de un solo sorbo, y continuaba la algazara de vítores y aplausos.

Estrellando finalmente su copa contra el suelo, movió voluptuosamente el cuerpo; y comenzando á tocar *los palitos* con los dedos de ambas manos, arrancó de nuevo agitado baile. Nosotros la jaleábamos, quién con palmas y voces, quién haciendo chocar las copas.

Interrumpiendo de repente el baile, Clotilde, roja como una amapola, dió un grito:

—¡Ay mi pequeño, miradlo; allí viene y no le dejan entrar! dijo, y emprendió dando traspiés rápida corrida; salvó la puerta del comedor, recorrió como loca dos ó tres salas, atinó en fin con la escalera y descendió casi rodándola al piso bajo. Allí promovió con los criados y el amo tremendo altercado.

—¡Quiero ver á mi pequeño, quiero que dejen entrar á mi querido! decía manoteando y hecha una harpía.

Algunos de nosotros que bajamos tras ella, la sujetamos, y engañándola con que su pequeño estaba arriba, pudimos de nuevo conducirla al comedor.

La sentamos al lado de una de las ventanas que daba al jardín, y descendimos la persiana para que tomase el aire.

Clotilde se había puesto de repente extremadamente pálida, lloraba y sollozaba con sollozos interrumpidos por fuertes ataques de hipo que la hacían hacer extraños y ridículos visajes.

Al fin, su estómago debilitado no pudiendo contener tanto líquido, lo devolvió á chorros arrojándolo con fuerza sobre las plantas del jardín.

—¡Divino, decía Estoico muerto de risa apoyándose en las sillas para no caerse, divino, me gustan esas aficiones agrícolas; Clotilde en medio de su borrachera no se olvida de regar las plantas!

Bebamos otra copita en honor de tanta generosidad, añadía, empuñando una botella y quebrándole el cuello contra el borde de la mesa, cuyos manteles quedaron empapados de *champagne*...

Eustaquio y yo trasladamos á Clotilde á uno de los comedores reservados próximo al nuestro y la recostamos en un diván. La hicimos tomar una taza de thé y poco después roncaba fatigosamente con los ojos entreabiertos y velados con la boca torcida y babeando.

Cuando Eustaquio y yo volvimos al comedor, la alegría de nuestros compañeros llegaba al delirio. Habían pedido más *champagne*, y aunque no lo bebían se lo arrojaban á la cara corriendo y golpeándose; cayendo aquí y levantándose allí para caer de nuevo.

El cielo que hasta entonces nos había mortificado con los abrasadores rayos de un sol que parecía de Julio, cubrióse de negra nube; los vapores del vino nos hacían experimentar un calor sofocante; nos quedamos en mangas de

camisa; las mujeres se aligeraron también algo de ropa, y en medio de aquel desorden el camarero sirvió los postres y el café, retirando por indicación nuestra, gran parte del servicio que estaba en peligro de muerte.

El negro nubarrón que cubría el cielo se deshizo en una copiosa lluvia de gruesas gotas, como esas lluvias de verano, que hacen despedir á la tierra esos cálidos y característicos vapores que tanta influencia tienen sobre el sistema nervioso.

—Bueno, dijo Pepe, ahora que la fiesta está *envinada*, el cielo se empeña en *aguárnosla*, pero llega tarde, y bebamos ron para probar-selo.

—¡Buena idea, excelente! respondieron muchas voces alteradas, y comenzaron á circular las botellas de los licores, y continuó el bullicio, la gritería y el desorden.

Angeles, montada en una silla á la que arrea-ba como si fuese una bestia se entregaba á su afición, predilecta, á la de los viajes.

Estoico, á quien el vino le había herido la cuerda sentimental, cantaba:

“Quando salí de meu fogar
meu coração deixou allí, etc.

una muy melancólica canción gallega, que era el estribillo forzado de sus alegrías ó de sus pesares.

Gigi acariciaba una botella de cognac que había cubierto con una servilleta y que decía era su hijo, aquel hijo valeroso que había de reincorporar á Italia, Istria, Trieste y el Trentino, en poder del opresor extranjero...

Piquita cantaba la *Marsellesa*, llevado de sus aficiones musicales, mientras que Juan, cediendo á los suyas belicosas, con una escoba al brazo á manera de fusil, montaba la guardia á la puerta del comedor, sonriéndose burlonamente.

Eustaquio con el brazo izquierdo echado por encima del hombro de Angelita, que se entretenía en quitarle y ponerle en el dedo las sortijas, con la mano derecha tocaba el tambor sobre el tablero de la mesa.

Adolfo, pálido y casi llorando se había retirado á un rincón y recostado en la silla, decía:

—No os ríais de mí; no es el vino el que me ha puesto malo; lo que tengo es una indigestión de realidad.

Las mujeres reían y cantaban burlándose, ora del uno, ora del otro y de ellas mismas.

Yo, rendido de la noche anterior pasada en vela, y sintiéndome poco á poco invadido por los vapores del vino y la embriaguez de la alegría, experimentaba necesidad de descanso, y con Victoria me escabullí sin que nadie advirtiera nuestra salida más que Juan, que nos dió una carga á la bayoneta con la escoba.

—Me encuentro fatigado y tengo deseos de

descansar un rato, le dije, cállate y déjame que me esconda por ahí.

—¡Sí, ya te entiendo! contestó él socarronamente.

—Te lo digo de veras; no me siento bien, añadí.

—Lo que tú quieres no puede ser. La guardia no lo consiente.

—Te lo pido por favor, déjame dormir siquiera media hora, insistí.

—Si me lo pagas bien, repuso Juan sin poder apenas tenerse en pié, haré la vista gorda, como los carabineros con el contrabando.

—Te lo pago, toma, dije dándole cuatro pesetas.

Y Juan se alejó en dirección al comedor gritando:

—Venga más aguardiente..... más aguardiente.

Victoria y yo nos metimos en uno de los muchos cuartitos habilitados para comedor que en la fonda había, y después de asegurar la puerta con sillas, haciendo cama de la mesa y almohada de mi levita junto con los manteles y las servilletas, nos acostamos.

VIII

Al despertar, después de una hora de sueño reparador, me dijo Victoria satisfecha:

—He tenido un ensueño, pero un ensueño tan delicioso, que hubiera querido no despertar nunca. Figúrate que soñé que estaba contigo; tú me querías mucho, y yo, (aquí dió un gran suspiro), yo era completamente feliz...

—Si quieres, la interrumpí dejándome llevar, yo no sé de qué impulso, estoy dispuesto á realizar ese ensueño.

—Quítate allá tonto,—replicó ella con viveza.—¡Me tomas á mí por un *quinto!*... ¡Vamos chico!

—La tonta eres tú, que no crees en mis palabras.

—¡Y qué he de creer! Todos los hombres nos dicen lo mismo para que seamos más amables con ellos, y para que les mimemos... y luego, que si quieres; *chivata* la que los cree.

—Te juro, proseguí con acento conmovido, que es verdad cuanto te digo. Ahora mismo

estoy dispuesto á firmar lo que prometo. ¡Te quiero tanto! Tú no sabes, Victoria, de lo que yo soy capaz por darte gusto...

El corazón visiblemente iba subiéndose á la cabeza.

—Ya, ya estoy en que me quieres un poquito, —decía ella con ese arte innato en las mujeres, pero tú para vivir con una mujer, buscarás una *señorita* (con marcado retintín), una de tu clase, guapa, tiernecita... rica... Mira que tú ir á buscar una pobre como yo, harta de rodar por el mundo... *¡eso sería un pueblo!* ¡Ja, ja!

Yo me había apoderado de sus manos, y estrechándolas con efusión, la decía:

—Tú no me conoces, no me comprendes, no puedes comprenderme; sin embargo, si tú lo deseas, no pasarás mucho tiempo en esa maldita casa.

—¡Cómo no he de querer! Así quisieras tú... pero no hay cuidado, no querrás...

—Sí, sí, afirmaba yo con repetidos signos de cabeza estrechando sus manos entre las mías.

—Vamos chico, se obstinaba ella en replicar, como si una no conociera á los hombres. Aunque hijo cada uno de su madre, por lo falsos, parece que los parió á todos una misma.

—Te equivocas, añadí yo con creciente exaltación; no eres justa conmigo. He llegado á quererte tanto, que mi cariño sólo me sirve de tormento por permanecer tú aun en esa odiosa

casa. No sé si debiera decírtelo, pero... ¡aunque te rías! te considero ya tan unida á mí por el cariño, me pareces tan mía, que tengo celos hasta de mi sombra. Calcula tú, pues, con cuanto mayor motivo ha de mortificarme el tener la convicción de que hoy á uno, mañana á otro, vendes tus caricias á tanto y tanto hombre. Aun llevo clavado en el alma el beso aquel que le distes no sé á quién la otra noche al despedirle en la escalera; resonó en mi oído como el eco del beso de una adúltera; créeme, Victoria... Yo te quiero, te quiero como un loco, y esto no puede continuar así. Tener tu corazón y no tener tu cuerpo, es un platonismo excesivo que yo no puedo admitir. Tú abandonarás la casa, vivirás conmigo... ya verás qué felices seremos... olvidado el pasado, tú serás otra distinta, yo te educaré, te puliré, cultivaré la esencia de tu sér, que es buena y delicada, y como Magdalena, obtendrás ante el mundo mismo, el perdón de tus culpas porque habrás amado mucho...

—Sí, sí, sácame de la casa, sácame pronto, dijo Victoria saltando á mis rodillas, abrazándose á mi cuello, y dejándose llevar de mi entusiasmo. Apenas si entiendo lo que dices, pero adivino que debe ser muy bueno.

Pero por Dios te pido que no me vuelvas á hablar de esa Magdalena, que sin duda debe haber sido una querida tuya.

—Yo te juro cumplir mi palabra, añadí con

acento resuelto, sellando la promesa con un estrecho y apasionado abrazo.

En aquel momento, Eustaquio y Angelita entran en la habitación.

—¿Sabe usted, me dijo Eustaquio, que ésta no quiere creer que estoy dispuesto á sacarla de la casa?

—¡Extraña coincidencia! exclamé. En este mismo momento prometía á ésta sacarla también. Por supuesto, ella no quería creerlo al principio...

—¿De veras? preguntó Eustaquio. ¿Está usted dispuesto á redimir á Victoria?

—Como usted lo oye. ¡Si pasan unas cosas!... ¡Hace unas diabluras el corazón! Pero ya se lo contaré á usted otro rato.

—¿Y cómo piensa usted realizar su proyecto?

—No lo sé aun á punto fijo, pero ya lo pensaré.

—Sí, sí, exclamaron ellas, hasta entonces mudos testigos de nuestra conversación. Sacadnos pronto; no nos engañéis...

—Los cuatro viviremos juntos, añadió Angelita palmoteando de gozo como una criatura de ocho años. Ya veréis qué felices vamos á ser.

—Dicho y hecho, dijo Eustaquio muy susceptible de dejarse llevar de primeras impresiones.

Y ellas, en alas de su imaginación poderoso

samante excitada, comenzaron á hacer mil proyectos para lo futuro. ¡Era curioso observar de qué manera tan real veían ya hasta los detalles más insignificantes de la nueva vida que nosotros las habíamos prometido!

Previsores como lo exigían las circunstancias, acordamos guardar acerca de aquel asunto el secreto más absoluto.

A eso del anochecer, después de una ligera merienda que tomamos en el mismo jardín de la fonda, despejados ya aquellos á quienes el vino se les había subido á la cabeza, regresamos á la ciudad contentos y satisfechos.

Causados de la pasada noche, y del ejercicio del día, apenas nos acostamos, nos durmimos como unos benditos.

Al siguiente día, las primeras frases de las dos muchachas, fueron para nuestro proyecto de la víspera, soñando en el cual á buen seguro habían dormido toda la noche.

No cumplirles la palabra empeñada, me pareció siempre, y más desde aquel instante, una crueldad impropia de hombres de buenos sentimientos.

Conocía por experiencia propia lo que cuesta perder una ilusión, y no había de ser yo quien la forjase para destruirla luego despiadadamente.

IX

Perseverante en aquella idea, comuniqué á Eustaquio mi proyecto.

La simpatía hacia Victoria, la compasión, el mismo amor que ya no trataba de disimular, entraban por mucho en mi deseo de realizarlo.

Mi plan era el siguiente:

Por aquella época, merced á la intervención de una autoridad dignísima é inteligente en el ramo de higiene pública, la situación de las desgraciadas pupilas con respecto á las amas, habíase dulcificado un tanto en aquella ciudad. Habíase puesto coto á las demasías de las últimas, y á las primeras se les habían dado á conocer sus derechos. Se les había devuelto, en una palabra, su calidad de personas, sacándolas de la de cosas factibles de ser enajenadas, cambiadas y vendidas, sin consultar su voluntad, en que antes se las tenía. Aun se hizo algo más en beneficio de la generosa idea de facilitar la redención de aquellas infelices, y su vuelta á la vida honrada: se declararon nulas las deudas con que las amas sujetaron siempre

á las pupilas bajo su tiranía, explotándolas miserablemente, con escarnio de la moral y de las leyes.

Aprovecharme de aquella coyuntura para sacar de la casa á Victoria, era mi idea.

El procedimiento no podía ser más sencillo ni más expeditivo.

Consultado por Eustaquio, le comuniqué como digo, mi pensamiento; aprobó él la idea, y después de bien meditada nos pusimos manos á la obra.

Hicimos suscribir á las dos chicas una petición al Juzgado, instándole su salida de la casa, y ya teníamos el documento á punto de ser presentado, cuando un suceso imprevisto nos hizo en malhora cambiar de rumbo.

Pepe, que independientemente trabajaba por la *exclaustración* de Julia, como decía él, había conseguido de la madre de la muchacha que reclamase á su hija judicialmente. La ocurrencia dió mucho que hablar en la casa; el ama se puso hecha una fiera; y sea que en el Juzgado la insinuasen algo referente á los pasos en que andábamos Eustaquio y yo, ó que por cualquiera otra circunstancia sospechase de nosotros, ello fué que una noche, la del día anterior al en que nosotros debíamos presentar al Juzgado la instancia de Angelita y Victoria, Eustaquio, que para alejar toda sospecha se presentó en la casa á que habíamos acordado no ir ya más, fué llamado á capítulo por el ama.

Estaba aquella más amable y comunicativa que de ordinario, y conversando á solas con Eustaquio, entre sorbo y sorbo de aguardiente, le dijo:

—¿Has visto el proceder de *Piquita*? ¡Quién se lo hubiera figurado! ¡Mira el desagradecido indecente! Pero se fastidiará, añadía dando otro sorbito á la copa de aguardiente, no se ha de salir con la suya por la leche que mamá; he de poder más que él; ¡mosquitas muertas á mí!

Eustaquio trataba de disuadirla; tal vez Pepe no tendría nada que ver en la reclamación de Julia hecha por su madre; acaso hasta ni supiese nada del asunto...

—No, hijo mío, decía el ama; cuando yo hablo ya sé lo que me digo, y lo que es ahora lo sé muy bien... ¡figúrate que la misma Julita me lo ha contado todo!... La he prometido que la rebajaría la cuenta si me decía la verdad, y se ha vaciado como una jibia; de algo me había de servir á mí el llevar catorce años bregando con esta gente.

Eustaquio, ante prueba tal, no sabía qué decir, su situación era verdaderamente embarazosa; ya no podía defender á su amigo, y... en el fondo, el ama tenía razón. Fuese como fuese, la mujer se había portado bien con nosotros; nos había abierto un crédito sin límites, y nos había dejado hacer en la casa lo que nos daba la gana.

Eustaquio, claudicando sin darse cuenta de ello, se decía: efectivamente es un mal pago á

los favores recibidos, jugarle una treta á esta mujer.

Mi amigo, bueno como siempre, como siempre pundonoroso, delicado hasta dejárselo de sobra y agradecido, no podía menos de reconocerlo así, y en su interior hasta encontraba al ama menos mala y repugnante de lo que en realidad era.

Ella debió darse cuenta de la perplejidad de Eustaquio, y tratando evidentemente de comprometerle haciéndole que soltase prendas, aprovechó aquel momento, y le preguntó yéndose resueltamente al bulto.

—Vosotros, es decir tú y Ricardo, no haréis lo mismo con Angelita y Victoria, ¿no es verdad chiquito?

Eustaquio, vencido ya, cogido de sorpresa por aquella pregunta tan directa disparada á quemarropa, dejándose llevar de su natural impulso que propendía á obrar siempre de una manera correcta y delicada, le contestó:

—¿Quiere usted callarse; quién piensa en eso!

—Ya me lo figuraba yo. Vosotros sois muy decentes y no intentaréis hacerme una cochina-da semejante, exclamó el ama disimulando á duras penas su alegría. Además, añadió yéndose aun más directamente al bulto, ¿para qué tendríais vosotros necesidad de indisponeros conmigo, ni meteros en enredos de juzgados y escribanos, si yo á las buenas estoy dispuesta á daros las chicas? Llevároslas si las queréis; las

dos y por poco dinero; os haré una gran rebaja en su cuenta; son buenas muchachas y yo me alegraría mucho de que fueseis vosotros quienes las *desempeñaseis*. ¡Con quién mejor que con vosotros, podrían estar?... A ver, á ver, si los animáis, seguía diciendo atropelladamente como el que habla con el intento de aturdir al que le escucha, me haríais un favor; estoy ya harta de casa y quiero quitarla pronto. Como te he dicho antes, estoy dispuesta á cederlas por unas cuantas onzas nada más; con que chiquitos al avío, que se va el tío.

Eustaquio, como Julia, caía inocentemente en la red que el ama *chanelando*, le tendía.

—Pues bien, sí, Manuela, nos las llevaremos; á lo menos por mi parte...

—Me alegro, me alegro de veras, añadió el ama cuyos ojos debían bailar de alegría. Así me gustan á mí los hombres, claros como el agua, francos, resueltos, que se vayan derechos al bulto, no como ese indecente de *Piquita*... pero ya te aseguro yo, que ha de pagármela cara. Ni tendrá la mujer que se ha propuesto llevarse, ni estará nunca tranquilo, porque yo le escandalizaré y afrentaré donde quiera que le encuentre, así sea en misa. No sabe el *chivato* que yo con mis onzas puedo más que nadie en el Juzgado. ¡Habrás visto mocoso semejante!

Cuando al día siguiente me refirió Eustaquio con todos sus detalles esta escena, no pude ocul-

guro que será la última vez que conmigo se diviertan.

Yo, aunque no muy seguro de poder cumplir mi palabra, me esforzaba en tranquilizar á la muchacha, ofreciéndola mil seguridades, inspiradas todas en el cariño que la tenía y en el deseo de no aparecer á sus ojos como un indigno farsante.

Divulgado el proyecto nuestro en la casa, seguramente por Manuela, que excitándonos el amor propio trataba, sin duda, de comprometernos hábilmente para que no desistiésemos de nuestro propósito, durante algunos días no se habló allí de otra cosa más que del próximo acontecimiento.

Algunas de las chicas, más confiadas ó menos maliciosas, daban crédito á la rectitud de nuestras intenciones; otras, por envidia ó porque realmente no creyesen que habíamos de cumplir nuestra promesa á las muchachas, burlábanse despiadadamente de nosotros, fomentando los celos de Angelita y Victoria.

El día en que tuve la seguridad de que Victoria saldría de la casa fué para mí un día de extraordinario contento; ¡como que veía próxima á realizarse un deseo de amor, por el que hacía tiempo suspiraba! y experimentaba el íntimo goce de satisfacer una instintiva necesidad de venganza de mi amor propio vejado y ofendido por los celos de mi querida, por las burlas y reticencias de las demás muchachas.

Por aquella época, había llegado ya, yo no sé por qué conducto, á conocimiento de mi familia, la pasión que por Victoria yo sentía.

Por supuesto, las noticias no debían ser exactas, y á lo que supongo, lógicamente pensando, darían á mis extravíos proporciones exageradas. De otra suerte no comprendo el rigor extremo que en aquella ocasión quiso mi familia emplear conmigo.

Precisamente en los días en que yo había prometido á Victoria poner fin á su terrible cautiverio, trataba de emprender mi padre un viaje á América. Dispuesto estaba todo para la partida, cuando mi padre, el día de la marcha, después de no haberme dejado libre un momento, me dijo:

—Tu equipaje está listo. Marcharás conmigo. Este viaje te distraerá.

Serían entonces las doce de la mañana y el vapor debía marchar á las cuatro de la tarde.

Comprendí el tiro, y aprecié todo el alcance

de la orden, que era terminante, aunque disfrazada con el manto de la dulzura paternal.

En aquellas circunstancias, el viaje daba al traste con todos mis proyectos. En otros momentos la idea de ir á América me hubiera halagado, pero entonces me dejó desconsolado, equivalía á renunciar á Victoria, á aparecer á sus ojos como un hombre informal é indigno. ¡Tanta fuerza daba yo á mi palabra empeñada!

Mas aún, aquel viaje venía en cierto modo á dar la razón á algunas maliciosas, que habían supuesto que todo mi cariño hacia Victoria no era más que una hábil patraña para explotarla..

Si alguien que no estuviese apasionado como yo lo estaba entonces, leyere estas líneas, acaso se reirá de mis escrúpulos; yo, sin embargo, los sentía, y no me arrepiento de haber obedecido á ellos.

Tratando de remediar en lo posible el mal y de tranquilizar mi conciencia, bajo la presión del pesar que sentía, escribí á Victoria la siguiente carta que supliqué á Eustaquio le entregase, diciéndole de palabra cuanto mi pluma inhábil en vano habría intentado expresar:

«Victoria mía: Cuando esta carta llegue á tus manos estará levando anclas del puerto el vapor que, en compañía de mi padre, ha de conducirme á América. ¡Separarme de tí, Victoria! ¡Y en qué circunstancias, querida mía, sin haber tenido siquiera tiempo de despedirme de tí, de abrazarte, de darte uno de aquellos besos

que condensan toda una existencia! ¡Separarme de tí precisamente en los días en que iba á realizarse nuestro sueño dorado; aquel sueño que tantas veces en el silencio de la alcoba, nos habíamos recreado en pintar con las poética tintas que al amor prestaba el deseo!...

«Y sin embargo, es fuerza que me separe de tí, quién sabe si para siempre. Mi padre, indignado de mi conducta, así lo ordena, y no tengo tiempo siquiera para desobedecerle.

«La fatalidad, Victoria, me persigue. Ella, no yo es la que va á hacerme aparecer á tus ojos como un hombre indigno y desleal, que, por puro capricho abrió tu pecho al amor y á la esperanza. Sin esa fatalidad que en mí se ceba de manera tan cruel, Victoria, te lo juro por el amor que te tengo, yo hubiera cumplido mis promesas, te hubiera levantado del fango en que te encontré y del cual ansiabas salir; te hubiera elevado á los ojos de todo el mundo haciendo brillar en tu frente la aureola de la mujer redimida. ¡Cómo no, si en ello cifraba yo mi ventura!

«Calcula tú, pues, cuán grande, cuán inmenso, cuán íntimo, cuán profundo, será mi dolor al tener que renunciar en un momento á tan soñada dicha. Instantes hay en que sin poderme sustraer á un envenenador pesimismo, estoy tentado á creer que ni la práctica del bien es ya posible en el mundo...

«Porque un bien era, Victoria, lo que yo in-

tentaba hacerte. Sí, déjame que evoque una vez más en mi conciencia esta convicción tan repetida, en contestación, siquiera sea íntima, á la crítica soez de gente estúpida, aferrada á la moral convencional de sus mayores como la parietaria á la piedra... Sí, yo quería redimirte, salvarte de la muerte moral, más horrorosa que la agonía lenta en la sala de hospital infecto... ¿No hubiera sido esto practicar el bien, rendir culto á la virtud? Sí, sí, mil veces.

«Pero la fatalidad no lo quiere, é interpuesta en mi carrera como un obstáculo insuperable, no me deja siquiera el consuelo de poder salvarlo con un esfuerzo: al intentarlo se estrellan contra él mis deseos, mis más caras esperanzas.

«Lejos de hacerte un bien como yo ambicionaba, Victoria, por capricho de la suerte, te habré ocasionado un mal y un mal horrendo. Te habré hecho entrever el paraíso para dejarte luego sin compasión en el infierno.

«¡Cruel suplicio el tuyo!

«Por tu madre, por tu amor hacia mí, por el que yo te profeso, por lo que más quieras en el mundo, te suplico, Victoria mía, que no vengas á aumentar mi sufrimiento con tu maldición ni con tu rencor. No me des al partir ese último pesar... Victoria, ya tú lo sabes; yo no soy culpable. Soñé para tí un cielo de paz, de amor y de redención, te lo hice entrever, y me estrellé al intentar alcanzarlo. ¿Fué mía la culpa?...

«Respóndeme que no en tu primera carta; que saborée yo siquiera el consuelo de que tu amor á lo menos permanece inalterable en este cúmulo infernal de contrariedades.

«Yo, en el apartado rincón de América en que acaso intenten sepultarme, hasta tanto que pueda huir, tendré siempre ante mis ojos tu retrato; le besaré como te besaba á tí; tendré en mi memoria fresco y brillante tu recuerdo flotando sobre todos los de mi juventud, como el de un sueño de dicha sin nombre, de placer sin medida... y pronto, tal vez muy pronto, volveré á tu amante seno á besarte con locura, á dar satisfacción á promesas no cumplidas y realidad á nuestro acariciado deseo.

«Recibe en esta última esperanza mil apasionadas caricias y la expresión pobre de mi amor inextinguible.

»RICARDO.»

Escrita estaba ya la carta, cuando mi padre, en vista de un telégrama que le anunciaba la quiebra de una casa de comercio de una importante provincia española, en la cual casa tenía la mayor parte de su fortuna, hubo de desistir, aunque por el momento, del viaje á América, marchando aquel mismo día á enterarse personalmente del asunto de la quiebra.

Por esta circunstancia, que casi me atrevería á llamar *feliz* no se efectuó aquel viaje á América que tan gran pesadumbre me había ocasionado, ni después volvió á hablarse del asunto.

XI

Libres ya de aquel obstáculo, y temerosos de que surgieran otros nuevos, Eustaquio y yo decidimos precipitarnos y hablar á Manuela formalmente de nuestro proyecto de *desempeñar* á Victoria y Angelita, según frase del lenguaje en uso en aquellas casas.

—Usted, me dijo Eustaquio, tratará con Manuela el precio; yo no tengo carácter para estas cosas y daría lo que me pidiesen, y como usted comprenderá, ahora se trata de sacar todo el mejor partido que sea posible.

—Es decir, que hemos de regatear, repuse yo.

—Eso es, añadió Eustaquio. ¡Parece mentira!...

Una noche estábamos en la sala con las chicas tomando café. Eustaquio me dijo dos palabras al oído, llamó al ama y le indicó que teníamos que hablar con ella.

—Ahora mismo, si queréis, contestó ella frotándose las manos de satisfacción. Pasad á mi sala.

Eustaquio, al entrar en ella, mirándome como para recordarme lo convenido, me dijo:

—Usted tiene la palabra.

—Bueno, pues, Manuela, comencé abordando el asunto, y dispuesto á dar á aquella escena, como indirecta protesta de nuestra conciencia, el colorido más repugnante que me fuese posible; figúrese usted por un momento que estamos en un mercado de mujeres (así como los hay de borricos y yeguas, puede haberlos también de mujeres), usted es el chalán dispuesto á vender su mercancía, y nosotros somos los compradores.

A Manuela le hacía gracia todo aquello y se reía.

Yo proseguí siempre en el mismo tono:

—Queremos llevarnos dos mujeres de su mercado, las que se llaman Victoria y Angelita. ¿Cuánto quiere usted por ellas?

—Te diré, dijo Manuela sacando una cajetilla de cigarros del bolsillo de su bata convidándonos y encendiendo uno ella también. Angelita debe quince onzas y media... ¿quince onzas y media?... á ver, espera, (contando con los dedos) sí, he dicho bien; quince onzas y media; la bata última no se la meto en cuenta: la doy por diez; es cuanto puedo rebajar. Ella y Victoria son las dos mejores mujeres de la casa... Victoria, duro más duro menos, pero eso no va á ninguna parte, debe también lo mismo, y la cedo por igual precio. ¡oh Victoria, Victoria vale mucho!

—¡Manuela! por los clavos de treinta puertas, eso está muy subido de precio.

—No lo creas, chiquito. Si quisiera traspasarlas á otra casa no me darían menos. Para la vida no tienen precio esas chicas; las dos tienen mucha salida, y luego, son las dos mujeres mejores que tengo. Si no fuera porque estoy dispuesta á quitar la casa y porque sois vosotros, no os los daría tan baratas, casi de balde. ¿Qué te habías creído tú?

—Está usted conviniendo conmigo, dije sosteniéndome mal en mi papel, en que el género es caro. Usted las vende como saldo por retirarse forzosamente del negocio; nosotros no queremos á las chicas para comerciar con ellas, y por lo tanto, poco nos importa que tengan ó no salida;... además, ya rebajará usted algo en cuanto á la hermosura de las chicas; son ya duritas; dentro de dos años á lo sumo estarán hechas unos guiñapos...

—¿Con que sí eh? ¡pillín! estás muy guasón esta noche; *¡vaya una marcha que se true el niño!* dijo Manuela con sorna. Para que veas tú, añadí, hoy mismo Pascuala, una *corredora* que busca mujeres para Lisboa, me hubiese dado veinticinco onzas por las dos, pero como esperaba que vosotros al fin os decidiríais, no quise comprometerme hasta ver. ¡Con que ya ves tú si os trato con consideración.

Yo hubiera seguido hablando aún más que por voluntad por compromiso, pero Eustaquio,

á quien, como á mí, la idea de que las muchachas pudiesen ser vendidas para Lisboa le había desconsolado, me interrumpió diciendo:

—Bueno, bueno, no hay más que hablar del asunto; digo, si á usted no le parece mal, (dirigiéndose á mí).

—No nos queda más remedio que aceptar. ¡Esta Manuela! añadí.

Momentos después, comentábamos en el salón esta escena, y prometíamos á las chicas que no querían creerlo aún, que dentro de dos días á más tardar pasarían á vivir con nosotros, libres ya de su esclavitud.

Anticipadamente celebramos aquella misma noche el fausto suceso con lo de siempre, con *champagne* y una alegría loca, entonces nuestra inseparable compañera.

Aquellos tiempos, ¡ay! no volverán ya, pero aun hoy al recordarlos siento un no sé qué, algo como si la sangre se rejuveneciera en mi cuerpo, como si la juventud volviese á renacer en mí con todas sus ilusiones, con todas sus esperanzas, y sobre todo, con ese descuido por el porvenir, por las horas que vendrán, que la distingue y caracteriza.

XII

Algunos días después de esta escena, poco más tarde de la hora convenida, llegábamos Eustaquio y yo á la casa, en el coche que juntamente con las muchachas debía conducirnos á nuestro pisito. Angelita y Victoria, devoradas por la impaciencia y entregándose ya á los más negros presentimientos, nos aguardaban en el balcón. ¡Las habían engañado á las pobres tantas veces!

Cuando el coche paró á la puerta de la casa, cualquiera hubiese podido escuchar un grito de alegría, dominando el ruido infernal formado por las voces de los borrachos, el rasgueo de las guitarras y los cantares soeces dentro y fuera de las casas que como zumbidos de moscas en un estercolero se oía en la calle.

Era día de fiesta, el de la Virgen de Agosto, y nuestro católico pueblo excitado por los abusos de la mesa, derramábase por los lupanares llevando á ellos la agitación desordenada de los excesos de placer. Parecía aquello una verda-

dera saturnal, en la cual los hombres, náufragos en un mar de vino, se guarecían de la tormenta en el lupanar abierto á puerta de calle como sumidero inmundo dispuesto para recoger las aguas sucias del arroyo.

Aquel grito de alegría que dominando la infernal barahunda de la calle, cualquiera hubiese podido escuchar, era el saludo de las muchachas que acababan de reconocernos.

Momentos después las estrechábamos entre nuestros brazos.

Retirados Eustaquio, yo y el ama á una habitación contigua, y arreglada con ella la cuenta de las muchachas, que la satisfacimos en buenos billetes de Banco, que ella acariciaba, contaba y volvía á contar con ojos codiciosos, á guisa de despedida, destapamos las cuatro últimas botellas de champagne que debíamos beber en aquella casa, y convidamos á todas las chicas envidiosas de la suerte de sus compañeras.

Antes de marchar, Victoria sacóse de una media algo, que cuidadosamente llevaba envuelto y se lo entregó á Julia, diciéndole: toma este recuerdo, y añadiendo por lo bajo palabras que no pude entender.

Más tarde en uno de esos ratos de confianza y expansión tan propios entre los amantes, me aclaró ella misma el enigma del regalo y de las palabras con que lo acompañara.

Consistía el recuerdo en un talismán precioso, un pedazo de piedra-imán que tenía la vir-

tuñ, decía Victoria, de atraer irresistiblemente á los hombres.

Así, por medio de él fué, añadía, como yo me gané tu cariño. Como la pobre Julia no ganaba un cuarto con los hombres se lo dí, diciéndole que si siempre lo llevaba encima le serviría de *gancho* y podría fácilmente desempeñarse. ¡Pobrecilla!

Combatí, como es natural, estas ideas supersticiosas tan frecuentes entre aquellas desgraciadas, pero los combatí sin éxito. En vano era que argumentase, Victoria me respondía siempre:

— ¡Qué me dirás tú á mí, si yo lo tengo visto y probado hasta contigo mismo!

Trasladáronse los baules de Victoria y Angelita al coche y después de una original é interminable despedida bordada de frases gráficas y felices que se cruzaron entre las chicas de la casa, corridas de envidia porque se quedaban, y las dos que marchaban, locas de contento porque se iban, tomamos asiento los cuatro en el vehículo que pausadamente comenzó á rodar por la calle toda llena de gente que nos contemplaba con sonrisa entre maliciosa y estúpida.

Antes de doblar la esquina de la calle recibió la casa de donde salíamos, una verdadera descarga de improperios acompañados, á manera de notas explicativas, de ademanes

truancescos: era la despedida que Angelita y Victoria consagraban al presidio en que se habían consumido los mejores años de su vida.

—No siento, dijeron á coro después de aquella escena, más que las lágrimas que en esa casa he derramado...

Este recuerdo las entristeció visiblemente.

—Conviene olvidar y olvidaréis, dijo Eustaquio.

Y en efecto, como cuando se es feliz fácilmente se olvida al pasado de dolores cuyo recuerdo quedaba detrás de ellas personificado en la casa, sobrepúsose el porvenir engalanado con los poéticos colores que el deseo, la esperanza y hasta el amor, tienen en su mágica paleta.

Entregado cada cual á la idea que le dominaba, durante el trayecto que debíamos recorrer hasta llegar á nuestra habitación, situada en uno de los barrios extremos de la populosa ciudad, guardábamos todos profundo silencio.

Yo pensaba en la felicidad del presente y en las contingencias del porvenir, cuyos hondos abismos intentaba en vano penetrar. Ellas... ¡quien sabe en qué pensarían!

La violenta sacudida del desvencijado coche de plaza que nos conducía, al detenerse frente á la puerta de nuestra casa, puso fin á nuestras meditaciones.

—Ya hemos llegado, dijo Eustaquio retirando la cabeza de la ventanilla y abriendo la portezuela.

Echamos pié á tierra y entramos en nuestra modesta vivienda. Un doble beso resonó en la escalera.

Limpia, espaciosa, cómoda, amueblada hasta con cierto lujo y elegancia nuestra casita, el futuro nido de ocultos amores, revelaba, sin embargo, la ausencia de la vista cuidadosa é inteligente de una mujer. Los muebles estaban colocados donde habían querido los empleados del servicio de mudanzas, pues nosotros no habíamos intervenido en ello, ocupados todo el día en cosas más importantes.

Apenas hubieran entrado en la casa Victoria y Angelita, la recorrieron precipitadamente poniendo mil defectos á la distribución de los muebles.

Aquel sofá debía estar en el otro testero de la sala; la mesa del centro estaba mal allí, debía estar más al medio de la pieza; en el recibimiento sobraban sillas y faltaba una percha; el tocador estaba mal colocado en el sitio que ocupaba; debía ponerse más al frente de la ventana á fin de que recibiera mejor luz; la cómoda en cambio debía colocarse en donde estaba el tocador...

Desde aquel momento, las muchachas, sin pérdida de tiempo, querían subsanar todos aquellos defectos, pero Eustaquio y yo, que habíamos comido muy frugalmente y que aún no habíamos cenado, sintiendo en el estómago argumentos



muy contundentes contra aquel proyecto, no lo consentimos de ninguna manera, y con las flambres por nosotros á prevención dispuestas improvisamos una cena.

Fuese que no gustasen á Victoria ni á Angelita los delicados manjares con tanto interés escogidos por nosotros, ó á causa del estado de su ánimo, ello fué que apenas si probaron los platos de salmón, atún, lengua, perdiz, foie-grás, etc., que decoraban con admirable desorden la mesa del comedor. En cambio bebieron mucho buen vino, cerveza inglesa, café, licores, etc., cuanto se encontró en nuestra bien provista bodega, pomposo nombre con el que bautizamos un cuarto oscuro del corredor que no recibía luz sino por la puerta y por un ojo de buey practicado encima de ella.

A eso de las once, después de arreglar las camas nos retiramos á descansar.

Mientras que Eustaquio se despedía y cerraba la puerta de comunicación de sus habitaciones con las nuestras, yo sentado en una butaca cerca de mi alcoba, dirigía mi vista de Victoria, que se recogía el cabello para acostarse, á un cuadro, el único que decoraba las paredes de la estancia, reproducción en grabado de un magnífico lienzo de no recuerdo qué afamado pintor francés, que lleva por título *Enfin seuls*; y sin querer hallaba analogía entre nuestra situación y la escena representada en la lámina (el momento en que novio y novia en el día de la boda

quedan al fin solos, libres de la turba indiscreta y molesta de los amigos y parientes, y él, vistiéndolo aún el frac que ha llevado durante la comida, estrecha á su esposa entre sus brazos y la dice mientras la besa con amor en la frente: ¡Al fin estamos solos!)

Cual si deseara parodiar aquella escena encantadora tan admirablemente trasladada por el pincel, me levanté de mi asiento, y depositando en la frente de Victoria un beso, la dije:

—¡Al fin, querida mía!

Nunca había yo dado á Victoria un beso tan casto; el que ella me devolvió parecía arrancado de los labios mismos de la lujuria; tal fué la impresión ardiente que dejó en mi boca.

XIII

Nos acostamos, y Victoria abrazada á mí, á poco se quedó profundamente dormida.

Si ardientes me parecieron sus besos, no estaba menos ardoroso su cuerpo: abrasaba.

Victoria, á quien yo observaba con atención, estaba inquieta y se revolvía intranquila en el lecho.

—Es que extraña la cama, pensé yo.

De repente la escuché besar entre sueños y mover los labios como si quisiera articular palabras.

—Sueña, me dije. La excitación del día continúa durante la noche, como un eco de las impresiones en él recibidas.

A todo esto la excitación de Victoria iba cada vez haciéndose más sensible; sus mejillas estaban rojas como la amapola; sus labios se movían convulsamente.

—Querido mío, murmuró al fin. ¡Qué feliz soy estando contigo!.. Si supieras cuántos proyectos, cuántos planes me he hecho para cuando

estemos juntos... Yo viviré con cualquier cosa... estando á tu lado... (*pausa*) Y seremos muy felices... ¿no es verdad que sí? Yo te querré siempre, siempre, y tú... no me dejarás nunca (*nueva pausa*).

—To ries, ¿no lo crees?... Pero, tonto, no ves que ya te quiero aquí, en esta casa donde es casi imposible el cariño... Y eso que aquí no puedo manifestártelo, porque si lo conociera el ama... ya no me dejaría dormir contigo. ¡oh nosotras, las mujeres de nuestra clase, si algún día llegamos á querer queremos de veras!... Hartas de todo...

—Pero calla, continuó, ¿no oyes? ya mellaman. Niñas á la obligación, dice el ama. Tengo que dejarte... Dame un beso; otro... (*besando*) ¡maldita obligación!... Espérame abajo en la sala que yo iré á verte en una escapada...

Vístete ahora otra vez, añadió como hablando consigo misma, y vuélvete á desnudar en seguida... y si esto no fuese sino una ó dos veces al día, vaya con Dios; pero á veces se repite seis y ocho y diez... Y luego, entre V. en los salones para que los hombres escojan; ahora te toca un borracho, luego uno que le huele el aliento... ¡qué martirio! ¡se necesita una paciencia para sufrirlo!

Tras breve pausa prosigió, esforzando la voz.

—¡Ya voy!... Vuelven á llamarme; ya oigo pasos en la escalera... es Clotilde, el cabo de vara de este presidio que se acerca.

Hasta luego; toma un beso, mono mío, (*besando*). Voy á ver quien será el *tipo racho* que me espera (*incorporándose en la cama, alisándose el cabello, y haciendo ademán de vestirse.*)

Yo no tuve paciencia para esperar más y comencé á llamarla.

—Victoria, Victoria!...

Nada, Victoria no respondía.

—¡Victoria, Victoria mía, hermosa! grité de nuevo golpeándole dulcemente las mejillas.

Victoria continuaba sin despertarse.

Temiendo entonces una desgracia, desperté á Eustaquio, que precipitadamente salió en busca de un médico.

Yo entre tanto me había vestido, é incorporado sobre Victoria, que seguía pronunciando palabras inconexas y revolviéndose fatigosa en la cama, la besaba en la boca, en el cuello y en la frente, cual si tratara de volverla en sí con mis caricias.

A poco llegaron Eustaquio, el facultativo y el sereno de quien mi amigo había tenido que valerle para encontrar un médico á aquella hora.

En aquel momento, Victoria era presa de violentas convulsiones nerviosas. El doctor se acercó á la enferma, la pulsó, observó los ojos con los suyos soñolientos y dijo:

—Tal vez sea un ataque cerebral...

Como si no estuviese satisfecho de su primera observacion, la pulsó nuevamente y acercó su cara á la de Victoria para verla mejor los ojos

que aquella tenía abiertos, aunque sin movimiento, expresión ni vida.

En aquel crítico momento se produjo una escena semejante á la del efecto que en Don Quijote hizo el famoso bálsamo de Fierabrás, que tanto se le afeó al inmortal Cervantes, si bien entonces no fué el aceite ni las aromáticas yerbas del sanativo menjurgue, sino el vino y los licores los que causaron el vómito de Victoria que puso al doctor como de perlas.

Seguro con esto de la causa de la indisposición de mi querida, tuve que hacer un supremo esfuerzo para contener la risa, pero cuando el Galeno, enjugándose el rostro con el pañuelo, dijo con el mayor aplomo: «Tal vez esto sea una borrachera,» toda mi voluntad en contrario no fué suficiente á impedir que la risa estallara en las barbas mismas del famoso facultativo con título expedido por una de nuestras más renombradas Universidades oficiales.

Lavóse el rostro el médico, y después de recetar amoníaco para lo que puede suponerse y no se qué, para calmar la excitación nerviosa con que la embriaguez se había complicado, cobró veinte reales por la visita y la rociadura, y marchóse tan tranquilo.

No es para dicho lo que al día siguiente nos reimos todos de aquel paso cómico.

XIV

La impresión que el nuevo género de vida produjo en las muchachas, fué notable en extremo. Al levantarse al día siguiente de su entrada en la casa, no se daban ellas verdaderamente cuenta del cambio que en su situación se había verificado. Pero á medida que pasaban las horas y que por estar concluida la tarea de la casa no tenían en qué distraerse, iban poco á poco notando la diferencia.

Yo, tanto para dar satisfacción á mi cariño, como por observar la transformación que en las muchachas iba á operarse, supuse para mi familia un viaje que debía durar algunos días y permanecí quince al lado de Victoria. Cuando notaba su extrañeza y embarazo en aquella vida nueva, estaba verdaderamente encantado, y en mi interior me regocijaba de ver como á los antiguos hábitos de descoco y holganza, sucedíanse costumbres más decentes y afición al trabajo. Con el objeto de completar esta obra, yo, que á pesar de mi cariño no había podido prescindir

de mi carácter reflexivo que me llevaba á educar en cuanto me fuese posible á aquellas infelices, convine con Eustaquio en que no tomaríamos sirvienta que las ayudase en las faenas del hogar.

Algún trabajillo costó acostumbrarlas al barrido y arreglo de las habitaciones y á la tarea de la cocina, pero poco á poco, con paciencia y dulzura, se las hizo entrar por el aro, como vulgarmente se dice.

De esta suerte, entre caricia y caricia, iban transcurriendo felizmente los días de nuestro amor, sin suceso ninguno importante.

Una noche, la del día que hacía ocho de los que yo pasaba al lado de Victoria en deliciosa luna de miel, mientras ella y Angelita repasaban la ropa blanca sentadas alrededor de un velador en la salita próxima á nuestra alcoba, yo, recostado en el sofá junto á ellas, leía una novela, no recuerdo cual, de un famoso autor español. De cuando en cuando separaba mi vista del precioso libro y la fijaba en Victoria con cariño. Mi mirada se cruzaba siempre con la suya, y las dos se confundían en una apasionada caricia mental.

—Mañana vas á escribirme una carta, me dijo Victoria en uno de aquellos momentos en que yo interrumpía la lectura.

—Bueno, respondí yo. ¿Para quién?

—Ya te lo diré, repuso ella.

—No, dímelo ahora mismo. Ya sabes que soy muy impaciente.

—Te lo diré, y se detuvo un momento dudosa fijando en mí sus hermosos y expresivos ojos con mirada escrutadora. La carta que quiero que me escribas, dijo al fin, es para el ama que tuve durante un mes en una casa de Sevilla... Se alegrará tanto de saber que estoy libre...

La petición, lo confieso, no me gustó mucho; pero exageraré adrede mi disgusto. Como del cariño de ciertas mujeres no se está nunca seguro, quise que Victoria me repitiese una vez más que me quería, y dirigiéndome á Angelita exclamé mal humorado:

—Ya ves ésta como se prepara el terreno para jugarme una trastada. ¡Qué cierto es que la cabra siempre tira al monte!

Aun no había terminado la frase cuando Victoria, como herida por un rayo en lo más íntimo de su sér, repuso con viveza:

—Por mi madre, que me había figurado que ibas á interpretar así mis palabras. Por esto me arrepentí en seguida de haberte dicho nada. ¡Torpe de mí!

Aunque en mi interior, con raras y pasajeras intermitencias, no dudaba del cariño de Victoria, aparenté lo contrario. Confieso ingenuamente que obré mal.

Pero como el niño que impaciente por ver si soldó el juguete que poco antes ha roto, hace

continuas pruebas y ensayos impidiendo así ¡inocente! la soldadura, yo á cada momento quería ensayos y pruebas que me asegurasen más y más de la realidad del cariño de aquella mujer.

Así, pues, sin explicación ulterior, cerré el libro, lo arrojé sobre la mesa, encendí una bujía, y abriendo una cómoda comencé á vestirme cual si hubiera de marcharme.

Mientras que con toda la parsimonia de un inglés me lavaba en el cuarto-tocador, Victoria, desde la habitación inmediata, con ira recelosa, me decía estas palabras entrecortadas. .

—Perfúmate bien... sobre la cómoda tienes tu sombrero de copa... pónitelo...; así estarás más elegante para enamorar á otra... *¡jeringue* con el niño!

Yo callaba estudiando aquella escena con interés de filósofo ó de novelista.

Durante un buen espacio sólo se oyó en la pieza contigua el ruido de las agujas de Victoria y Angelita al clavarse en la tela.

—¿Qué hora es? me preguntó Angelita interrumpiendo aquel silencio. Me parece que tarda Eustaquio.

—No son más que las once, contesté. De todos modos, si cuando yo me vaya, y subrayé estas palabras, le encuentro por el camino, le diré que venga pronto, á fin de que no estéis mucho rato solas.

En aquel momento me ponía la camisa y rasgué una de las mangas.

—¿Quieres darme un punto aquí, Victoria? la dije entregándosela.

Victoria no contestó. Clavó en mí sus ojos húmedos ya por las lágrimas, y dejando su hacienda se puso á coser mi camisa.

Poco después me la entregaba diciéndome con acento imposible de describir:

—Aquí tienes la camisa y cuello y puños limpios para que no te falte ningún perfil.

Tuve que hacer un verdadero esfuerzo en aquel momento para mantenerme en el temperamento de hombre ofendido que había adoptado. Sin embargo, picado ya en mi amor propio, me propuse llegar hasta el fin y continué vistiéndome.

Ya solo me faltaba quitarme las zapatillas y ponerme las botas, y á ello iba, cuando Victoria acercándoseme me dijo siempre con el mismo indescriptible tonillo.

—No vayas distraído á irte en zapatillas. En la mesa de noche están tus botas... Tómalas, y me las dió.

Apoyado en el borde de la cama estaba yo poniéndomelas, disimulando á duras penas la risa, cuando Victoria se echó en mis brazos, me estrechó nerviosa y convulsivamente, bañando mi rostro de lágrimas que en abundancia brotaban de sus ojos.

En la posición en que yo estaba, teniendo que

hacer muchos esfuerzos para no caer, me fué imposible retenerla entre mis brazos, y ella desasiéndose de mí se dejó caer en un sillón de la sala murmurando entre sollozos palabras entrecortadas y casi ininteligibles.

Ya no pude más; estaba vencido. Descalzo de un pié corrí á su lado, y la abracé enjugando cariñoso sus lágrimas con mi pañuelo.

—¿Quién te quiere á tí? la decía repitiendo una pregunta hecha ya mil veces.

—Nadie, contestaba ella haciendo un desdeñoso mohín.

—Yo te quiero, la decía besándola con todas mis veras.

—Nadie, nadie, añadía ella acompañando cada negativa de su gracioso mohín de desdén.

—¿Y á mí quién me quiere? preguntaba yo entonces variando de tema.

—Yo te quiero, ya lo sabes tú bien, y por eso presumes...

—¿Y á tí? decía yo insistiendo en mi primera pregunta.

—Nadie, nadie, ya te lo he dicho... ¡carambi!

Durante largo rato no pude, sacarla de ahí. Siempre obtenían la misma contestación mis preguntas, y Victoria seguía gimoteando sentada en mis rodillas.

Por fin hicimos las paces.

Por terribles que parezcan á veces estas riñas

de los amantes, que, á manera de ligeras nubes, empañan el cielo risueño del amor, tienen recompensa cumplida en el placer de la reconciliación.

XV

A todo esto, los vecinos de la calle veían con malos ojos nuestra vecindad. Estaban verdaderamente escandalizados, ellos, la gente moral, de que viviesen allí, tan cerca de sus casas, dos mujeres que pertenecieron un tiempo á las falanges del vicio.

Gente digna y honrada, si los hay, aquellos vecinos, acogían á las chicas siempre que les era posible, los más soeces, con dicharachos é insultos de cuartel; los menos atrevidos, con cuchicheos y exclamaciones de escándalo y asombro. Era su moral que se sublevaba y les salía á borbotones por la boca.

Unos y otros, capitaneados por el tabernero establecido en los bajos de nuestra casa, amostazado de que no le tomaremos á él su llamado vino, tramaron contra nosotros formidable conspiración; habían decretado, allá en el fondo de sus morales y susceptibles conciencias, nuestra ignominiosa expulsión de la casa.

El procurador del cuarto que habitábamos, instigado por los conjurados, fué el primero en romper las hostilidades:

Una mañana llamó á nuestra puerta dándose á conocer como tal procurador. Yo que no sospechaba ni remotamente el objeto de su visita, le recibí; y creyendo que sólo venía á vernos en cumplimiento de los deberes de su cargo, le hablé de algunos desperfectos de la casa; de los cristales que faltaban en tal ó cual ventana, de la llave de esta ú otra puerta que no parecía; del depósito de agua de la cocina que estaba sucio y obstruído, etc., suplicándole proveyese á su reparación.

El procurador escuchaba mis reclamaciones como embobado y distraído.;

—Bueno, me dijo al fin, ya se arreglará todo... pero yo no he venido á eso precisamente... No se ofenda usted... usted lo comprenderá perfectamente... como cerca de aquí vive la hermana del propietario de la casa, y yo soy responsable de todo... francamente, naturalmente, he venido... á enterarme de la calidad de las personas.

Yo, aunque esperaba algo por el estilo, al escuchar aquel final, me quedé verdaderamente sorprendido.

Después de breves momentos de pausa, que consagré á examinar la fisonomía de picador retirado que orgullosamente lucía aquel buen hombre, le dije con serenidad y convicción :

Aquí todos somos muy decentes.

—Yo no he dicho lo contrario, añadió con timidez.

—Es, le interumpí, que yo tampoco lo hubiera permitido.

—Pero, prosiguió el buen hombre sudando de pena, los vecinos se quejan de que aquí viven dos mujeres... dos señoras... dispense usted...

—Suplico á usted, le dije sin dejarle terminar, que no prosiga. No doy á nadie el derecho de intervenir en mis cosas, ni de usar reticencias, ni calificativos de cierto género. ¿Lo oye usted?

—Sin embargo, añadió el hombre á quien un color se le iba y otro se le venía, yo soy el procurador, y como en mi casa no quiero que los vecinos se quejen de que hay escándalos, por todo lo queda de mes desocuparán ustedes la habitacion.

—Eso será lo que tase un sastre, respondí amostazado. Mudarme de esta casa me irroga grandes perjuicios, y no lo haré sin reclamar primero ante los tribunales. ¡Pues no faltaba más! Sobre todo, mudarme con la nota de escandaloso, eso no lo haré nunca; tome usted la determinación que le parezca: yo ya he dicho mi última palabra.

Cuando el procurador iba sin duda á replicarme, gran ruido de voces desaforadas que del patio salía, se lo impidió.

Eran voces como ecos de doméstica querrella;

escuchábanse golpes dados no en la pared, sino en partes, al parecer, más blandas y sensibles, y gritos quejumbrosos de mujer, que era sin duda la que los tales golpes recibía.

Prestamos atención el procurador y yo, olvidando nuestra disputa.

—Toma, grandísima... tal, grandísima... cual, toma. Este otro para que todo el día te estés balconeando y haciéndole morisquetas y carantoñas al prestamista de enfrente. Toma, toma, y se los daba de veras. Más te valiera, hija de tu madre, cuidar de los chiquillos... Si no sé como te desuello viva.

—Eso es, decía la voz de mujer con tono lastimero, cuando estás de monos con la otra, con aquella desollada, con la grandísima berganta, harta de ir de mano en mano como escudilla de soldado, me mueles á mí á palos las costillas... Mejor harías, grandísimo sin vergüenza, en remediar las faltas de tu casa y vestir á tus hijos que están en cueros vivos, con el dinero que le das á la tal. Pero yo te aseguro que no me pegarás más. Mañana, hoy mismo, me separo de tí; yo no quiero vivir ni un momento con semejante mónstruo.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Papá! ¡Mamá! gritaban varios niños, dos ó tres, aunque por el ruido parecían trescientos, entre lágrimas y sollozos.

Todo aquel discurso era coreado. El brazo del marido y la lengua de la mujer parecían ir á ver cual tardaba más en cansarse.

Los vecinos y las criadas, por las ventanas de la cocina, escuchaban, riéndose de aquella escena del cuarto bajo.

Por fin callaron las lenguas y durante breve rato sólo se escuchó el ruido de los palos.

Nadie hubiera sospechado dos minutos después lo que había ocurrido en aquella honrada casa. Todo había vuelto á quedar en el más profundo silencio, y solo las criadas, desde ventana á ventana, comentaban la ocurrencia.

Ya ha oído usted, dije al procurador.

El buen hombre callaba como abrumado bajo el peso de terrible argumento.

Aquella escena le había desarmado.

Completamente corrido se despidió diciéndome en tono suplicante:

—A lo menos ustedes procuren no dar escándalo.

De esta suerte, la formidable conspiración de los honradotes vecinos de nuestra calle, quedó completamente burlada.

Bien es verdad que, despechados, un día creyéndonos ausentes á Eustaquio y á mí, llegaron á escandalizar á la puerta misma de nuestra habitación, pero también lo es que callientes de espaldas no volvieron á subir nunca más nuestras escaleras.

XVI

Así, sin que nada viniese á turbar nuestra dicha, aparte de esas ligeras nubecillas, que más que para amargarla sirven para hacerla en mayor grado apetecible, habría transcurrido un mes, cuando serias dificultades se atravesaron en el camino de nuestra ventura.

No me avergonzaba á mí, ciertamente, presentarme en público llevando del brazo á Victoria, la prostituta de ayer; tenía el valor de mis convicciones, y aunque sabía de antemano que la crítica de los moralistas al uso y la censura de la gente pacata habían de cebarse en mí, aceptaba gustoso las consecuencias de mis actos. Al fin y al cabo, me decía, nada verdaderamente reprehensible hay en mi conducta, y sobre todo, ¿no quiero á Victoria? ¿no me quiere ella á mí? Y como el cariño todo lo avasalla prescindí del qué dirán de las gentes, que, aunque poca, alguna influencia ejercía aun en mi ánimo.

Por esto, aunque con algún escrúpulo, más por lo que diría mi familia que por las murmu-

raciones de otras personas, no dejé de concurrir con Victoria á algunos cafés, teatros y paseos, satisfaciendo su capricho natural, que era también el mío.

Bien fuese á causa de esto, ó bien porque alguien, con la mejor intención del mundo sin duda, advirtiese á mi familia de aquel *escándalo*, ello fué, que de la noche á la mañana, estallaron en casa todo género de recriminaciones y amonestaciones hábilmente contra mi concitadas.

Lo que yo estaba haciendo, se me decía á todas horas, es indigno de una persona que se aprecie algo. ¡Pasearse por las calles dando el brazo á una de esas mujeres, habrás visto mayor escándalo! Aquello comprometía seriamente la reputación de formal en que me tenían cuantos me trataban. Mis mismos amigos me negarían su afecto y hasta el saludo, si yo no me enmendaba, si no variaba radicalmente de conducta. Y si yo no variaba, mi familia se vería obligada á adoptar conmigo serias medidas. Estaban dispuestos á todo para evitar mi perdición que, de otra suerte, era segura, inevitable.

Yo me defendía como podía, pero siempre mal. ¿Quién argumenta con una madre? ¿Y sobre todo, cómo al que no siente los arrebatos del cariño, al que no está poseído de un inmenso amor que todo lo avasalla, se le va á argumentar con razones que tienen su raíz en el corazón?

La lucha con la sociedad y sus preocupaciones, esa lucha que me anunciaba mi familia, estaba en efecto entablada, y no debía tardar mucho tiempo en estallar.

Algunos de mis antiguos amigos fueron los que primero rompieron las hostilidades.

Los más cobardes é hipócritas se contentaron con murmurar despiadadamente de mi conducta desde la mesa del café. De loco ó de imbécil no me bajaban en sus piadosos juicios. Otros más francos y sobre todo más leales, trataban de disuadirme del propósito de perseverar en mi conducta. Yo, me decían, debía estar loco; era preciso que aquella mujer me hubiese dado algún filtro de esos de que nos hablan las novelas que me hubiera hecho olvidar en un momento toda noción de buen sentido. Parecía imposible que un muchacho de tan claro entendimiento como yo, rompiese tan abiertamente con las costumbres y las ideas sociales, que era forzoso respetar siquiera por ser tan generalmente admitidas. Bueno que sintiese hacia aquella desgraciada mujer lástima y compasión profunda, que no otra cosa debía inspirarme, pero de ese sentimiento interior y caritativo no debía pasar. El papel de redentor es siempre un papel expuesto á mil peligros, me decían otros, y era preciso estar muy ciego para entregarse á él voluntariamente. Ya has hecho por esa desgraciada muchacha más de lo que debías; abandónala ahora, olvídala, y no trates de ope-

nerte neciamente á la corriente de la opinión.

Irritado, y conteniendo á duras penas mi indignación por aquellas reflexiones que tan fuera de lógica y tan inmorales me parecían, contestaba con argumentos en un principio, hasta que harto ya de oír siempre la misma monserga, la eterna monótona cantinela, hice oídos de mercader, y nada respondía.

Entonces los amigos que así me amonestaban, considerándome hombre perdido al que era inútil ir con prudentes reflexiones, comenzaron á retirarme su amistad, sentían por mí sólo esa compasión algo depresiva que inspiran los desgraciados por su propia voluntad, é hicieron causa común con los murmuradores vergonzantes, á los que acabaron por darles razón.

Irritado por aquella lucha y ofendido por aquella provocación que me parecía criminal, acepté el reto y desembozadamente me presentaba en sociedad en compañía de Victoria, resuelto, animoso, armado del deseo de la venganza, contra todos, y principalmente contra aquellos que se habían llamado mis amigos.

Una noche, acababa de estrenar Victoria un traje nuevo, que, realzando su natural hermosura, le sentaba á maravilla; después de dar un paseo entramos en uno de los más aristocráticos cafés de la ciudad, donde sabía yo se reunían multitud de mis amigos y conocidos.

Al entrar nosotros, todos los rostros se volvieron á mirarnos; más de una sonrisa insultante se dibujó en algún labio; las sillas de los que se volvían hacia la puerta de entrada para vernos más á su sabor resbalaban produciendo extraños y chillones ruidos por el pulimentado pavimento del café resplandeciente aquella noche de hermosura y elegancia; en las mesas donde estaban mis amigos los labios debían murmurar furiosamente, á mí me parecía oír sus palabras semejantes al roce de los elictros de un enjambre de insectos miserables.

Sintiendo algo extraño, como una mezcla de orgullo y de venganza satisfecha, dando el brazo á Victoria, avanzaba hacia una de las mesas centrales del café sin inmutarme. En uno de los pasillos que formaban las hileras de mesas me detuve, saqué un cigarro y lo encendí con parsimonia ofreciéndome algunos momentos en pié á la curiosidad estúpida de los concurrentes. Si las miradas que de todas partes convergían á nosotros hubieran podido dejar una huella en el espacio de la sala, Victoria y yo hubiéramos aparecido como presos en colosal tela de araña.

Saludando con una ligera inclinación de cabeza á unas señoras que con un caballero ocupaban la mitad de una mesa, Victoria y yo nos sentamos. Temí por un momento que nos insultasen levantándose por nuestra presencia, pero no, después de contestar á nuestro saludo, con-

tinuaron hablando entre sí sin preocuparse de nosotros.

Aquella familia era francesa.

Como una media hora después, salíamos del café. Igual movimiento que á nuestra entrada prodújose entonces. Las miradas de muchos concurrentes se fijaron en nosotros. Al dirigirme hacia la puerta, me parecía que aquellas miradas fuesen finísimas agujas de acero que pinchándome en la espalda me repeliesen de la sala hacia la calle.

—Ya se irán acostumbrando, le dije á Victoria, que cogiéndose de mi brazo me aseguraba que había sentido mucha vergüenza al ver que toda la gente del café se fijaba en nosotros.

—¡Pobre de mí! ¿Qué les habré yo hecho? murmuró filosóficamente la muchacha.

Si aquel choque forzoso con la sociedad no me importaba gran cosa, no así me sucedía con la lucha continúa que tenía que sostener con mi familia. El ceño adusto de mi padre, las observaciones incesantes de mi madre, el mirar mismo de la sirvienta, que sin duda había oído algo referente al disgusto y tirantez que entre mis padres y yo existía, me traían abrumado, triste y fuera de mi natural centro. Mil opuestos sentimientos trababan en mi interior descomunal batalla que me desgarraba el pecho.

Victoria, á la que yo no ocultaba ninguna de

aquellas disensiones domésticas que tan perturbado me traían, se sacrificaba gustosa por mi tranquilidad, y motu-propio, ya solo salía de noche conmigo, esto raras veces, y buscando aún siempre para nuestros paseos caminos excusados y sitios poco concurridos.

¡Pobre muchacha, cuán buena fué siempre!

Ni por esas cesaba la oposición de mi familia. Antes al contrario, como envalentonada por aquella concesión que yo le había hecho, creyéndome vacilar en mi resolución, y suponiéndome propicio á separarme con un poco más de esfuerzo del lado de Victoria, redoblaba mi madre con lágrimas en los ojos sus amonestaciones y súplicas, y mi padre mismo intervenía con durísimas amenazas.

Un día, después de un altercado memorable, me declaré vencido, y en un arranque de cariño y obediencia filial, sin consultarlo verdaderamente con mi corazón, exclamé:

—Bien, yo le aseguro á usted que desde hoy todo ha concluido...

Me encerré en mi cuarto dispuesto á no volver á ver jamás á aquella mujer, y hasta escribí una lacónica carta separándome de ella; pero las lágrimas se me saltaban de los ojos y el corazón se me rebelaba. Agitado me marché á dar un paseo...

Creía tener fuerzas suficientes para cumplir mi promesa, pero apenas salí á la calle, maquinalmente, como los caballos del tranvía siguen

la línea de los railes, encaminé mis pasos á la casa de Victoria. Automáticamente subí la escalera y llamé á la puerta. Cuando pude darme cuenta de que estaba faltando á mis propósitos de hacía poco rato, me encontré en los brazos de mi querida, y casi llorando le conté lo que me ocurría.

De común acuerdo convinimos en que era preciso rodearnos del mayor misterio y adoptar la actitud del disimulo más perfecto.

Yo no faltaría á mi casa á las horas de comer ni á las de cenar, y me iría á dormir á una hora razonable; el resto del día lo pasaríamos juntos sin desatender por eso las obligaciones de mi despacho.

No quedaba otro remedio, y hubimos de conformarnos con aquel acomodamiento impuesto por las circunstancias. Ya vendrán, tras de estos otros tiempos mejores, nos decíamos para consolarnos mutuamente.

Desde aquel día, el placer de nuestro cariño, como gozado así, á hurtadillas, era mucho mayor... ¡La eterna historia del fruto prohibido!

XVII

Dos meses más se deslizaron insensiblemente de esta suerte, consagrados por mi parte á hacer olvidar á Victoria su pasado, á reconciliarla con su familia, obteniendo que la perdonase, y á corregir ciertos defectillos de carácter hijos obligados del abandono en que por fuerza había estado su educación.

Mis ensayos pedagógicos dieron excelente resultado. Aquella criatura antojadiza, indómita y altanera, acostumbrada á ceder solo á la violencia, por la razón y la dulzura, habíase convertido en mansa ovejita. Sólo de vez en cuando daba muestras de su antiguo carácter, pero ella misma, hecha ya á otros hábitos, arrepentíase de aquellos arranques bruscos y hasta se avergonzaba de ellos, tratando siempre hábilmente de excusarlos y reprimirlos.

Todo marchaba á las mil maravillas, cuando por incompatibilidades de carácter estalló entre Victoria y Angelita terrible discordia, que terminó con un completo rompimiento.

Sucedió lo que era lógico y razonable prever. El temperamento altivo é imperante de Angelita, reprimido hasta entonces por el cambio radical de vida, comenzaba á manifestarse con toda su pujanza como exacerbado por el tiempo que había estado en completa pasividad.

El día en que no sin profundo pesar abandonamos la habitacion en que tantas y tan buenas horas habían transcurrido para mí, será siempre una fecha memorable.

Un mes antes, la desgracia había comenzado ya á perseguirme, precisamente cuando yo confiaba en un favorable cambio de fortuna.

Hasta entonces yo había atendido á las necesidades de Victoria con el sueldo no muy crecido que ganaba llevando la contabilidad en una importante fábrica de tejidos, cuando de la noche á la mañana la llegada del hijo mayor de mi principal, que había estado completando su educación mercantil en Alemania, me dejó sin destino, precisamente en las circunstancias en que más necesarios me eran sus rendimientos.

Hombre egoista y metalizado hasta lo sumo mi principal, vió en la llegada de su hijo una magnífica ocasión de ahorrarse un dependiente en su despacho, y atento sólo á su interés me dió bruscamente el cese.

Trabajo hubo de costarme obtener de él amistosamente, sin necesidad de recurrir á los tribunales, el mes de abono que señala el Códigi-

go de Comercio para los dependientes despedidos sin causa que atañe á su honradez.

Sospeché también si aquella medida de mi principal no sería hija de alguna indicación de mi padre para ver si así lograba que yo abandonase á Victoria, pero nada confirmó nunca mi primera sospecha.

Poco antes de tomar la determinación de separarnos de Eustaquio y Angelita, determinación que estando yo falto de recursos pecuniarios era verdaderamente heroica, Victoria con lágrimas en los ojos, me proponía que mientras pasaba el mal tiempo y se arreglaban mis asuntos de manera que nos permitiesen continuar viviendo desahogadamente, la enviase al lado de su familia, á la sazón residente en un pueblecito de la provincia de Cádiz.

Por supuesto, yo debía reunirme nuevamente con ella; si no lo hacía era un hombre sin conciencia.

Decía esto Victoria llorando tan amargamente, que á pesar de mi entereza, me costó grandísimos esfuerzos no acompañarla en sus lágrimas.

—Yo te prometo por lo que más quiero en el mundo que no te abandonaré. Dentro de una semana, añadí, marcharás á reunirme con tu familia; mientras estás allí yo arreglaré mis asuntos y volverás á mi lado para no separarte

ya nunca más. Eso sí, le decía yo en tono suplicante, sé buena; cuando estés lejos de mí no vuelvas á las andadas; acuérdate de mí; ten presente mi cariño... y que él te salve.

Victoria lloraba.

—¡Una semana tan solo me queda ya que estar á tu lado! murmuró. ¡Parece mentira que esto pueda ser verdad! Y luego, lejos de mí, me olvidarás... encontrarás otras mujeres... y yo, ¡tonta! que me había creído que nunca había de separarme de tu lado..

—¡Olvidarte yo! exclamé enjugando sus lágrimas con mis labios. Eso es imposible. ¡Te quiero tanto!

Aquella separación impuesta por las circunstancias de manera inevitable, fué desde aquel instante nuestra pesadilla, pero hubimos de resignarnos á ella, ya que en medio de todo, constituía nuestra salvación por el momento.

¿A dónde ir mientras yo arbitraba recursos para el viaje?

No lo sabía, y al lado de Angelita no podíamos ni debíamos continuar un solo día más.

Se me ocurrió ir á una fonda, y dicho y hecho, me hice presentar por un amigo y por la tarde se trasladaba á ella Victoria.

—Aquí estarás tres ó cuatro días mientras yo encuentro dinero para el viaje, la dije instalándola en su habitación.

El problema que nos parecía resuelto se complicaba. ¿Cómo encontrar dinero?

Durante tres días me dediqué infatigablemente á buscarlo sin éxito alguno. No por esto desmayaba. Con aquella esperanza pasaron hasta quince días.

El dueño de la fonda una noche me presentó la cuenta y yo hube de aplazar su pago para dentro de diez días.

Pasaban con rapidez asombrosa, y nada, yo seguía sin encontrar un medio de salir de aquel atolladero. Había recurrido á todos mis amigos, obteniendo sólo tristes desengaños... De los que en aquella situación me consolaron guardaré siempre un gratísimo recuerdo; á los que me volvieron la espalda con desatención sin ejemplo, procuraré olvidarles.

A todo esto se aproximaba rápidamente el día que yo había fijado al dueño de la fonda, hombre grosero y egoísta, según pude conocer más tarde, para el pago de su cuenta, y yo sólo tenía remotas esperanzas de poder satisfacerla.

Victoria estaba apuradísima previendo un final desastroso. El disgusto la hacía enflaquecer visiblemente; sus ojos se habían apagado y hundido, el carmín de sus mejillas desaparecía siendo reemplazado por marcada palidez.

En esta situación, asiéndome desesperadamente á mis esperanzas, hice que un amigo mío, íntimo del dueño de la fonda, interviniese con él para obtener un nuevo plazo de cuatro ó cinco días solamente.

Cómo recibiera el fondista la proposición de

mi amigo, lo ignoro aún; sólo sé que la misma noche en que mi amigo trató de favorecerme obteniendo el nuevo plazo que yo le había indicado necesitar para el pago de la cuenta, se presentó el dueño de la fonda en el cuarto de Victoria, montado en cólera, diciéndome con grandes gritos:

—Salga usted al momento de aquí, ¡indecente!

Quedé anonadado por aquel exordio.

El bruto del hombre aquel, seguía:

—Salga usted inmediatamente; mire usted que le voy á romper el alma.

Me reporté; aquello era ya demasiado. Por las puertas de las habitaciones de los corredores asomaban cabezas curiosas á enterarse de la causa de aquel escándalo. Me puse en pié, empuñé una botella de agua que había sobre la mesa y traté de aplacar al monstruo. Tarea imposible; el hombre, no sé si la palabra es propia, seguía gritando furiosamente.

Al fin hube de formalizarme.

—Cuidado con sus palabras, le dije. Estoy muy sobre mí cuando he aguantado con paciencia y sin arrancarle á usted la lengua, las insolencias que me ha dicho, y todavía... todavía vá usted á pagármelas caras.

Esto le aplacó un poco.

—Si no me paga usted... añadió.

—De eso se trata, pues nadie ha pensado en engañarle.

—Quiero que me pague usted al momento, al momento. ¿Lo oye usted?

—Eso es imposible, añadí resueltamente. Dentro de unos días yo le prometo á usted..

No me dejó terminar la frase.

—No quiero entenderme con usted, se lo digo desde ahora. De quien quiero cobrar es de la señora; á usted como si no le conociera; mientras la señora no me pague quedará encerrada en el cuarto. Ya verá usted si me cobro yo.

Mi paciencia se iba acabando, y ante aquella última amenaza, dije enérgicamente:

—Se guardará usted muy bien de hacerlo.

—Ya lo verá usted, añadió retirándose mascando la colilla del cigarro.

—Lo veremos, sí señor, añadí yo aceptando el reto y cerrando bruscamente la puerta del cuarto.

Victoria estaba como anonadada.

A mí la inminencia del peligro me había hecho recobrar la calma, y en un momento combiné mi plan de batalla.

—Consuélate, serénate, no te aflijas Victoria: Yo te prometo que mañana estará todo arreglado. Por lo pronto, no abras á nadie la puerta de tu habitación hasta que yo venga; el bruto del fondista sería capaz de atropellarte.

Estoy convencido de que á poder lo hubiera hecho. Había en él algo más que el justo deseo de querer cobrarse su cuenta.

Algunos hombres miserables, cuando buena-

mente no pueden obtener de una mujer lo que desean, son capaces de recurrir á cualquier medio por repugnante é indigno que parezca.

Poco después, dejando á Victoria algo más tranquila me retiré.

A la salida de la fonda, dos criados apostados expreso, me cerraron el paso.

—Espere usted un momento, me dijeron.

Esperé.

Retiróse uno de los mozos, y á poco comparció el fondista.

—Usted, me dijo después de mirarme de piés á cabeza, puede retirarse, pero la señora no saldrá del cuarto en tanto no me pague. Ya me cobraré yo de alguna manera.

—Está bien, grité colérico. Venga usted un momento conmigo que voy á pagarle al instante... Veremos quién rompe el alma á quién, canalla, cobarde...

—Hace mucho frío, contestó el fondista retirándose.

—¡Indecente, cobarde, canalla! añadí yo dando á estas palabras toda la fuerza de mi coraje y de mi desprecio.

Al siguiente día, que erasábado, me presenté acompañado de dos testigos en la fonda. Temía que el dueño tratase de incomunicarme con Victoria, impidiendo así la realización del plan que durante la noche yo había maduramente combinado.

No ocurrió lo que yo sospechaba, y sin obstáculo, llegué al cuarto de la chica, que sin haber podido conciliar el sueño en toda la noche, me aguardaba impaciente.

Extremadamente nervioso, le leí un documento dirigido al juzgado, en el cual, tras la exposición de los hechos, se denunciaba al mismo la detención ilegal y arbitraria por deudas; se le interesaba que en vista de la importancia del caso, y atendiendo á ser día festivo el siguiente, procediese á la práctica de las diligencias á que en derecho hubiese lugar por la vía de *in continenti*, y se reservaba la denunciante el derecho á exigir la indemnización de daños y perjuicios que la conducta del dueño de la fonda pudiese requerir, por obligarla á suspender un viaje, que debía realizarse al día siguiente, para reunirse con su familia, á cuyo lado, imperiosas obligaciones la reclamaban.

Instruí á Victoria en lo que debía hacer y decir cuando el juzgado se constituyese en la habitación, é inmediatamente fuí yo en persona á presentar la denuncia.

Inmediatamente también, con un celo y diligencia á que ciertamente no nos tiene acostumbrados la justicia española, el juez, con todo el personal necesario, personábase en la fonda con las precauciones debidas, á fin de sorprender al dueño de la misma *infraganti* á ser posible. Sin tropiezo llegó el juez á la habitación de Victoria, la interrogó acerca de la causa y

fundamentos de la detención con que el fondista la había amenazado, y suplicándola que se pusiese la mantilla, dióla el brazo, y sin obstáculo ni resistencia salió con ella á la calle, yendo á reunirse conmigo, que en la esquina más próxima la esperaba.

Victoria, agradablemente sorprendida por el resultado de mi plan, que tan pronto y felizmente había puesto fin á su encierro, me miraba complacida, estrechándome suavemente el brazo. Aquel hecho me elevó en su consideración y aprecio á una altura incomparable. Después de aquello, su confianza en mí no tuvo límites; hubiera ido conmigo sin vacilar al mismo infierno, si el infierno existiese.

Cuando por la tarde de aquel mismo día me presenté en el juzgado acompañando á Victoria para que ratificase ante el juez su denuncia, supe que el fondista había sido detenido desde por la mañana en estrados, é incomunicado, mientras se practicaban las primeras diligencias, y se procedía sobre la marcha á la información testifical.

Aterrado el fondista por aquel golpe, que él á buen seguro no esperaba, sin aguardar la terminación del procedimiento, me hizo saber aquella misma tarde, que, «cuando gustase, podía enviar á recoger la maleta de Victoria, si es que la señora no pensaba continuar en la fonda.» Más blanco que el papel, y temblando como un azogado, me suplicó también cuando

fué á verle al día siguiente, que le librase un recibo por el importe de la deuda de la señora, en la forma que quisiese.

Libréselo yo, reconociendo el crédito *á pagar cuando pudiese*, y él lo aceptó sin reparo alguno.

Este suceso, simple *quite* impuesto por las circunstancias, dió mucho que hablar en el círculo de mis amigos. La malicia de éstos, defecto á que todos propendemos irresistiblemente, se empeñó en ver en él *un sablazo* de primer orden. Sin embargo, como antes dije fué un simple quite, el paño de árnica aplicado á un garrotazo de la desgracia y de la necesidad.

XVIII

Comienza ahora un nuevo periodo de aventuras y desventuras, de días de esperanza, y otros en los que no brillaba ni un solo rayo de ese sol, verdadero y agradable vermuth de la vida.

¡La esperanza! ¿Quién sin ella sería bastante fuerte, y se resignaría á arrastrarse penosamente por entre los zarzales de la existencia, llevando áuestas, como el caracol su concha, el pesado fardo de sus decepciones y amarguras, de sus heridas y de sus contrariedades?

Vivir sin esperanza no debe ser vida, sino estacionamiento, muerte. Debe ser como vivir exclusivamente de recuerdos; como marchar por un callejón sin salida, aguardando con temor el momento de estrellarse el cráneo contra el paredón que nos cierra el paso.

Pero... volvamos al interrumpido relato.

Ya estaba arreglado, ó cuando menos aplazado, el conflicto de la fonda, pero el conflicto mayor, el que envolvía el viaje de Victoria,

quedaba en pié, apremiante y amenazador.

Esperaba yo que todo se arreglaría. Al día siguiente había de ponerme á buscar la solución sin descanso hasta hallarla; pero por el momento volvía á encontrarme sin casa. ¿A dónde, pues, llevaría á Victoria?

Juan, mi bueno y servicial amigo Juan, me sacó del apuro. Me ofreció su propia habitación y su propia cama por algunos días. Juan vivía sólo con una pobre vieja que le cuidaba; el ofrecimiento de Juan era completamente espontáneo.

—Si no aceptas, me dijo, me ofenderé, me resentiré contigo.

Sólo dos días permaneció Victoria en casa de Juan, pues Alberto, que en la casa donde vivía tenía algunas habitaciones desocupadas, puso una á mi disposición, en la cual Victoria podía estar con comodidad y sin molestar á nadie. Para la familia con quien Alberto vivía, pasó Victoria por una parienta mía que sólo estaba de paso en la ciudad.

A fin de no molestar á aquella buena familia, hice que de una fonda próxima le sirviesen á Victoria la comida á domicilio.

Más tranquila ya, fué poco á poco recobrando mi querida en la casa de Alberto las carnes y el color que en la fonda había perdido.

Entre tanto yo me consagraba sin descanso á arbitrar recursos para el viaje. La suerte no me favorecía; muchas de las personas á quie-

nes recurrí en aquel entonces, y de las cuales cuando no las necesitaba, había oído todo género de al parecer espontáneos ofrecimientos, se excusaron de complacerme con más ó menos habilidad y finura; otras más groseras, ni siquiera me contestaron...

Victoria había llegado á creer que no se realizaría su viaje, y, casi estoy por asegurarlo, interiormente se alegraba de ello. Era natural; como temía que yo la olvidase, cualquiera solución que no fuese la de separarse de mí, la hubiera aceptado con sumo gusto.

Como tres semanas permaneció en casa de Alberto. Sabedor un día de la próxima llegada de unos parientes de la dueña de la casa, y suponiendo que la permanencia de Victoria en ella pudiera ser causa de molestia, decidí buscar una habitación á la que pudiera trasladarse, interin encontraba recursos para el viaje,

La casualidad me favoreció, y aunque en un barrio apartado del centro de la ciudad, encontré una señora que me cedió amueblada y todo, una habitación relativamente cómoda y económica.

La dueña de la casa, que ocupaba las habitaciones de la parte posterior, era una mujer de 74 años, seca, apergaminada, con la cara llena de arrugas, con cuatro pelos blancos, semejantes á las raíces de las cebollas, diseminados en guerrilla sobre un cráneo reluciente como el

pomo de la barandilla de una escalera, y sorda como una tapia por añadidura.

A primera vista, á pesar de lo raro de su figura, aquella mujer no predisponía mal; cierta finura, cierto halago en sus maneras, extraviaba el juicio del observador. Tratada, era ya otra cosa muy distinta; comenzaban á reconocerse los defectos de doña Francisca, y destruida la primera impresión, aparecía la mujer avariента, metalizada, de corazón endurecido, murmuradora, chismosa, y amante del traguito de lo bueno.

Su misma fisonomía, que le daba el aspecto de una verdadera efigie de la avaricia, no desmentía su carácter. La cara era larga, hundida en el sitio en que un tiempo debieron estar los carrillos; su nariz afilada, lustrosa como un cartílago pulimentado por el roce, afectando la forma de una hoz, se inclinaba como para trabar relaciones con la barba, que, sin duda aburrída de verse sola, salía al encuentro, formando el todo junto con una boca sumida, de labios delgadísimos, algo semejante á un colossal pico de loro medio entreabierto como para permitir el perfecto juego de la lengua de aquella mujer, que era una lengua, ¡pero qué lengua! una verdadera navaja barbera.

En vida de su primer marido, la sorda, como la llamaban en el barrio, había disfrutado de una posición desahogada, pero el hombre con quien contrajo segundas nupcias, en empresas

mercantiles en las que fué muy desgraciado, perdió todo cuanto la mujer poseía, viéndose en sus últimos años reducida á ganarse por sí misma el sustento para ella y su marido, ciego el pobre, vendiendo de casa en casa ropas, medias, etc., y haciendo otros mil menudos oficios.

Era un misterio para todo el que de cerca la conocía, el cómo aquella mujer, siempre llorando desgracias y contando miserias, se las componía para tener perfectamente provista su despensa, en la que nunca faltaba, amén de sólidas sustacias y apetitosas golosinas, el barrilito de vino confortante ni la botella del fino anisado. Sin duda para explicarse aquel misterio, suponía la gente murmuradora del barrio, que doña Francisca tenía una cantidad, que se hacía ascender á algunos centenares de duros, en manos de un sacerdote que le daba por ella muy buenos réditos.

Ella, sin embargo, cuando sus hijas casadas ya, y que dicho sea entre paréntesis, la tenían completamente abandonada, la replicaban que suya era la culpa de vivir con apuros y estrechez, pues con los cuartejos que le tenía el curita podría pasar muy bien los pocos años que aun le quedasen de vida, negaba rotundamente la especie, no sin que sus ojos vivarachos y redondos como dos cuentas de vidrio, ribeteados de rojo y llorosos, relumbrasen momentáneamente de alegría.

La verdadera víctima, el que allí inspiraba compasión merecida, era el pobre del marido, ciego y medio paralítico. So pretexto de su miseria, la mujer trataba de endosárselo á las hijas, y éstas le rechazaban enviándoselo á su mujer; con lo cual el pobre hombre andaba arriba y abajo todo el día, como arcabuz de noria.

No se lo merecía ciertamente aquel desgraciado que ha sucumbido ya á sus dolencias y á sus pesares.

En las habitaciones de la parte delantera, á las que yo más tarde me trasladé, habitaba una familia, todas mujeres, que apenas tuve ocasión de tratar, pues permanecieron en la casa pocos días. Me atrevería á asegurar no obstante, que era gente muy honrada, aunque pobre, como diría Cervantes.

Tal era la vecindad en cuya compañía llevaron las circunstancias á vivir á Victoria.

Procediendo siempre con cierto ten con ten, pagando siempre al contado, y obsequiando de cuando en cuando á doña Francisca con un traguito de aguardiente, reinaba la mayor armonía entre ella y nosotros, y aun Victoria tenía que agradecerla algunos favores, el préstamo de una cazuela, de unos fósforos para encender la luz, ó de un polvo de sal para sazonar la comida...

En aquella casa transcurrieron los días más felices y también los más desgraciados del tercer periodo de mis amores, periodos todos marcados por algún suceso importante.

Al trasladarme el 15 de Noviembre á la casa de doña Francisca, estaba yo profundamente convencido de que mi permanencia en ella habia de durar sólo un mes, durante cuyo tiempo esperaba encontrar dinero para realizar el proyectado viaje de Victoria.

Pero, sucedía una cosa natural en extremo. Como mis recursos eran pocos, y la necesidad de vivir imponíase imperiosamente, como que es la primera de las necesidades, á satisfacerla consagraba como era lógico, todo el dinero que caía en mis manos, y el viaje, en tanto, por falta de posibilidad, permanecía indefinidamente aplazado.

Así transcurrió todo el mes de Noviembre y el de Diciembre hasta muy cerca de los días de la Natividad.

Por esta fecha creí que efectivamente el viaje de Victoria iba á tener efecto. Las gestiones que en busca de dinero venía yo continuamente practicando, dieron buen resultado, y un día me presenté á ella con la mayor parte de la cantidad que necesitaba para su marcha. El resto, hasta el completo de la módica suma presupuestada, me lo habían prometido para dos días más tarde.

Al entregar á Victoria aquel billete de banco

y unas cuantas monedas de plata á costa de tantos afanes y decepciones conseguido, echóse en mis brazos y prorumpió en amargo llanto mientras decía:

—Ahora sí que creo formalmente que me voy; y arrojó el dinero sobre la mesa como si su contacto le abrasara las manos.

La consolé, la convencí de que era preciso que marchase; ella misma veía, le decía yo, con cuantos apuros y con cuanta estrechez podía sostenerla; además aquella separación duraría poco tiempo; yo no tardaría en encontrar trabajo, y entonces volvería ella inmediatamente á mi lado; yo se lo juraba una y mil veces por el cariño que la tenía.

Así quedó convenido, y dejándonos arrebatados por la esperanza comenzamos á hacer proyectos para lo porvenir.

Tendríamos una casita pequeña, muy mona, para nosotros solos; la compañía estorba, y después, si hubiese apuros, nadie tendría que enterarse de ellos, todo quedaría entre las cuatro paredes de nuestra habitación. Los muebles los alquilaríamos como los del piso que antes habíamos vivido en compañía de Angelita, y poco á poco iríamos comprando otros con que sustituirlos, porque los alquileres son una cosa terrible, se comen mucho dinero. La casa, que yo tendré siempre limpia como una taza de plata, decía Victoria, ha de tener jardín ó cuando menos azotea con muchas macetas de flores; eso sí,

¡las flores me gustan tanto! además me servirán de entretenimiento, pues yo saldré poco á la calle hasta que la gente olvide mi recuerdo. Por lo pronto, nada de criada, añadía, es un gasto inútil y no tenemos necesidad de que nuestras faltas estén todas en la calle. ¿Para qué servirían si no estos brazos? Yo me oponía á aquel proyecto; quería tener criada. Al fin transigimos la cuestión; tomaríamos una ayudanta que fregase los platos é hiciese la compra. Así la gente te considerará más, decía yo á Victoria. Luego, añadía ella ruborizándose, luego tendré un niño; ya verás qué bonito será; tendrá los ojos como tú, pero un poquito más grandes...

—¡Pero tonta de mí! ¿Para qué hago tantos proyectos si tú no volverás á llamarme? Me olvidarás... tu familia, los consejos de tus amigos podrán más que el cariño que me tienes, decía Victoria, pasando bruscamente de la alegría á la tristeza, de la confianza á sus recelos tantas veces manifestados.

—Yo te prometo, añadía desatendiendo mis juramentos, que si haces eso yo iré á donde quiera que estés; y te escandalizaré por todas partes; y te escupiré á la cara; y pasaré por delante de tí del brazo de otro hombre, y diré mira qué tipo... ¡Ah, sí, sí, me había de vengar de una manera terrible; yo te lo prometo por la salud de mi madre...

—Más fácilmente me olvidarás tú á mí que yo á tí, la decía recordando á mi pesar como

sombrío presentimiento para lo porvenir el pasado de Victoria, aquel pasado que en vano intentaba olvidar. Cuando como tú se tiene el hábito del hombre, fácilmente se olvida al uno por el otro. Tú vas á tu tierra, y allí, ¡hay tantos que te conocen, tantos á quienes acaso quisiste, qué fácilmente reanudarás el querer antiguo, olvidándome por completo á mí, que solo vendré á ser un parentésis de tu historial... Y entonces volverás á las andadas; á la vida alegre y relajada, para la cual sólo habrás estado tomando aliento durante el periodo de relativo reposo que has disfrutado á mi lado.

Victoria lloraba.

—¿Te figuras, exclamó, que una es de hierro? ¿Crees tú, chico, que no tiene una corazón? Pues sí yo lo tengo, y por eso me hace mucho daño lo que me dices. Yo te prometo por lo más sagrado que haya, que ningún hombre más que tú me ha de tocar ni con un dedo; á ver si tú haces lo mismo; á ver si eres tan constante.

—Yo te lo juro, contesté, aunque es inútil y nada vale para tí mi palabra; te lo juro y te suplico que nunca más me vuelvas á hablar de esto.

—Ni tú á mí, dijo Victoria enjugando sus lágrimas. ¿No es verdad, monino mío, que tú tampoco desconfiarás de mí?

Así terminó aquella escena. No obstante nuestra promesa, mil y mil veces volvíamos sin poderlo remediar ni ella ni yo, á nuestras mutuas

dudas, á nuestras desconfianzas, y á nuestros recelos.

Era que queríamos ambos penetrar los misterios del porvenir, de los que nadie podía responder.

Ya habíamos llorado y vuelto á llorar nuestra separación que creímos inevitable, cuando uno de los cabos de mi plan para allegarme los recursos necesarios para el viaje, faltó, impidiendo por entonces su realización.

Cuando comuniqué á Victoria esta noticia, casi me atrevo á decir que se alegró; á mí tampoco me desconsoló mucho. La verdad era que yo sentía infinito tener que separarme de ella... y con el dinero que teníamos, insuficiente de todo punto para su marcha, podríamos tirar un mes con alguna economía, con algo más que yo proporcionase. ¿Y en un mes, me decía yo que nunca abandonaba la esperanza, quién sabe cuántas vueltas puede dar el mundo?

Y en efecto, mi posición, aunque poco, mejoró algo; encontré trabajo aunque muy mal retribuido, renaciendo en nuestro pecho la esperanza.

Los días de la Natividad fueron para nosotros muy felices; Victoria ya no marcharía. En celebración de aquel fausto suceso, la Noche-Buena dimos una modesta cena á la que yo invité á dos amigos; ella invitó á doña Francisca, y á una

familia vecina de la misma casa, compuesta de una señora viuda, sus dos hijas, y una hermana de la primera, señora de alguna edad.

Para esta familia que en poco tiempo llegó á profesar á Victoria verdadero cariño, mi querida pasaba por mi esposa, aparentando, siquiera por delicadeza que yo aplaudo, creerlo así. Aquella familia era la única amistad de Victoria, la única visita que recibíamos en nuestra casa. El trato é intimidad con ella, contribuyó no poco á la regeneración de aquella muchacha, que iba aprendiendo por fuerza, del natural, mediante la virtualidad del ejemplo, como aprenden los niños, y en esta categoría podía incluírsela á ella, nuevos modales y costumbres nuevas en armonía con su situación de entonces.

Por mucho que me complaciese el trato de Victoria con aquella familia, especialmente con Luisa, una de las hijas, hubo de cortar aquellas relaciones por motivos de prudencia. Las amistades habían llegado á ser tan íntimas, la confianza entre Luisa y Victoria hechóse tan grande, que yo temí que en esta sociedad tan injusta, acostumbrada á juzgar de ligero, fijándose sólo en las apariencias, Luisa saliera perjudicada por ello en el concepto de las gentes. Temí más, ¿por qué no decirlo con franqueza? Temí que dadas las circunstancias, Victoria no fuese un mal ejemplo para Luisa, que la indujese á conducirse por miseria de manera que me hubiera profundamente pesado.

Luisa era una agraciada muchacha de quince años. Hija de una familia acomodada había recibido una educación bastante esmerada; reveses de fortuna la habían reducido á la miseria más espantosa. Son innumerables los amargos días sin pan que pasaba aquella familia en la época en que yo los conocí casualmente.

La desgracia perseguía con obstinación á aquella desdichada familia, hasta el extremo de que por más esfuerzos y gestiones que hicieron las cinco mujeres de que se componía, sólo una había podido encontrar labor apropiada á su sexo, con que atender insuficientemente á las necesidades de todas, mejor dicho aún, para hacerse la ilusión de que atendían á ellas, engañando el hambre, así literalmente, como suena. Esta era Luisa, que trabajaba á la sazón en una fábrica de guantes donde ganaba, creo que veinte ó veinticinco pesetas mensuales, no siempre satisfechas con la puntualidad debida.

La estrechez y privaciones á que este mezuquina peculio tenía reducida á la familia no hay qué pintarla.

De todos los individuos de la misma, la que más por aquella situación se apenaba, y la más expuesta á sufrir sus naturales consecuencias, era Luisa.

Amiga del lujo y del boato por instinto, como joven deseosa de gozar de los placeres del mundo, condenada á ver continuamente entrar en el obrador elegantes y hermosas damas, vistiendo

ricos trajes, la pobre muchacha estaba cruelmente contrariada, soñando futuras grandezas, é interiormente dispuesta á cualquiera cosa por alcanzarlas. Tras de los trajes costosos, los sombreros elegantes, las botas de tacón alto y fina piel, que tanto contrastaban con sus harapos, se le iban á Luisa los ojos.

Enterado yo de todo esto por la misma Victoria, temblaba por el porvenir de Luisa, y así se lo manifeste á mi querida, recomendándola que procurase decentemente cortar aquellas relaciones.

—Si la ocurre una desgracia á la chica, ya verás tú, le decía yo, como su familia nos quiere hacer á nosotros responsables. Dirán que si el ejemplo nuestro viviendo maritalmente sin estar casados ha influido en la conducta de su hija. Vale más prudentemente evitar disgustos.

Tiempo hacía que yo trataba de poner término á aquellas amistades, pero sin encontrar manera hábil de conseguirlo. Además, Victoria se ofendía por aquellos propósitos míos, y me acusaba de quererla quitar la única amiga que tenía, lo cual era el colmo del egoísmo.

Una noche, Victoria y yo nos disponíamos á cenar, cuando llamaron precipitadamente á nuestra puerta.

Corrí á abrir, y Luisa llorando se precipitó en la estancia.

Cuando se serenó nos contó la causa que la tenía en aquel estado.

Después de un día entero pasado en el obrador en ayunas acababa de llegar á su casa. Su madre, por toda cena, la había dado una taza de thé...

Desesperada, había echado mil pestes por la boca, había estrellado la taza contra el suelo, y su madre la había pegado; por poco si la ahoga, si no viene á refugiarse en nuestra casa.

—Esto no puede ya aguantarse, decía Luisa llorando. ¿Y qué no haya por ahí ningun hombre que quiera llevarse me aunque sea al infierno?

Estas últimas palabras de la chica me llenaron de profundo desconsuelo, y me confirmaron más y más en mis sospechas.

Luisa cenó con nosotros, y después la acompañamos á su casa, prometiéndola que intercederíamos con su madre para que la perdonase.

Dispuesto á arrostrarlo todo en beneficio de la muchacha, aquella misma noche referí á la madre las palabras que en casa había pronunciado la chica; la expuse con delicadeza mis temores; la dí mil prudentes consejos; la manifesté que, no ignorando la chica que Victoria y yo no estábamos casados, era de temer que, como joven sin experiencia, procediendo por imitación, á la que tan propensas son los niños y aun las niñas, hiciese algún día un disparate, mucho más estando ya agujoneada por su carácter y por la fatalidad de las circunstancias.

Mi delicada misión había quedado con esto cumplida y mi conciencia tranquila. La madre de Luisa tuvo el buen sentido, por desgracia poco común, de no dar á mis palabras otro alcance ni otra significación que la que en realidad tenían.

Afortunadamente las circunstancias favorecieron mis propósitos, y algunos días más tarde ví marchar á Madrid, aunque no sin sentimiento, á aquella buena familia, de la que por haber querido mucho á Victoria, guardaré siempre simpático recuerdo.

De aquella cena de Noche-Buena, de que antes hablé, transcurrida en medio de la cordialidad y expansión más sincera, guardaré también siempre gratísima memoria.

Cuando ya muy dada la una de la madrugada los convidados se retiraron á descansar, y Victoria y yo hicimos lo propio, me pareció ser aquella la primera noche de nuestro amor; ¡tan vivo y ardiente era mi deseo de estrecharla entre mis brazos y cubrirla de apasionados besos!

La Noche-Buena fué para mí una noche feliz; como que el ángel de la esperanza arrullaba mi sueño.

De esta suerte, y en medio de una tranquilidad y holgura relativas, transcurrió un mes. Victoria y yo, creíamos asegurada nuestra dicha, y con la esperanza de mejorar aún en lo porvenir nos entregábamos á disfrutar del presente,

que ya no nos preocupaba, sin recelos y sin desconfianza.

Estos fueron los que por ser días de esperanza, transcurridos en medio de contento y de caricias, entregándonos á inocentes diversiones y á higiénicos paseos por el campo, que á Victoria le producían efecto admirable haciéndola recobrar poco á poco la turgencia del seno, la frescura del rostro, y las rosas de sus mejillas, convinimos en llamar *días de sol*.

Pero era aquella demasiada felicidad para ser duradera. Nuestro contento de entonces debía servirnos sólo de contraste para apreciar en todo su sombrío carácter las tristes horas que vendrían. Los días de sol eran sólo un momento pasajero de nuestra vida, tras los que debían venir otros negros, tempestuosos, amenazadores, como esos días de la naturaleza en que la cerrazón del horizonte parece ser presagio de un universal conflicto que llene de desolación y luto á nuestro planeta.

XIX

Y esos días vinieron en efecto. Era á principios de Febrero. La estación con sus rigores aumentaba lo duro y penoso de nuestra existencia.

Para colmo de desventuras yo había quedado cesante y sin esperanzas de colocarme. Como faltaban recursos, todo lo más que conseguíamos, era *vivir al día*, sin tener nunca el siguiente asegurado. La inquietud, el terror, la incertidumbre por el mañana, eran los caracteres distintivos de aquel periodo.

Victoria, sin embargo, lo soportaba todo con alegre resignación; lo que únicamente la apuraba era el pago de los alquileres de nuestra casa. Cuando alguna vez nos retrasábamos unos días, doña Francisca se ponía insoportable; á todas horas volvía con la misma música de «á ver si me pagan ustedes; yo no tengo un cuarto, soy una pobre; si no fuese por esto no les molestaría;» y luego, si no pagábamos al corriente, en seguida lo sabía todo el barrio y los

vecinos se asomaban á las puertas de sus casas á nuestro paso para vernos, cual si fuésemos bichos raros.

¡Oh, debían estar muy desocupados aquellos vecinos!

Yo no contaba ya con medios para conjurar la situación; todos mis recursos habían ido agotándose uno á uno en las crisis pasadas; hasta las puertas del Monte de Piedad, cuyos empleados todos me conocían á causa de mis frecuentes visitas, acabaron por cerrárame; digo, no ofrecían para mí ningún consuelo ¡cómo no me hubiera empeñado yo mismo!; Un día, para aplacar á doña Francisca, traté de empeñar las papeletas de empeño anteriores...

A costa de grandes sacrificios, de verdaderos esfuerzos de ingenio, puedo vanagloriarme de ello, logre que á Victoria no le faltase nunca lo más necesario. Pero era verdaderamente terrible aquello de que el pan, el vino, el aceite, el carbon, todo, absolutamente todo, se acabase al acabarse la última peseta. Solo quien uno y otro día se haya visto en semejantes apuros, sin saber cómo remediar las faltas, comprenderá el martirio de semejante existencia.

En aquellos días terribles, hasta la esperanza había desaparecido, y buscando instintivamente algo con que sustituirla, el corazón abría sus puertas á todo género de supercherías. Más de

una vez, yo mismo, incrédulo si los hay; me hice echar las cartas por Victoria para saber el éxito que tendrían mis gestiones: si me enviarían un dinero que me adeudaban ó que había pedido; si me admitirían en tal ó cual colocación que había solicitado. Pendiente de la explicación que daba á los naipes fortuitamente combinados de una ú otra suerte, unas veces me entregaba al desaliento más completo, y otras en alas de la esperanza me dejaba arrebatado por una loca y fugaz alegría, según que el vaticinio de los naipes me era propicio ó adverso. Luego yo mismo me reía de todo esto, ó me encolerizaba por haber prestado crédito, siquiera fuese por un momento, á supercherías semejantes, propias tan sólo de ignorantes mujerzuelas.

A veces la preocupación aquella duraba algunas horas, y era de ver como todo el día andaba yo cabizbajo é inquieto, preguntando á cada punto si el cartero había traído carta para mí ¡la carta que me anunciaban los naipes! Como la carta no llegaba, colérico más de una vez concluí por hacer trizas la baraja, que no tenía ninguna culpa de mis ridículos extravíos.

La interpretación de los ensueños jugó alguna que otra vez un papel importante en aquel triste periodo.

A ella los delirios de la inopia, la llevaban por distinto aunque no menos ridículo camino: nuestra ventura, que veía ya entre las neblinas del deseo con todos los más insignificantes

detalles, y que asimismo describía con una realidad sorprendente y tentadora, la cifraba en el hallazgo de una cartera llena de billetes de Banco, por valor de *quinientos mil duros*.

Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería.

Un día, horrible día aquel, la situación era verdaderamente desesperada. Carecíamos completamente de recursos; adeudábamos además á doña Francisca el alquiler de la segunda quincena del mes, y aquella mujer hecha una fiera, nos dió orden de desocupar la habitación inmediatamente. Ya no nos quería en su casa; nuestra permanencia en ella era causa de escándalo en el barrio; las mismas vecinas le negaban el saludo por causa nuestra; en la calle había quien conocía á Victoria; ella misma...

No quise oír más y me encerré en mi habitación. Me dejé caer en el sofá y allí permanecí largo rato como anonadado.

La borrasca se había desencadenado con un lujo imponente de detalles.

No me quedaba puerta alguna á que llegar, todas estaban cerradas para mí; no había recursos ni esperanzas; todo estaba negro, sombrío, verdaderamente aterrador. Los días de la desolación se acercaban; no había remedio, Victoria y yo teníamos que separarnos. ¿Qué haría la pobre sin mí? ¿Volvería á la horrorosa

existencia de perdición de la cual yo con tanto ahinco, con tanta constancia y con tan buen éxito había ido poco á poco alejándola?

No le quedaba otro recurso.

Loco, frenético, por aquel torbellino de ideas que cual clavos de finísimas puntas se revolvían en mi cerebro, contemplaba á Victoria con profundo dolor, como se contempla al moribundo de quien pronto va á separarnos la muerte, insensible, fría, implacable.

Ella hubo de leer mi pensamiento y adivinar mi dolor, pero rindiéndose á la desgracia, balbuceó quedo, muy quedito, como avergonzándose ante la idea de que alguien pudiera escucharla.

—No hay remedio, en pocos días ganaré para el viaje y me reuniré con mi familia.

—¿Y cómo? exclamé.

Fué á responderme pero la voz se le anudó en garganta.

—Y, sin embargo, dijo llorando, no hay más remedio, si no hay más remedio...

Todo cuanto en mí había de honrado, de noble, de decente, se sublevó ante aquella idea. Una tempestad de opuestos pensamientos bullía furiosamente en mi cerebro; me levanté cólerico de mi asiento y alcé la mano amenazadora sobre Victoria; creo que la hubiera aplastado... la negra nube que oscurecía mi vista se deshizo en lágrimas, y lloré; sí, lloré como un verdadero niño, como el conde de Muffat lloraba á veces por Nana.

Anonadado por la desesperación y el dolor, por un momento hasta acepté la posibilidad de aquella solución.

Sea, murmuré con voz que más que voz parecía un rugido. Yo no iré á verte en tu casa; me repugna esta idea; sólo te veré una vez al día; á una hora convenida y en sitio apartado donde no puedan vernos las gentes... no te besaré siquiera... no podría besarte donde hubiera puesto sus labios otro hombre; creo que no tendré valor para verte sin ahogarte y matarme yo después...

Entonces era ella la que lloraba.

—Es decir, que luego ya no me querrás, dijo fijando en mí sus húmedos ojos. Entonces no; prefiero morirme en un rincón de hambre.

Yo, sin escucharla apenas, siguiendo el curso de mis pensamientos, añadía:

—Que no se entere nadie... sobre todo mis amigos; la gente que nos conoce...; no digas á nadie tu verdadero nombre...

—Pero no, no es posible, exclamé fuera de mí levantándome de mi asiento; eso no será; te mataré y me mataré yo luego.

Como loco comencé á recorrer á grandes pasos la estancia con las manos crispadas y la vista fija en el suelo.

—No, no, añadí, dejándome vencer por no sé que creciente laxitud que se apoderaba de todo

mi cuerpo. Te amo tanto, tanto, que á pesar de eso volveré á vivir contigo. Sí, acepto el sacrificio tuyo que constituye mi horroroso martirio. Por una hora de dicha arrostraré resignado un siglo de tortura. Al fin y al cabo, agotados todos mis recursos, perdida la esperanza, me cabrá siempre el triste consuelo de considerarme héroe luchador vencido al fin en el duelo á muerte entre mi cariño y la desgracia...

—Tú, continué tras breve pausa durante la cual reinó solemne silencio, no dejarás de quererme por esto. ¿No es verdad que no me amarás menos, Victoria mía? Dime, dime que no, que lo oiga yo de tu propia boca...

—¿Y por qué había yo de quererte menos? repuso ella con amargura. ¿Acaso es tuya la culpa de nada de lo que nos sucede?

Nuevamente reinó profundo silencio.

—No, no, exclamé tras aquella breve pausa poniéndome resueltamente en pié como movido por automático resorte. Aun no se ha perdido todo, y tomando el sombrero me dirigí á la calle.

—¿Qué vas á hacer? preguntó ella aterrada.

—Vuelvo, vuelvo en seguida, respondí bajando ya la escalera.

A poco rato volvía, en efecto, radiante de alegría. ¡Traía dinero!

Por el momento había salvado la situación y vigorosa renacía en mí la esperanza.

Inmediatamente pagué á doña Francisca el alquiler que le adeudaba.

—Por mí, dijo la vieja viendo con ojos codiciosos relucir en mi mano algunas monedas, y metiéndose precipitadamente en el bolsillo las que yo acababa de darle, temerosa sin duda de que se le escaparan, por mí, mientras procuran ustedes pagarme puntualmente pueden continuar en la habitación. Yo me río de las murmuraciones de los vecinos; dinero, venga dinero, lo demás son pamplinas... Y al fin y al cabo, ¿saben ustedes quién es la que más habla? Pues la vecina del primero, esa vieja que tuvo una casa... en fin, una mancebía, y ahora al cabo de sus años, para arrepentirse, vive con un querido joven á quien retiene mediante la promesa que le ha hecho de nombrarle su heredero cuando muera. Nada; lo que yo digo: cuartos y más cuartos, lo demás son pamplinas.

La vieja tenía razón, pero me aparté de ella con asco.

Mientras viva recordaré con horror y hasta vergüenza las escenas de aquel día de emociones.

En otra ocasión sobrevino otra de aquellas crisis económicas que, aunque favorablemente resueltas siempre, dejaban honda huella en mi rostro y abatimiento moral terrible en el ánimo.

El día antes, en una pobre y aún escasa comida, habíamos agotado todos nuestros recursos... Al siguiente día probablemente tendría Victoria que quedarse sin comer...

Con esta desconsoladora convicción me acosté aquella noche procurando en vano conciliar el sueño é ilusionarme á mí mismo con alguna esperanza.

Levantéme con la aurora y corrí al lado de Victoria.

Entré con la doble llave que yo tenía siempre y la encontré en la cama, pero despierta.

Ella también había pasado mala noche.

—Aun estamos como ayer, sin esperanzas,

fueron mis primeras palabras después de abrazarla con el cariño de siempre.

Ella nada dijo; bostezaba falta de sueño con ese característico bostezo nervioso. Yo no me fijé en que aquella pudiera ser la causa, y lo atribuí á que la sola comida de la víspera había sido excesivamente frugal.

—Me voy descorazonado, la dije, pero me voy y no volveré hasta traer dinero. Ten paciencia, hermosa; y la besé en el cuello cuyo moreno mate resaltaba provocativo sobre el blanco fondo de la almohada.

—Adios, murmuró ella visiblemente preocupada, y extendió una de sus manos acariciándome el bigote como tenía por costumbre. Me apoderé de la mano y le mordí dulcemente un dedo.

Desde la puerta de la alcoba me volví á mirarla. Hubiera querido leer los extraños proyectos que en su cabeza formaría la perspectiva de un día de hambre.

—Que vuelvas pronto, me advirtió acompañando la recomendación con la más cariñosa de sus sonrisas.

Una vez en la calle, me detuve un momento con la cabeza baja en la actitud del que reflexiona.

Vamos me dije moviendo los piés... ¿Pero á dónde? me pregunté, deteniéndome de nuevo. Encogíme significativamente de hombros y comencé á andar pensando siempre hacia dónde me dirigiría.

Anduve á la ventura. La ciudad se despertaba volviendo á la cotidiana tarea. Había aún muchas casas con la puerta cerrada; los establecimientos casi todos, exceptos las chocolaterías, las lecherías, las tahonas y las tabernas estaban cerrados también. Las brigadas de la limpieza pública levantaban nubes de polvo bariendo las calles con sus escobones de lustroso mango de madera. Algún que otro trapero escarbaba con su garfio en los montones de inmundicia depositados en los rincones de los solares por edificar ó junto á los bordillos de las aceras, mientras que desde lejos le ladraban algunos perros callejeros y famélicos que veían en él al acaparador egoísta de su banquete. Los fijadores de carteles con sus escaleras al hombro, y sus ollas de engrudo en la mano y el rollo de carteles húmedos aun de la tinta de la imprenta bajo el brazo, iban fijando en las esquinas los anuncios de las funciones de teatro. Multitud de obreros soñolientos discurrían en todas direcciones, desperezándose, con el bulto de su almuerzo ó de su comida en el pañuelo de algodón á cuadros ó á rayas blancas, azules y encarnadas; algún que otro vendedor de periódicos voceaba de cuando en cuando, los de la localidad *con una plana de partes de Madrid y última hora*. Los carros de las lavanderas que venían á entregar la ropa limpia y á recoger la sucia, y los de las verduleras que iban al mercado con sus provisiones cuajadas de rocío,

eran los únicos vehículos que transitaban á aquella hora. Algún cochero en medio de la calle, en camiseta, las mangas remangadas, dejando al descubierto los nervudos brazos, con los pantalones llenos de remiendos remangados también y calzando los zuecos de madera rebosando paja, canturreando para ahuyentar el sueño, chapoteaba en los sucios charcos que al lado de las ruedas iba formando el agua de los baldes con que ayudado de una basta esponja limpiaba el coche que debía hacer el primer viaje á la estación de Francia. De vez en cuando, interrumpiendo su canto, alzaba la cabeza, y mientras que con la mano izquierda separada del cuerpo exprimía la esponja, decía algún verde chicoleo á la criada madrugadora que encarnada y fresca como una rosa, cesta al brazo, iba á la compra, ó arrojaba alguna insolencia á la beata legañosa que con paso ligero é incierto como el salto de la pulga, corría para alcanzar la misa.

Como el que anda sin objeto, nada más que por andar, por matar el tiempo, me metí en una iglesia, aunque allí estaba seguro de no encontrar lo que buscaba.

El postigo de la claveteada puerta, al cerrarse tras de mí haciendo chirriar sus goznes, produjo un ruido cavernoso que me hizo volver la cara espantado.

La iglesia estaba iluminada por una luz débil, más propiamente aun, por una luz que parecía envuelta en polvo negruzco; así como de carbón, que penetraba por los altos ventanales de estilo ojival. Un sacristán soñoliento encendía los cirios del altar mayor y de algunas capillas. Mis pasos en el pavimento resonaban en las bóvedas como sobre la losa de vacía tumba, y en aquella semi-oscuridad, interrumpida sólo por algún rayo de luz que se quebraba en un rosetón de la arquitectura ó daba de lleno en el rostro de alguna imagen, haciéndola aparecer lívida como un cadáver, me hubiera creído solo; si poco á poco mis ojos no se hubieran acostumbrado á ver en aquellas tinieblas, y si no hubiera herido mis oídos el continuo toser, el áspero gargajear y el estrepitoso sonarse de algunos fieles madrugadores que de rodillas ante el santo de su devoción ú ocultos tras las columnas de alguna capilla se entregaban á sus rezos.

El tañido de una campanilla remedando burlescamente la sonora voz de la campana de la torre, anunció que de la sacristía salía el sacerdote para decir una misa.

Los fieles se arrodillaron todos frente al altar y el oficiante comenzó el *Introito* con voz torpe y soñolienta.

Yo me alejé dirigiéndome hacia un banco del tras-coro, frente á una capilla iluminada por una mortecina lámpara de aceite, á cuyos lívi-

dos y vacilantes fulgores se distinguía á intervalos en el oscuro fondo un lienzo denegrido, representando el martirio de no sé qué santo.

Al acercarme al escaño un perrillo gruñó recelosamente, y le ví recostarse luego, lanzándome miradas de desconfianza, á los piés de un hombre que, repantigado en el banco, con las ropas en desorden, el sombrero caído á los piés y sucio de polvo, y las manos cruzadas sobre el vientre, roncaba con sonoridad de órgano, despidiendo un fuerte olor á vino.

Descansé un rato, pero como el frío ambiente de la iglesia me helaba el cuerpo, salí por una puerta excusada en cuyos escalones una mujer vendía rosarios, escapularios y cruces benditas de la madera del leño del Salvador, y tres ó cuatro pobres harapientos y repugnantes, rezaban ó murmuraban *Padre-nuestros* y *Ave-Marias*, que interrumpían á cada momento para implorar una limosna de los que en la iglesia entraban ó salían de ella.

A los pocos pasos me encontré cerca de un mercado, y como aquel que nada tiene que hacer, me interné en él.

Traté de distraerme de mis sombríos pensamientos con el bullicio que allí reinaba, y durante una buena hora me codeé con las sirvientas, que con la cesta al brazo iban de puesto en puesto comprando las provisiones para aquel

día; aquí una regateaba; allí otra ponía faltas á las mercancías desdeñándolas al fin entre los gritos y dicharachos de las vendedoras; más allá un mozo robusto, traficante en verdura, sostenía con un criado gran disputa acerca de si era ó no falsa una moneda que el segundo le había dado en pago de su compra: la disputa acabó en pendencia con sus puñadas y punta-piés correspondientes.

Aquel ir y venir de aquí para allá, aquel súbito desaparecer de las mercancías, pasando rápidas de las mesas ó de las banastas á las cestas; aquel *rum-rum* de las conversaciones de las criadas y de los gritos y voces de los vendedores cantando los precios ó llamando á los parroquianos que se alejaban; los golpes de los cortantes al partir la carne ó el bacalao; el alegre retintín de las monedas al hacerlas chocar por costumbre sobre los mostradores de mármol; aquella pestilencia indefinible formada por los aromas de los frutos; la humedad que exhalaban las legumbres, el nauseabundo olor del bacalao puesto en remojo en grandes lebrillos vidriados, en pilas de mármol ó de loseta valenciana de ramos azules, el enfadoso del pescado no muy fresco, sobre todos los cuales sobresalían las penetrantes emanaciones, el husmillo de la carne cruda; todo aquello daba al mercado el aspecto de un inmenso campo de batalla, el campo de la lucha por la vida, entre cuya algarabía yo me iba mareando.

Alejéme por esto; andando con dificultad entre el gentío, resbalando muchas veces en el suelo cubierto de humedad y sembrado de hojas podridas de legumbres, pieles de naranja y algún tomate averiado.

Lentamente desfilé por la pescadería; después pasé por delante de las mesas de la carne con las cabezas de cerdo, sus ricos lomos y los sabrosos rabos, con las piernas de carnero, con los medios bueyes mostrando su roja carne, todo colgado de garfios de hierro dorados al fuego, y ante aquella abundancia de cosas buenas, notas de una soberbia sinfonía gastronómica, que me sugerían mil tentaciones, yo no tenía más que un solo pensamiento y una sola frase: «¡Y Victoria tendrá hambre!»

Arrastrado por un remolino de gente, me encontré en el mercado de las aves, ante un puesto de tentadoras perdices que con los empellones tuve ocasión de tocar más de una vez con mis manos... ¡Las perdices le gustan á ella tanto! pensaba yo contemplándolas con ojos codiciosos... Pero en casa no hay ni carbón, ni pan, ni manteca...

Mientras así debatía mi cerebro con inmoral lógica, yo seguía mirando las delicadas aves, hasta que la vendedora, que estaba hablando con otra de un puesto próximo, se acercó al su-

yo, y apoyando ambas manos en el tablero de la mesa, me dijo:

—¿Quiere usted comprármelas, señorito?...
No son caras.

Vuelto en mí por aquellas palabras, contesté, aun medio turbado:

—Están demasiado frescas para mí; y me alejé repitiendo mentalmente: «¡Y la pobre Victoria tendrá hambre!...»

XXI

Seguí andando como antes á la ventura.

Los comercios de todos géneros estaban ya abiertos, personas con sombrero circulaban ya por las calles, las criadas, con el soldado al lado, regresaban á sus casas con paso lento con el cesto de la compra al brazo.

Ví venir en dirección opuesta á la mía un conocido, y aunque no tenía mayor franqueza con él, lo abordé resueltamente. Al llegar á hablarle me faltaron las fuerzas, y pensé no decirle nada, pero ya me había visto.

—Hágame usted el favor de un cigarrillo, le dije por decir algo, después de saludarle.

Me miró con extrañeza, ¡yo estaba fumando!

—¡Qué cabeza la mía! exclamé comprendiendo el significado de la mirada. Lo que quería pedirle á usted era un fósforo... ¡Mi cigarro ardía y humeaba.

Corrido completamente, me separé de él.

Tenía sed y entré en una taberna. Los obreros almorzaban sentados alrededor de las mesas de

pino. Algunos escuchaban la lectura de un periódico que uno de entre ellos leía en voz alta.

— Déme usted una copa de aguardiente de caña, dije parándome ante el mostrador.

Yo vestía levita y sombrero de copa. Multitud de rostros se volvieron á mí con extrañeza.

— Del fuerte, añadí yo al mozo como contestando á aquella curiosa mirada.

Dí dos cuartos, los únicos que tenía, y salí á la calle.

De nuevo comencé mis inciertos paseos.

Encontré á más de un amigo, y con cualquiera pretexto, turbándome sin poderlo remediar, les pedí dinero. Siempre obtenía una contestación negativa; comenzaba ya á desesperar, y Victoria se me representaba afligida, aguardándome impaciente en la ventana...

Entonces comencé á andar más aprisa; parecía que instintivamente reprochase á lentitud y descuido mío, el no haber salido aún de aquel apuro.

Pasé y repasé cien veces por calles y sitios que ya había recorrido antes; como antes también, á cuantos amigos encontré, les dirigí la misma pregunta: ¿Puedes prestarme un duro; aun que sólo sea medio?

La respuesta era siempre negativa, y yo con el corazón oprimido, nervioso, fatigado, me alejaba presa de los más negros sentimientos.

Así, en aquella cruel angustia, dieron las doce

de la mañana, y creyendo observar que los dependientes de algunos comercios, puestos en la puerta como en acecho de los parroquianos, comenzaban á mirar con recelo mi insistencia en pasar tantas veces por un mismo sitio; sintiéndome desfallecer por la ansiedad y el cansancio, un momento estuve tentado á volver al lado de Victoria. En seguida desistí de mi propósito: ¿á qué volver sin llevar recursos? me dije. Y me alejé con dirección hacia el muelle. Allí me senté encima de unas piedras observando con mirada distraída el continuo y suave movimiento de las olas que plateaban los rayos de un sol espléndido.

Al poco rato, como alentado por una vaga esperanza, volví á mis paseos por el centro de la ciudad. A las tres ví venir hácia mí á uno de mis más íntimos amigos, muchacho de buena posición, pero que á consecuencia del maldito juego, cuyo vicio le dominaba, sufría mil altibajos en su peculio.

Me fuí resueltamente hacia él.

—Vienes como llovido del cielo, le dije; hace ya mucho rato que ando buscando quien me preste un duro miserable.

—¿Dinero dijiste? repuso mi amigo, y luego añadió con desconsuelo: ¡Ay! ¡quién lo tuviera!

—¿Con que no es posible? pregunté tímidamente viendo casi desvanecida también aquella esperanza.

—Yo voy tras de lo mismo que tú desde ano-

che que me dejaron sin un cuarto. ¡Si pudiera empeñar algo! pero mira que triste soledad... y me mostraba la mano sin sortijas y el chaleco sin reloj...

—¡Empeñar! añadí pronunciando las palabras sin darme cuenta de lo que decía, ¡empeñar es siempre un buen recurso!

Seguidamente añadí con alegría tal que creo debió leerseme en los ojos:

—¿No tienes libros? ¡Sí? pues estamos salvados.

Mi amigo con las manos en los bolsillos del pantalón, levantados los hombros y la cabeza baja, callaba como si reflexionase.

—¿Quieres probarlo? me dijo al fin retorciéndose el bigote con aire de satisfacción.

No me hice repetir la pregunta y me puse á andar en dirección á su casa. El amigo casi no podía seguir mi ligero paso.

—¡Con mil demonios! me decía tratando de alcanzarme, espérate y guarda esos bríos para cuando vayas á cobrar alguna herencia ó quieras reventar á algun inglés que te vaya á la caza.

La habitación de mi amigo distaba del sitio en que nos hallábamos un buen trecho. Yo, obligado á moderar mi paso, creía que no íbamos á llegar nunca.

Entrando finalmente en el cuarto me dijo mi compañero, que cada vez se iba poniendo más jovial:

—Ea, ya estamos, pero ahora falta ver si podemos *pignorar* algo mejor que los libros. Joyas, no tengo ninguna, conservo sólo algún estuche; nada, un recuerdo...; por las ropas no dan un centavo...; mi magnífica escopeta de dos cañones, ó los libros, esto es todo lo que nos queda, y hétenos aquí víctimas de *l'embaras du choix*, que dicen los franceses.

—La elección no es dudosa, interrumpí yo que no estaba de humor de bromas, vale más empeñar los libros; la escopeta guárdala como último recurso.

—¿Para pegarme un tiro? exclamó mi amigo con viveza, haciendo ademán de rechazarme, y conmigo la idea del suicidio en que ni siquiera pensaba, ¡eso nunca! la guardaré, sí, pero para... recibir algún día dignamente á mis queridos acreedores...

—Basta de chanzas, le interrumpí impaciente, abreviemos; mira que el tiempo me apremia hoy de una manera horrorosa...

Sin más dilación nos pusimos entonces á escoger los libros por los que, según nuestro criterio podrían prestar más. Tres fueron las obras, y dos de ellas ilustradas por Doré, «La Biblia» y «El Quijote,» y un magnífico tratado de Obstetricia, que añadió mi amigo, diciendo:

—¡Ojalá tú que tan sabios consejos contienes para sacar á las mujeres de sus apuros, nos saques en bien de este; si no diré que toda tu ciencia es mentira...

Como yo no podía cargar con todo aquel peso, confiámoslo á la criada, y después de convenir con mi amigo que yo volvería á traerle la papeleta y el dinero, salí seguido de la fámula.

No había en toda la ciudad mas que una Caja de Préstamos que admitiese libros, y aunque estaba muy distante, hube de encaminarme á ella.

Una buena media hora después, llegábamos. Hice dejar á la sirvienta los libros sobre una mesa, y la despedí diciéndola que el señorito la gratificaría por el viaje.

Después de la salida de una pobre mujer que debía ser de la vecindad, pues iba á cuerpo y sin pañuelo en la cabeza, ó que quizás en su miseria se había visto obligada á empeñar aquellas dos precisas prendas, tocóme el turno y me aproximé al usurero que vestía bata á cuadros y gorro de oficina.

Le entregué los libros, y después de examinarlos buena pieza, con sus ojillos vivarachos que relucían como lucecitas de dos fósforos á través de los vidrios de sus anteojos, me dijo echando mano á la pluma que tenía detrás de la oreja.

—¿Cuánto?

—Dígalo usted mismo, contesté tímidamente sin saber que decir.

—El usurero me miró y volvió á hojear los libros.

—Cuarenta y dos pesetas, no-se puede dar más...

—Bien, articulé yo no sabiendo si alegrarme ó entristecerme por aquel fallo.

Momentos después, con la papeleta y el dinero, corría desalado á casa de mi amigo; entregándole cinco duros, y confesándome deudor de tres, volvía á bajar la escalera velozmente.

Me encaminé hácia casa de Victoria.

Sin curarme del frío nervioso de la emoción que me hacía castañetear los dientes; sin acordarme de la debilidad que después de un día de tanto ejercicio y angustia se había apoderado de mí, apretando el dinero con la mano como si temiese que aun se me escapase, corría, corría desahoradamente maldiciendo las distancias, renegando de los carros y de los coches que á veces me interceptaban el paso.

Al ver á los faroleros comenzar á encender el alumbrado público, me dí cuenta de que anocheceía, y me interné por un camino poco concurrido poniéndome á correr como un loco. Me parecía que por algunos minutos de retraso iba á llegar demasiado tarde.

¡Demasiado tarde! No sabía á punto fijo para evitar qué cosa podría llegar tarde, pero presentía una desgracia.

Ronco, cubierto de sudor, con los labios secos, trémulo, llegué al fin, y sin acordarme de que tenía llave, llamé con el picaporte. Mis golpes

resonaron con ese eco especial de las casas cuando están cerradas las ventanas, volví á llamar y nadie me respondió tampoco... Entonces me acordé de la llave y abrí precipitadamente la puerta. Una bocanada de ese aire viciado de las habitaciones cerradas, me dió en el rostro; corrí al cuarto de Victoria; ¡no estaba! fuí al comedor, tampoco; la busqué en las ventanas y en la galería, y la llamé con voz desfallecida; nadié me respondió; volví á entrar en su cuarto y con una mirada consulté todos los objetos como preguntándoles por ella. La cama estaba hecha, todo estaba en orden, hasta el suelo me pareció húmedo como si hubiese sido fregado aquel mismo día; sobre una silla ví su canasto de costura con ropa blanca, sobre la que el hilo de marcar devanado en un trozo de naipe, parecía una mancha de sangre; sobre la mesa estaba el dedal y las tijeras; sobre la mesa también había algunas hojas de papel de las que yo hacía servir de muestra para enseñarla á escribir; en una de ellas, con letra desigual y vacilante, estaba tres ó cuatro veces copiada la frase *No me olvides*; al lado de los papeles veíase entreabierto el ejemplar castellano de *Pot-Bouille*, de E. Zola; en el cenicero se veían cuatro ó cinco puntas de cigarrillo...

Aburrida esperándome, pensé, se ha distraído fregando los suelos; luego ha cosido, ha tratado de escribir y leer y ha fumado... pero ¿ahora dónde está?

—¡Victoria! ¡Victoria! volví á llamarla con voz plañidera y baja, como se llama á los muertos, y poco después salí á la calle.

No había andado muchos pasos, cuando la ví doblar ligera la esquina dirigiéndose hacia la casa.

El corazón me palpité de alegría y temor, y casi sin poderme contener de salir á su encuentro, me escondí en el vano de una puerta, por delante de la cual tenía ella que pasar forzosamente.

Cuando por el repiqueteo de sus tacones sobre el embaldosado de la acera, conocí que se acercaba, salí de repente y me coloqué á su lado.

Ella dió un grito de sorpresa; yo sin decirle una palabra, la miré con insistencia, ví en sus manos una rosa de invierno, se la arrebaté y la tiré contra el suelo con ira.

Entramos en casa sin haber roto nuestro silencio. Cuando ella fué, como de costumbre, á besarme después de haber cerrado la puerta, poniéndola la mano en el pecho, la rechacé con rudeza.

Entramos en el cuarto; ella sin quitarse la mantilla, se sentó junto á la mesa con la cabeza baja y mordiéndose las uñas, mientras sus ojos se inundaban de lágrimas.

Yo en pié, con los brazos caídos, el labio trémulo de ira, la dirigía silencioso escrutadoras

miradas, y ebrio de celos, revolvía en mi mente una injuria.

—Díme de donde vienes, á qué has salido, en dónde has estado, la dije dándole un golpe brutal con el revés de la mano en la barba.

Al golpe sus dientes castañetearon y comenzó á llorar, á llorar con esas lágrimas que tan sin esfuerzo brotan de los ojos cuando el corazón está demasiado henchido de pena.

—Habla, respóndeme... ¿Dónde has estado?... proseguí diciendo ante aquel silencio, que tomándolo por arrepentimiento ó vergüenza, más y más me irritaba. Habla, habla, indecente...

Ella no respondía más que con reprimidos sollozos.

—Ya te haré hablar yo, repuse apoderándome de su mano izquierda y apretándola furiosamente la muñeca. A la presión de mis dedos, abrióse su mano, y el pañuelo que conservaba estrujado en ella, cayó al suelo produciendo un sonido metálico.

Me precipité furioso sobre el pañuelo, y al levantarlo rodó por el suelo un duro, la unidad infame del vicio reglamentado.

Fuera de mí, me lancé sobre Victoria, y con ambas manos la oprimí la garganta.

Resbaló su cuerpo del asiento, y cayó al suelo de rodillas.

—¡Perdóname! ¡perdóname! articuló con voz desfallecida.

Sin separar mi mano izquierda de su cuello,

con la derecha tiré con fuerza del cajón de la mesa, y me apoderé de una pistola de dos cañones que allí tenía.

—Muere cuando menos arrepentida, exclamé al mismo tiempo furioso.

Ella, haciendo un supremo esfuerzo, se levantó del suelo y se abrazó á mí nerviosamente, cubriéndome de besos y de lágrimas mientras murmuraba :

—¡Soy inocente!... ¡soy inocente!... escúchame y te lo contaré todo...

El contacto de aquellos labios donde tantos placeres había yo bebido, la presión nerviosa de aquellos brazos que tantas veces me habían estrechado en los momentos de deleite, el timbre de aquella voz dulcísima, aquellas lágrimas que mojaban mi rostro, paralizaron mi arranque brutal.

—Habla, habla, la dije, si no te mato... y me mato yo luego...

Victoria se había desmayado en mis brazos y sollozaba sin dejar de llorar.

La recosté en la cama, y durante breves instantes, la contemplé con el pecho oprimido por la angustia.

Cuando volvió en sí, me dijo:

—Soy inocente, sí... Ese dinero lo he pedido prestado á... la Milagros... pero como tú me habías prohibido hasta que la saludara no sabía cómo decírtelo. Traía la mentira bien estudiada durante el camino, pero al verte me he pasmado y no he sabido engañarte.

—¡Mientes! la dije yo, todavía sobrecitado...
Ese dinero...

Sin terminar la frase, con los puños cerrados me abalancé á ella.

—Te juro que es la verdad, exclamó Victoria, por mi cariño te lo juro...

Los golpes con que colérico la amenazaba, cayeron furiosamente sobre mi cráneo. Parecía que quisiera destruir así las ideas que dentro de él batallaban.

Para salir de aquella horrorosa incertidumbre, sin esperar más, me dirigí hácia la casa de Milagros.

XXII

La Milagros era una mujer de unos treinta años. Había tenido una mancebía en otro tiempo y llevó siempre una vida relajada y escandalosa. En aquel entonces vivía en un pisito que le costeaba un marino, pero su vicio, era una muchacha vecina. Por todas aquellas razones, yo que traté de hacer romper á Victoria con su pasado, la había prohibido terminantemente que tuviese con ella relación alguna.

Llamé á la puerta y dije á la criada entrando decidido en el piso:

—He de ver á la señora.

—Allí está, me dijo, indicándome un corredor después de haberme mirado con extrañeza.

Llegué á una salita; una muchacha como de 20 años, pálida, delgada, de brillantes ojos y salientes pómulos recostada en un canapé, fumaba un cigarillo, cuyas espirales de humo revoloteaban entre los rayos de una gran mancha de luz que entraba por la abertura de un portier medio corrido.

Al ruido de mis pasos Milagros apareció en la puerta.

—Necesito hablarla á usted, la dije resueltamente, pero hablarla á solas y al momento.

Me hizo pasar á la pieza contigua á la sala, separada sólo de aquella por la cortina que cubría á medias la puerta por donde penetraba la luz.

Aquella habitación servía de tocador y dormitorio. Al entrar en ella me dió en el rostro una bocanada de aire tibio y perfumado en el que dominaba un fuerte olor á heno.

—Dispense usted, me dijo, que le reciba así. Ahora me vestía para ir al teatro.

Milagros, en efecto, estaba en corsé con los delgados brazos al descubierto, y se ajustaba el cordón de las enaguas blancas frente al espejo. Encima del mármol del tocador ardía un quinqué de petróleo; el agua de la palangana estaba teñida de rosa por la esencia de Lubin, y despedía fuerte olor á jabón de violetas; el peine con algunos negros cabellos enredados entre sus puas, estaba al lado junto con el cepillo para las uñas, la caja de polvos y varios pomos de esencias. Sobre una silla había un montón de ropa sucia, que Milagros tiró al suelo para ofrecermé un asiento; tirado, que no puesto sobre la cama, veíase un vestido negro, y en el suelo, al pié del tocador, la tohalla húmeda.

Todo esto lo observé mientras, después de correr del todo la cortina de la puerta, trataba

de reponerme para decir á Milagros el objeto de mi visita.

Al principio negó ella haber visto á Victoria aquel día. Hacía muchos meses que no la veía sino alguna vez conmigo en la calle; por cierto que estaba resentida de que ni siquiera la saludase ..

Aquella negativa pertinaz me desesperaba, me anonadaba.

Por fin, Milagros, compadecida de mí, me dijo la verdad. Victoria había estado efectivamente allí hacía un rato, y pretestando un apurillo de momento, la había pedido prestado una miseria... No había por qué avergonzarse de aquello; todo el mundo tiene apuros en su vida, y por eso debemos servirnos los unos á los otros. Sobre todo le suplico á usted, me dijo, que no diga á Victoria nunca que yo le he enterado de esto; me ha encargado mucho el secreto, diciendo que usted se enfadaría...

Tranquilizado respecto á mi primera sospecha, entonces que sabía de dónde venía el duro que ví en la mano de Victoria, asaltóme cruel otra duda terrible.

Si estaba seguro de que no había en aquel asunto ningún hombre por en medio, ¿caso Victoria y la Milagros?... ¡oh rabia, oh humillación!

Mientras que esta nueva sospecha nacía en

mí cegándome los ojos de la cara y casi los del entendimiento, la joven que ví á mi entrada recostada en un diván de la salita, asomó la cabeza por la puerta con curiosidad marcada.

—Puedes entrar, hijita mía, dijo la Milagros, no es un secreto para tí esto de que hablamos. El señor ha venido á preguntarme si había estado aquí su amiga, aquella que entró poco después de haber venido tú.

—¡Ah, la morena alta, andaluza, sí ya sé! exclamó la joven suspirando también ella satisfecha, como aquel que se siente aliviado de un enorme peso.

No menor parecía que me hubiesen quitado á mí del corazón sus palabras.

Tranquilo ya del todo, saludé á las dos mujeres y me alejé pensando:

—Hacía mal en sospechar, puesto que estaba presente la otra.

Victoria, á pesar de su desobediencia á mi voluntad, creció con aquello cien codos ante mis ojos, y de buen grado la dispensé su falta.

Cuando llegué á su casa, me esperaba en la ventana.

Al verme corrió á abrir la puerta y se arrojó en mis brazos llorando y diciendo:

—¿Y ahora, dí, desconfiarás de mí, me maltratarás como antes?

Por toda respuesta la estreché contra mi pecho con ternura, y dejé correr, como tantas

otras veces, mis lágrimas juntamente con las suyas.

—Me siento mal, Victoria, la dije al poco rato. Necesito descanso. En efecto tenía frío, me ardía la frente que parecía iba á estallar y me temblaban las piernas; mi respiración era desigual y fatigosa, apenas si podía hablar, los ojos se me cerraban involuntariamente.

Me metí en cama; poco después se acostó también Victoria, que se empeñaba en hacerme tomar algún alimento, y luego, toda alarmada, quería llamar un médico.

Breves instantes después, abrazado á ella, caía en ese letargo fatigoso de los que padecen violenta fiebre.

La agitación del día continuó durante la noche, y mil terribles ideas, temores y sospechas, los dolores del presente, las incertidumbres del porvenir, se agitaban en confuso torbellino en mi cerebro, produciéndome continuos sobresaltos.

Soñaba que una noche lóbrega se extendía á mi alrededor; Victoria y yo, perdidos en el campo, nos encontrábamos privados de todo recurso y faltos del alimento más indispensable; mis piernas flaqueaban rendidas de fatiga, mis piés chorreaban sangre, porque yo me había descalzado las botas para dárselas á ella. Subiendo por una escabrosa pendiente, cayó exánime en-

tre las breñas exclamando: «ya no puedo más.» Yo entonces la cogí en mis brazos y penosamente continué la ascensión...

—Por salvarla doy mi alma y mi vida, gritaba como un loco furioso...

El diablo se me presentó envuelto entre rojizas llamas, y me dijo:

—Tu vida no la quiero, vale bien poco, puesto que puedes perderla muy en breve; pero tu alma sí la tomo si aceptas el cambio. Tendrás para ella cuanto desees, riquezas, comodidades, dicha absoluta, pero tú te condenarás eternamente.

—Acepto, contesté sin vacilar.

—Bien, al dar la última campanada de la media noche, se habrá realizado tu deseo, pero serás para siempre mío...

El terror me helaba los huesos, pero no me desdecía de mi palabra ni retrocedía ante el sacrificio.

Con ella en brazos, calentándole las ateridas manos con mi aliento, esperé la hora fatal.

Sonó al fin lúgubre el tañido de la campana anunciando las doce, y el diablo presentóse de nuevo ante mí diciendo en glacial sonrisa:

—No puedo servirte, ni aun al precio de la perdición de tu alma puede ella ser feliz contigo.

Entonces un hombre montado en brioso corcel, en cuyos arneses resplandecían las piedras preciosas y los más ricos metales, me salía al camino dejando tras de sí un rastro de mone-

das de oro relucientes como brasas de fuego, se arrojaba sobre mí y trataba de arrebatarme á Victoria. Yo la defendía porfiadamente, con la desesperación de la agonía, pero herido al fin como por un rayo, caía al suelo, aflojaba los brazos, y desvaneciéndome veía á mi querida partir risueña con aquel poderoso caballero, enviándome con la mano un burlón beso de despedida.

Entonces me despertaba llorando y la encontraba inclinada sobre mí llena de angustia, expiando mis menores movimientos; nos besábamos como amantes largo tiempo separados que al fin se juntan, mi cabeza volvía á caer sobre la almohada y volvía á la misma pesadilla y al mismo delirio.

Una y otra vez, cuando imaginativamente veía como me arrebataban á mi querida, me despertaba, la encontraba siempre inclinada sobre mí con llorosos ojos, recogía sus lágrimas con mis labios abrasados, y después de un momento volvía á mi horrible tortura.

La agitación cruel de aquel día de prueba, el delirio de aquella noche, dejaron por algunos días huella profunda en el estado de mi ánimo. Continuamente estaba sobresaltado, y á cada momento creía que iba á perder á Victoria.

XXIII

Fueron aquellos conflictos tan inesperadamente resueltos, cuando su terrible desenlace parecía inevitable, una lección durísima.

Temerosos de que se reprodujesen, volvimos á pensar seriamente en nuestra separación temporal; la idea del viaje de Victoria volvió á presentármese como una idea salvadora.

Como mi situación económica no mejoraba, recelando que se presentasen circunstancias aún más difíciles que las anteriores, y que se realizase el ensueño aquel que era mi pesadilla, me conformé con la idea de no ver en algún tiempo á mi querida, ya que así me libraba del peligro de perderla para siempre.

Aunque con profundo desaliento reanudé mis gestiones. Esta vez la suerte quiso que me acompañase el éxito, y reunido el dinero, la partida de la desconsolada muchacha quedó definitivamente fijada para un día determinado.

Aquella vez ya no nos cabía duda, el viaje era de veras.

Lo que por nosotros pasó es todavía para mí verdaderamente inexplicable. La paz, el sosiego, la tranquilidad, nos abandonaron por completo, y con el temor con que el reo en capilla debe contar los momentos que aun le separan del alba para morir ante la curiosidad imbécil de un populacho estúpido, contábamos nosotros los días que aun nos quedaban de estar reunidos.

Los tres ó cuatro últimos, sobre todo, fueron días de prueba, las fuerzas iban poco á poco abandonándonos; siempre queríamos estar juntos, muy juntos y estrechamente abrazados cual si quisiéramos oponernos de aquella suerte á la fatalidad que nos separaba, y sin poderlo remediar, á lo mejor nuestros ojos se arrasaban de lágrimas.

—¿Es verdad que me escribirás todos los días? nos preguntábamos el uno al otro bruscamente.

—Sí, todos los días, decíamos con fuego respondiendo á aquella pregunta que correspondía á un estado especial de nuestro ánimo, en el cual reinaba siempre una misma idea, la idea de la próxima separación.

La última noche que pasamos juntos fué una noche terrible, noche de delirio y de fiebre. En un beso queríamos condensar toda la existencia, en una caricia expresar todo el amor que sentíamos; con nuestros brazos formar sólida é indestructible cadena para amarrar la rueda

del tiempo, que á cada una de sus vueltas nos arrancaba un suspiro.

El alba al enviar á la tierra sus reflejos, que al penetrar por la entreabierta ventana de nuestra alcoba, parecían pálidos y tristes como los rayos del sol poniente al caer sobre la tumba de una persona querida, nos sorprendió en el lecho todo revuelto como el del que muere en desesperadora agonía, mirándonos el uno al otro, pálidos y llorosos, medio incorporados sobre la almohada húmeda de nuestras lágrimas.

Llegó el momento terrible de la despedida, y mudos como estatuas, tomamos asiento en el coche que rato hacía nos esperaba á la puerta.

Victoria iba como quien va al suplicio, yo como quien va al entierro de un sér pedazo de su sér, carne de su carne.

Entre los muchos dolores que he experimentado en mi vida, no recuerdo ninguno que pueda compararse al que me producía aquella partida, más que el que sentí años después, al saber la muerte de mi adorada y santa madre.

Mudos y abatidos, con las manos entrelazadas, llegamos á la estación.

El tren, con su fila de vagones que me parecían larga hilera de coches fúnebres, estaba pronto para la marcha.

Acomodé á Victoria con la solicitud de un padre y la estreché mil y mil veces contra mi



pecho cubriéndola de apasionados besos, sin reparar en los demás compañeros de viaje que atónitos contemplaban aquella escena. ¿Qué me importaba á mí del mundo entero en aquellos momentos?

La campana de la estación anunciando la partida del tren me hizo volver á la realidad; dije á Victoria algo, no recuerdo que, pero sí que la dije algo; la besé de nuevo con ternura, y mordiéndome los labios para contener las lágrimas, automáticamente descendí del vagón. Victoria asomóse á la ventanilla, y durante breves momentos aun conservé sus manos entre las mías... Luego silbó estridentemente la locomotora, arrancó el tren que parecía que entre sus ruedas me trituraba el cráneo, y durante algunos segundos sólo ví el pañuelo de Victoria ondeante en la ventanilla como señal de despedida. Después ya no ví nada, y sin embargo, yo no quería moverme; el pañuelo de Victoria seguía flotando ante mis ojos como esas manchas que cree percibir la vista cuando se mira al sol de hito en hito.

La fatalidad nos había separado al fin. ¿Tardaríamos mucho en reunirnos?

Durante todo aquel día estuve como atontado; no estaba quieto en parte alguna; dos ó tres veces pasé por delante de la casa, testigo de tantas escenas de amor, esperando ver á Victoria

sentada detrás de la ventana aguardándome; al fin concluí por encerrarme en mi habitación, y ponerme á escribir.

Escribí ¿A quién?

A Victoria. La carta era larga, interminable, apasionada. La leí y la volví á leer mil veces; entonces me pareció que me encontraba más tranquilo.

Después rasgué la carta.

Así pasaron algunos días. Yo salía poco de casa; para distraerme escribía y leía mucho, y poco á poco iba resignándome á la separación, pues acostumbrarme á ello no me fué posible en los meses que duró la ausencia de Victoria.

Una mañana me encontré agradablemente sorprendido por una carta suya, que yo aguardaba con impaciencia.

Decía así:

«Querido de mi alma. Acabo de llegar como ya sabrás por el telegrama, y aunque molida del viaje me apresuro á escribirte; me parece que esto ha de consolarme. Los tres días que hace que no te veo, me parecen un siglo. Por Dios, procura que no tenga que estar aquí mucho tiempo, sino yo me voy á morir. Durante el viaje he llorado mucho, y apenas si he probado bocado; he tenido una sed insaciable. Tan desganada estoy que ni he tocado tanta comida apetitosa como me había preparado mi pobre madre.

»Mi familia me ha recibido muy bien. Ni un solo reproche, ni una sola indirecta me han dirigido sobre mi pasado. Según se vé han hecho cuenta de tu carta.

»Mi madre está, ¡la pobre! muy envejecida; yo sin embargo, la he reconocido al momento. Ella á mí no me hubiera conocido; dice que con mi abrigo blanco, tan gruesa y tan guapa, parezco una señora extranjera. Se me ha comido á besos. Mi padre se conserva muy bien; parece que por él no pasan años. Al besarme y estrecharme entre sus brazos, el pobre lloraba.

»Mi hermana, que yo dejé hecha una chiquilla, está hecha una mujer.

»Me alegraría que vieras qué guapa es; digo no, no quisiera que la vieras, serías capaz de enamorarte.

»Todos me han hecho mil preguntas acerca de tí. Ya puedes figurarte lo que les he contestado. Que eres muy feo y muy malo... que no me quieres ni tanto así...

»Por Dios, te lo suplico otra vez: no me tengas mucho tiempo aquí; manda pronto por mí. No es que esté mal, pero como á tu lado no puedo estar en ninguna parte. He tenido el gusto de ver á mi familia, y una vez satisfecho, quisiera marcharme otra vez.

»Que no vayas á irte por ahí con tus amigos. Esas bromitas acaban siempre donde yo me sé. Vosotros los hombres, en cuanto tenéis una copita de vino de más, ya no os acordáis de nada.

¡Ya verás! como yo me entere de alguna cosa... en seguida me tienes ahí. Ya sabes que te lo he jurado por la salud de mi madre, y te lo cumpliré.

»Mi familia se ha asombrado de verme escribir tan de corrido: yo les he dicho que todo eso te lo debo á tí, que tú has sido quien me ha enseñado.

»No acabaría nunca si hubiese de escribirte todo lo que se me ocurre. ¡Tengo unos presentimientos! No sé por qué me figuro que mientras que yo, pobrecita, estoy aquí llorando por tí, tú te estés divirtiendo con tus amigos... y acaso con otras mujeres.

»Si así es, ¡permita Dios!... pero no, monino mío; tú no harás eso... ¿es verdad que no?

»Mientras estoy escribiéndote, tengo delante tu retrato; ¡qué guapo estás!, qué ojillos, Dios mío; me los comería á besos!

»Escríbeme todos los días, como yo. Así, cuando lea tus cartas, me haré la ilusión de que te oigo hablar á tí.

»Adios, te quiere con toda el alma,

VICTORIA.

»P. S. Si puedes mándame para unas botas. Ya sabes que las que traje se estaban *muriendo de risa*.—Adios.»

Inmediatamente cogí la pluma y contesté:

«Victoria: Con la alegría que puedes figurar-

te he recibido tu primera carta, que he besado mil veces y que me sé ya de memoria, aunque apenas hace media hora que la tengo en mi poder.

»¡Tantas veces, y con tanta atención la he leído!

»Me has dado una alegría grandísima diciéndome lo bien que te ha recibido tu familia; siempre lo esperé así, y mucho más después de la carta en que se lo recomendaba.

»Por mi deseo de que dure poco nuestra separación, me hago cargo de lo vehemente que debe ser el tuyo. Descuida, querida mía, que por mí no ha de quedar. El gran disgusto que me ocasionó tu marcha ha sido causa de que no haya tenido estos días ni voluntad ni gusto para nada. Tú no sabes; quedé al despedirme de tí como atontado... Ya más tranquilo, desde hoy mismo, me consagraré con ahinco á buscar colocación, y revolveré cielos y tierra, si es preciso, para encontrarla.

»En cuanto cuente con algo seguro, por poco que sea, inmediatamente te escribiré que vengas. Si todavía hemos de pasar un mes ó dos con algunos apurillos, ¡qué diantre! los pasaremos y no nos vendrá de nuevo. ¿No es verdad, Victoria?

»¿Te acuerdas cuánto sufría y rabiaba yo en aquellos días negros y perros que últimamente pasamos, yo todavía no sé cómo? Pues todo lo daría hoy por bien empleado, todo lo llevaría

con paciencia, con tal de tenerte á mi lado, pues con ser mucho, me parece nada en comparación con la soledad en que no viéndote me hallo.

»Como tú, me consuelo mirando tu retrato, y tanto y tanto lo miro, que hay momentos en los que creo que mueve los ojos y que va á hablarme. Entonces lo beso como un loco, y... me pongo á decirle mil cosas... Si tu ausencia dura mucho, cuando vengas lo vas á encontrar sin esmalte.

»¡Las mujeres siempre igual; siempre tan mal pensadas! ¡Conque yo acaso me estoy divirtiendo! Sí, ¿eh? Si supieras la diversión que yo tengo...

»En cuanto á esto, no pases cuidado. Procura tú no faltarme, y está segurá de que yo no te faltaré.

»Tampoco concluiría nunca esta carta si hubiera de decirte todo lo que yo quisiera. Suple tú todo lo que yo, porque va á salir el correo, callo.

»No dejes de comer, tonta. Así no adelantará nada más que ponerte delgaducha y fea, con lo cual yo te querré menos cuando vengas.

»Pronto te mandaré dinero para que te compres unas polacas. Hoy, hija mía, no puedo.

»Hasta mañana. Te besa y abraza tu

RICARDO.»

Por este estilo, con cortas diferencias, eran

todas las cartas que Victoria me escribía diariamente y las que yo le contestaba. En todas volvía ella á las mismas dudas, á las mismas desconfianzas: «Yo estaría divirtiéndome y faltándola, ella, pobrecita... Como se convenciese de que era verdad lo que le había dicho una gitana, iba inmediatamente á ponerse en camino; ya encontraría ella dinero; bien sabía yo que podría encontrarlo, y me sacaría los ojos. Me había de acordar toda la vida de mi conducta. ¡Vaya! bonita era ella para sufrir que otra mujer gozase conmigo y se pasease orgullosa de mi brazo...

»Cuando pienso en esto—me escribía—me vuelvo loca y comprendo que hice muy mal en separarme de tí. Yo tonta, que te dejé libre el campo. A tu lado, de cualquiera manera, hubiese estado mejor que aquí; cuando menos hubiera podido celarte, no que ahora, campando por tus respetos, sabe Dios lo que harás.

»Pero eso sería no tener conciencia.»

«Si pensabas separarte de mí porque estuvieses ya cansado, ó porque hubieses visto otra que te gustase más, podías haberlo dicho desde ahí mismo,» me escribía otras veces. «Así te hubieras ahorrado el dinero del viaje. No te creas tú que yo me hubiese apurado por ello. No, hijo, no; una está ya hecha á todo, y nada la pilla de susto, mucho menos viniendo de los hombres. Pero haber fingido que debíamos separarnos, prometerme que pronto mandarías

por mí, engañándome como á una chiquilla, para luego dejarme aquí, es una infamia, sí, una verdadera infamia.

»Y esto llevas tú trazas de hacer conmigo; pero te fastidiarás, que no lograrás tu objeto.»

Yo trataba de tranquilizarla, pero en vano. Ni porque jurase ni perjurase se me creía.

Aunque no necesitaba ciertamente de aquel estímulo constante, que hartó eficaz lo tenía yo en mi amor, temiendo una brusca é imprudente resolución de Victoria que lo comprometiese todo, forzaba la máquina, recurría á todas mis relaciones y conocimientos, tocaba todos los resortes, en una palabra, á fin de encontrar una colocación que me permitiese volver á vivir con ella, calmando su ansiedad y sus recelos, y satisfaciendo también los vehementes deseos que de verla yo tenía.

Así transcurrieron tres meses.

Contra lo que pudiera esperarse, contra lo que yo mismo había llegado á temer en algunos momentos, mi cariño hacia Victoria, lejos de aminorarse, se hacía cada vez más constante y más verdadero; la ausencia, lejos de amenegar ó apagar el fuego de mi pasión, lo acrecentaba; producía el efecto de poderoso incentivo. ¡Harto fácil era de comprender, en vista de mis afanes por satisfacer mi deseo, cumplir mi palabra empeñada y dar á aquella buena

cuanto desgraciada muchacha, una prueba de mi gratitud sin límites.

Además, los celos me mortificaban de una manera cruel. Por mucha que fuese mi fé en el cariño y constancia de Victoria, me imaginaba que no habian de faltarle lazos y asechanzas que la expusiesen á engañarme.

Esta sospecha me desesperaba, y tenía que hacer grandes esfuerzos para que no se reflejase en mis cartas de una manera brutal.

Un día, más que en otra ocasión alguna, me sentí atormentado por crueles temores.

Victoria me escribió una carta que me dejó desconsolado y me puso furioso. Me decía en ella que la habían escrito dándole detalles de mi conducta; que de sus antecedentes resultaba que yo estaba engañándola miserablemente y burlándome de ella en alegres francachelas con mis amigos.

Me amenazaba con que todo iba á quedar concluído entre nosotros, si no mandaba á buscarla en seguida para que pudiese enterarse por sí misma de la verdad de mi comportamiento. La casualidad quiso que descubriese al autor de aquel infame anónimo, y que pudiese sincerarme á los ojos de ella.

No queriendo exponerme á nuevos peligros, redoblé mis esfuerzos para reunirme con Victoria.

Esa tendencia inexplicable que nos hace ver siempre nuestro porvenir, lejos, muy lejos, en

otro punto distinto de aquel en que la desgracia nos acosa y martiriza, me hacía creer á mí que el cambio de posición por que suspiraba había de realizarse en otra parte.

Con aquella firme creencia, dispuesto á probar fortuna, ya que en ello nada perdía, me trasladé á la ciudad de ***, lleno de esperanzas y provisto de numerosas recomendaciones para importantes personas del comercio de aquella plaza.

XXIV

Victoria aprobó aquella resolución mía que, como yo, creía favorable al logro de nuestros deseos.

Mi familia asintió á aquel viaje, en el que creía ver un medio de curarme de mi pasión, que era inútil tratase de disimular.

Además, como yo había llegado entonces á la mayor edad y me encontraba dueño de mi voluntad, hubiera sido inútil oponerse á mis proyectos.

La suerte, al parecer cansada de serme adversa, comenzó al cabo á sonreirme, cuando ya desesperaba de que mis gestiones diesen resultado alguno.

Al fin, tras muchos afanes, acabé por encontrar en el comercio una posición relativamente buena y que muchos envidiarían, á buen seguro, y gracias á la cual, al siguiente mes lo más tarde, podría reunirme con Victoria, viviendo desahogada y tranquilamente.

Una buena y afortunada operación bursátil

en la que me metí comprometiendo el dinero que en realidad no tenía, puso mis negocios en un estado de verdadero florecimiento.

Entonces, antes de lo que yo me figuraba, ví con alegría indecible llegado el suspirado instante de satisfacer mis deseos y los de Victoria, realizar una idea que era ya una poderosa, suprema aspiración, cumpliendo al propio tiempo un sagrado compromiso, y la escribí en los siguientes términos :

«Querida mía : A tu carta de ayer, llena de dudas y sembrada de recelos, voy á responder con una sola frase, que tendrá para tí por sí sola más elocuencia que cuantas protestas y juramentos pudiera hacerte : En cuanto recibas esta, y hayas hecho efectivo el importe de la letra adjunta, te pondrás en camino.

»Con cuánta alegría te comunico esta noticia, excusado es que te lo diga; ella es el epílogo de un poema de amor, la última etapa de la Odisea de mis afanes, desvelos y sacrificios, para cumplirte lo que te había prometido y me había prometido á mí mismo en el fondo de mi conciencia.

»Los acontecimientos, superiores á mi voluntad é independientes de mis buenos deseos, han retardado hasta hoy el cumplimiento de nuestra dicha, retrasando el arreglo de mis asuntos. Arreglados al fin éstos, se aproxima el

momento de volver á reunirnos para olvidar en un presente feliz las amarguras del pasado. Aunque es inútil que te lo recomiende, espero que no tardarás muchos días en ponerte en viaje.

¡Espero con tanta ansiedad el momento de estrecharte entre mis brazos! Va á parecerme mentira... Te lo diré ahora que ya no ha de afligirte; instantes ha habido en estos meses que ha durado nuestra separación, en que sin poderlo remediar, he sentido terribles desfallecimientos; había llegado á creer que no íbamos á vernos más!

»Desde hoy mismo, para que todo esté listo á tu llegada, me pondré á arreglar nuestro pisito. Será una monada; pequeño, pero lo suficientemente capaz para los dos; con mucho aire y mucho sol; jardín, agua viva... en fin ya lo verás dentro de algunos días por tus propios ojos.

»¡Ah! nuestra alcoba abre sus ventanas sobre el jardín, y espero que desde la cama, según tu deseo, debe de oírse el caer de la lluvia sobre los árboles perfectamente. Comienzo á comprender como tú, que debe de ser muy agradable y poético eso de oír la lluvia caer con monótono son y al viento azotar los cristales de la ventana, desde la cama, muy bien arropaditos en ella, muy juntitos los dos...

»¿Y ahora, picarilla, desconfiada, dí, creerás en mi palabra?

»Ya verás qué sorpresa te preparo á nuestra próxima vista.

»Hasta entonces, es decir, hasta luego como quien dice, me despido siempre tuyo,

RICARDO.»

Tres días después recibía el siguiente telegrama:

«Hoy mismo salgo vapor *Esperanza*.

VICTORIA.»

En aquel tiempo había yo amueblado nuestra habitación situada en uno de los barrios más céntricos de la ciudad. Los muebles, que si bien no eran muchos, aunque sí los suficientes para nosotros, lucían sobremanera en nuestra casa, limpia, cómoda, clara y con gas en la mayor parte de las habitaciones. En el arreglo de las piezas había yo puesto todo el esmero de un enamorado. En el tocador de Victoria principalmente, había desplegado casi casi verdadero lujo. Las paredés las había tapizado de raso azul con baquetilla plateada; los cortinajes de la ventana, de cristales esmerilados, eran blancos con vivos azules; azul, con elegantes ramos blancos era también la alfombra cubierta de hule de parecido dibujo en toda la parte que ocupaba el lavabo. Este mueble, por su elegancia y solidez era una soberbia pieza, obra de la

moderna ebanistería. Era de chicaranda perfectamente tallada; la parte superior era de finísimo mármol blanco, y de alabastro las dos móviles jofainas. El espejo, tallado por el mismo estilo, no estaba adosado al mueble, sino á la pared, de la cual salían dos giratorios reverberos de gas. El mobiliario de la habitación lo completaban un canapé azul como todo lo demás, dos butacas de las llamadas *confidentes*, unas cuantas sillas y un gran armario ropero, de chicaranda como el lavabo, con un espejo de una sola pieza que le servía de puerta. Del techo pendía una sencilla lámpara de bronce en cuyo espiga se enredaba artísticamente una guirnalda de flores artificiales de vivos colores. Flores naturales propias de estufa las había con profusión colocadas aquí y allá en macetas de porcelana sobre artísticos piés de madera negra.

El conjunto de la habitación era verdaderamente agradable; respiraba amor, coquetería y hasta cierto lujo.

Yo mientras cuidaba solícito de todos aquellos detalles, estaba gozando de antemano con la impresión que tanta riqueza produciría en Victoria.

Desde el tocador, por una puerta de escape perfectamente disimulada, se entraba en una pieza, el cuarto de baño, que yo había hecho disponer á aquel objeto.

Para el día en que esperaba á Victoria, estaba todo listo como le había prometido. Las ha-

bitaciones amuebladas, la despensa bien provista, hasta la mesa puesta, como aguardando la llegada de la que debía ser dueña feliz de aquella casita.

Mucho antes de la llegada del vapor me hallaba yo impaciente en el muelle. Apenas la Sanidad se adelantó á darle entrada, me lancé tras ella con la barquilla que de antemano tenía prevenida.

Cuando llegué al buque, en la cubierta del mismo, entre la multitud de pañuelos blancos que se agitaban, reconocí uno, el de Victoria, aquel pañuelo grabado en mi retina desde el día de la partida.

¡Sin embargo, que distinta impresión me produjo entonces!

Cuando me encontré á su lado, como el día de la despedida, la abracé y la besé mil y mil veces, también de muy distinta manera.

Cuando nos separábamos mis besos querían ser la cadena que uniese el presente con lo futuro; entonces eran el eslabón real y verdadero que unía el pasado con el porvenir; en el primer caso significaban dolor, dudas, celos; en el segundo alegría y esperanzas.

—Ahora sí que no nos separaremos más, dijo Victoria mientras que la barquilla iba cortando las aguas. ¡Me parecía mentira que hubiese de llegar este momento! ¡Caramba! y con que lentitud marchaba el vapor... yo creí que no iba á llegar nunca.

—Te encuentro pálido y más delgado, añadía.

—Yo á tí también.

—Claro, del viaje. ¿Te figuras tú que me ha atropellado poco el mareo? Si yo llego á sospechar que me había de marear tanto, ¡tres días seguidos! no me embarco.

Yo á duras penas me abstenía de abrazarla y besarla. ¡Estaba tan interesante con sus grandes ojos negros un poco hundidos pero radiantes de satisfacción! Ya que esto no podía ser, conservaba sus manos entre las mías estrechamente apretadas.

Cuando tomamos asiento en el coche que ya tenía alquilado, no pude contenerme por más tiempo... y la acaricié frenético.

Poco después el coche paraba á la puerta de la que en lo sucesivo debía ser nuestra casa.

—¿A dónde vamos ahora? dijo Victoria asomando la cabeza por la ventanilla.

—A casa, á tu casa, respondí yo.

—¡Mira tú que esta nuestra casa!... Será la fonda... y yo que creía que tenías ya el pisito arreglado, exclamó con visible desconsuelo.

—Pues este es nuestro pisito, y sino ven y lo verás repuse yo.

Di la mano á Victoria y bajó del coche. Subimos la escalera en medio de la incredulidad manifiesta de la chica; me detuve ante la puerta del cuarto segundo, llamé, y la criada salió á abrir.

—Pasa, dije á Victoria disponiéndome á sa-

borear todo el efecto que iba á producirle nuestra vivienda. Pero apenas hubo entrado en el recibimiento, sin cerrar la puerta, volví á besarla una y otra vez, mil veces.

Ya no le cabía duda, aquella era nuestra casa.

—Pero, exclamó Victoria maravillada, ¡cuánto lujo! Esto representa un dineral. ¿De dónde has sacado tú tanto dinero? ¿Es posible que todo esto sea nuestro?

—¡Sí, todo es tuyo, respondía yo rebosando de satisfacción. El sueño de la cartera con los 500,000 duros se ha realizado en parte... Y le expliqué como además de estar colocado en el comercio, una operación de Bolsa, una cosa en que nunca había pensado, me había favorecido produciéndome una ganancia más que regular, gracias á lo cual había podido arreglar nuestra casita de la manera que ella veía. Aquella era la sorpresa de que le hablaba en mi carta.

Ella me escuchaba embelesada.

El tocador, que para dar el golpe final era la pieza que yo reservaba para enseñársela la última, le produjo un efecto maravilloso. Aquello era ya demasiado, ella nunca había aspirado á tanto, ¡qué bueno era yo!; que hermosura de agua salía de las espitas de la bañera; ¡aquello era una delicia! Y se colgaba á mi cuello, y me acariciaba casi llorando de alegría... Y volvía á recorrer todas las habitaciones, y á elogiar la elegancia de los muebles, y á dudar

otra vez de que todo aquello pudiera ser suyo...

Si yo la hubiese dejado, sobre el mismo tema hubiera estado hablando todo el día. La interrumpí, pues, cariñosamente, recordándole que tendría necesidad de tomar algún alimento.

Despojóse Victoria de la ropa del viaje, se lavó, se alisó ligeramente el cabello, y nos sentamos á la mesa.

La criada sirvió la comida.

—Esto sí que es un gusto, decía Victoria. ¡Comer solitos en nuestra casa tan mona que parece un palacio! Al fin se me ha logrado el deseo, y ya era hora, caramba.

El primer plato lo comimos el uno sentado junto al otro, sazonándolo con frecuentes caricias. Al segundo, Victoria olvidándose hasta de que la criada podía sorprendernos, estaba sentada en mis rodillas, y con su brazo izquierdo rodeaba mi cuello, entregándose á apasionados transportes.

—Ya sólo me falta una cosa para ser completamente feliz, decía.

—¿Qué? preguntaba yo.

—Tener un hijo, respondía ella. Y lo tendré, sí lo tendré; ¿no es verdad? ¿por qué no podría yo tenerlo?

Llegaba la noche. Victoria estaba rendida de la fatiga del viaje... sentía necesidad de besar-

me, de estrecharme contra su seno... ¡después de tanto tiempo!.. Además, la cama tan Mullida, tan bonita, con sus blancas colgaduras tan limpias y relucientes estaba allí convidándonos...

¿Por qué no habíamos de acostarnos?

Nos acostamos. Victoria me reconocía el pecho, los brazos, el cuello; parecía que buscaba algo.

—Quiero ver si te han pellizcado... dijo al fin.

—Junté mis labios con los suyos y sonó un beso que cual descarga eléctrica que á los dos nos hubiera herido á un tiempo mismo, nos hizo estrecharnos convulsivamente, desplomándonos estrechamente abrazados en la cama.

Una oleada de cariño se extendió por nuestros cuerpos produciéndonos ligeros calofríos; nos abrazamos aun con más ternura.

Después de tres meses de ausencia, renovóse la primera noche de nuestro amor. Pero entonces éramos mucho más felices; el porvenir que parecía asegurado, ya no nos inquietaba; además estábamos seguros el uno del otro; nos amábamos... nos amaríamos así siempre, y... luego tendríamos un hijo... aquel sería el colmo de la ventura.

Debía ser muy tarde, cuando con la sonrisa en los labios, manifestación de la dicha que rebosaba en nuestros pechos, nos dormimos cariñosamente abrazados como dos niños. Muy tarde

era también cuando nos despertó el sol de un día magnífico, penetrando por los entreabiertos postigos de la ventana de nuestra alcoba.

El despertar fué delicioso. ¡Oh! Cuánto nos regocijó encontrarnos juntos.

XXV

Al fin, tras indecibles afanes, había realizado mi idea, aquella idea que desde el momento en que conocí á Victoria estaba fija en mi cerebro, constituyendo mi suprema aspiración, mi vehemente y constante deseo: la regeneración de aquella muchacha.

Yo estaba orgulloso de mí mismo, satisfecho de mi constancia. Ni el infortunio, ni la adversidad, que como las olas del mar que socavan los cimientos de las rocas, había tratado pertinazmente de quebrantar mi firme resolución, habían podido nada en mi ánimo; la murmuración de la sociedad, el abandono y la ingratitude, la oposición de la familia, la miseria misma asestándome con perseverancia certeros tiros, todo un mundo de contrariedades, en una palabra, contra mí diabólicamente conjurado, todo habíase estrellado contra algo grande, algo sublime y generoso: el amor, la compasión.

Los obstáculos para mi obra habían desaparecido al fin...

La fuerza de voluntad que destruye las montañas, que de las cordilleras hace valles floridos y amenos, de los eriales jardines de vistosas flores, que del Demóstenes tartamudo hizo el orador prepotente, cuya voz llega hasta nosotros aunque debilitada, al través de la ruina de los imperios y de los edades, como robusto eco de la elocuencia clásica, había obrado un nuevo prodigio: había sorteado todos los escollos, vencido todas las dificultades, y Victoria estaba allí, á mi lado, purificada por el amor, mía, exclusivamente mía, pese á cuanto de nuevo la solicitaba al vicio y á la perdición, pese á cuanto había tratado de impedir que diese cima á mi humanitaria obra.

Y yo, satisfecho, orgulloso, me crecía, me agigantaba. Ya no era el luchador heroico de aquellos días negros, vencido al fin por la desgracia, sino el bravo y perseverante soldado vencedor, hollando con su planta al infortunio, á las preocupaciones, á todos los enemigos de su empresa; era el soldado radiante de alegría para quien el amor y la ventura satisfechas, tejían hermosas guirnaldas.

Durante los primeros días de aquel segundo desposorio nuestro, me consagué á disfrutar de mi triunfo, me embriagué en mi dicha.

Y la ola del amor, en tanto, con el tiempo, iba subiendo... subiendo.

Navegábamos en un mar tranquilo y venturoso.

Yo, cada día descubría en Victoria nuevas cualidades, prendas nuevas, que me la hacían más adorable y cada día la amaba con amor más puro.

Ella, feliz, satisfecha, gozosa de ver desaparecer rápidamente la barrera aquella de preocupaciones y celos, de antipatías y condenación que injustamente se pretende establecer para separar á la mujer caída, de la sociedad, siempre que más, causante del tropiezo, sólo tenía un deseo, deseo vehemente, ser madre.

Eramos completamente felices; hasta el mismo sombrío pasado de Victoria había borrado en mi recuerdo, y creo que en el suyo. Si alguna vez acudía borroso á mi memoria, pronto lo desechaba diciéndome: eso fué y ya no será más.

Satisfecho de haber regenerado á Victoria moralmente, consagrábame entonces con ahinco á lograr su regeneración física, ayudado de un doctor. Después de destruir el virus que un medio corrompido pudiese haber dejado en su alma, quería perseguir hasta en su último escondite el que el vicio hubiera depositado en su cuerpo.

La tranquilidad de la vida y un excelente régimen higiénico, más que otra cosa, iban dando al parecer el resultado apetecido.

En poco tiempo Victoria había cambiado visiblemente; estaba mejoradísima; ciertos dolores que en piernas y brazos la aquejaban á veces, habían sido desterrados por completo; es-

taba más gruesa y de mejor color. Hasta algunas precoces arrugas que le habían salido al lado del rabillo de los ojos desaparecían rápidamente.

Yo lo observaba todo satisfecho.

Una noche, después de cenar, nos paseábamos por una de las calles más concurridas y principales de la ciudad, admirando el buen gusto y el lujo de los escaparates de las tiendas y comercios de todos géneros, cuando de repente advertí en Victoria un ligero estremecimiento y noté que su brazo oprimía el mío fuertemente.

Antes de que tuviese tiempo de preguntarle la causa, una mujer elegantemente vestida, aunque con exageración provocativa, dirigióse precipitadamente hacia nosotros exclamando:

—¡Victoria, Ricardol vosotros por aquí... y nos tendió la mano.

Victoria, temblando de piés á cabeza, contestó pronta como el rayo:

—No, aquí no nos paremos, hay mucha gente... y tirando materialmente de mí, que ya iba á estrechar la mano de Angeles, que no era otra la interlocutora, dobló la esquina de una calle próxima, poco pasajera y escasamente alumbrada.

Angeles nos siguió, y allí las dos antiguas compañeras se abrazaron y besaron con alegría.

—¡Qué guapá estás, y qué elegante! dijo Angeles.

—Tú todavía... murmuró Victoria.

—Siempre lo mismo, hija; ¡qué quieres, no todos tienen tu suerte! repuso Angeles sin dejar á Victoria acabar la frase. Pero ahora que caigo, añadió, ¿por qué no has querido saludarme ahí en la calle Principal?

—¡Mujer, por Dios! dijo Victoria roja como una amapola, no estaba bien...

Herida Angeles al parecer en fibra muy sensible, lanzando una carcajada sarcástica y llevándose las manos á la cabeza en señal de asombro, exclamó:

—¡Miren la señorita remilgada! ¡¡já, já!!... Ya no se acuerda de cuando ella...

—Angeles, por Dios, murmuró Victoria.

—Quita allá, quita, que me manchas con tus remilgos, já, já... repuso Angeles y se alejó de nosotros, y entrando en la calle Principal, bajó por ella azotando las aceras con los altos tacones de sus botas, luciendo su orgullo de *vengadora*, con su ademán descocado é incitante, lanzando miradas provocativas llenas de lujuriosas promesas á los hombres que encontraba á su paso.

—Vámonos, vámonos á casa, me dijo entonces Victoria. ¡No te parece que no estaba bien que nos parásemos á hablar ahí en medio de la calle, entre tanta gente?

—Naturalmente que no, la dije, y en aquel

momento la hubiese estrechado con efusión contra mi pecho, pues acababa de descubrir en ella el sentimiento del pudor vivo y pújante.

Algunos días después, Victoria, entre caricias zalameras, disimulando a duras penas su alegría, me dijo toda ruborosa.

—Creo que estoy embarazada, ¡por mi madre! esta vez sí que va de veras.

—Aquella era la centésima vez que en cuatro meses que llevábamos de vivir juntos, Victoria me decía lo mismo y no presté, por consiguiente, crédito á sus palabras.

Será una figuración tuya, una sospecha infundada, dije, y sonreí.

—No te rías, no, repuso ella, me lo conozco yo misma...

Y entonces Victoria tenía razón: efectivamente estaba embarazada; señales indubitables lo anunciaron algunos días después.

Por mí pasaba algo extraño: experimentaba una satisfacción infinita, un contento inefable... Ella estaba fuera de sí de alegría.

Desde el momento en que adquirí la certeza de que realmente era verdad la sospecha de Victoria, redoblé para con ella mis cuidados y atenciones; me parecía como si la quisiese doblemente.

El embarazo de la pobre era penoso. Las náuseas, los dolores de cabeza, los vómitos, la desgana, la mortificaban horribilmente. Estaba

flácida, ojerosa, iba poco á poco demacrándose. Todo lo que había ganado en cuatro meses, lo perdía en una semana de sufrimientos.

Gracias á mis cuidados exquisitos yo esperaba que la cosa no tendría ulteriores y funestas consecuencias.

Se acercaba, según su cuenta, la fecha del alumbramiento. Debía estar ya próxima á entrar en el mes. Entonces pensamos en todos los detalles consiguientes. Victoria dispuso todo lo necesario para el nacimiento del niño, de mi hijo, como repetía mil y mil veces á boca llena.

La cuestión de nombre dió mucha guerra.

Ella quería que si era niño llevase el mío; si niña, quería ponerle Cármen, el nombre de su madre.

En ninguno de los dos casos me satisfacían los nombres por Victoria indicados. Yo quería para mi hijo un nombre poco vulgar y significativo, sin ser ridículo; sobre todo, quería un nombre que no fuese de santo, ni tampoco de varón ilustre, ni en las ciencias, ni en las artes porque si á la criatura no le tiraba luego la inclinación por ninguna de aquellas cosas...

Después de mucho discutir convinimos en ponerle Deseado ó Deseada, según fuese niño ó niña, nombre para nuestro gusto, el más propio que podíamos imaginar.

Victoria con los ojos del deseo veía ya al niño de mil maneras. Sería muy bonito, mamaría mucho y engordaría más; daría envidia verle.

Y luego sería muy travieso; ella tendría que zurrarle muy á menudo; finalmente crecería y se haría hombre... Nosotros entonces iríamos ya para viejos.

¡Viejos, viejos! ¡Extraña y cruel palabral

—Quisiera que mi madre estuviese aquí para el parto, me dijo un día Victoria. Nadie me cuidaría mejor que ella, la pobre, y luego, se alegraría tanto!

Encontré muy natural aquel deseo, y accedí á él.

Algunos días después llegaba la madre de Victoria, mujersencilla y bondadosa si las hay.

Precisamente el día de la llegada de doña Cármen, fué para mí un día de pesar profundo.

Por la mañana Victoria me había dicho:

--Siento que no me encuentro bien; tengo un desfallecimiento... No podré ir á recibir á mi madre; el movimiento del coche me pondría más mala; para ir á pié no me encuentro con fuerzas; vé á esperarla tú sólo.

Así lo hice. Cuando volví, encontré á Victoria en cama. No había podido tenerse en pié... Devorada por la impaciencia, al querer ir del sofá al balcón había caído en tierra, presa de un fuerte vahido al que siguió un pertinaz mareo. Estaba pálida, extremadamente pálida, su voz era débil como un gemido.

El facultativo, no queriéndome ocultar la gravedad del caso, me dijo:

—Está mal la enferma. Esta debilidad, mucho

más en lo avanzado del embarazo, puede serle fatal. Cuidenla ustedes mucho.

Recetó y marchóse.

Cuando volvió por la noche la encontró en el mismo estado. Su pulso era débil; la respiración se efectuaba difícilmente; entre inspiración é inspiración mediaba demasiado tiempo, el pulmón, sin embargo, no parecía estar interesado; los movimientos del corazón eran anormales.

Le insinué la idea de una consulta que se verificó al día siguiente.

La noche aquella la pasé víctima de una ansiedad horrible; sentado á la cabecera de la cama, observaba con interés hasta los menores movimientos de la enferma. Su sueño era intranquilo; tenía fiebre, sufría una sed insaciable; su respiración era entrecortada; de vez en cuando abría con sobresalto los ojos que en aquel decaimiento general brillaban inusitadamente sobre su faz lívida, los fijaba pertinazmente en mí y cogía mi mano atrayéndome hacia sí de nuevo; yo juntaba mi cara con la suya, y entonces parecía dormir más tranquila.

Los dos médicos reunidos en consulta estuvieron de acuerdo en reconocer la gravedad de la dolencia. Lo que no sabían á punto fijo era la causa de la misma. Parecía aquello un decaimiento general de todas las fuerzas; un aflojamiento súbito é imposible de contener de todos los resortes del organismo; la clorosis invadien-

do todo su sér con la rapidez que el agua, rompiendo todos los diques que la contienen, invade los campos sembrando la desolación y la ruina.

—¿Se... morirá? interrogaba yo al doctor queriendo leer en mi ansiedad su contestación allá en el fondo de su cerebro, antes de formulada.

—Tal vez eso, precisamente no, contestaba el facultativo limpiando los cristales de sus lentes de oro con la punta de su pañuelo, pero le engañaría á usted si tratase de ocultarle la gravedad del estado de la paciente. Si antes de vencida esa debilidad que ha invadido el organismo sobreviene el parto, y es muy posible, puede quedarse en él. Sin esta circunstancia la cosa no revestiría tan mal aspecto. Si en el parto sobreviene una hemorragia, entonces sí que no hay remedio.

Pendiente de los labios del médico, cada palabra suya era un puñal que me clavaban en mitad del corazón.

En aquellos días comprendí lo horroroso del martirio del condenado á la impotencia. ¡Si hubiera estado en mi mano impedir el parto de Victoria!

En cruel incertidumbre transcurrieron ocho días mortales. Si las penas mataran yo hubiera muerto entonces.

Durante aquel tiempo yo no me separé de Victoria un momento, como no fuere para des-

ahogar mi corazón llorando como un niño. ¡Oh si mi cariño hubiera podido salvarla!

Una tarde me dijo el doctor:

—Animo, amigo mío, unos días más que se retrase el alumbramiento y si continúa la mejoría y no sobreviene la hemorragia, hemos ganado el pleito.

Veinte días llevaba Victoria de enfermedad, cuando una mañana, después de una noche de sueño, al parecer tranquilo y reparador, los síntomas de la dolencia se complicaron visiblemente.

Comenzaban los dolores del parto, primero sordos, lentos, después agudos, más agudos aun y más frecuentes, punzantes, como si del vientre se desgajase violentamente alguna entraña, finalmente terribles como si la piel del vientre hubiese de estallar como la tela de un globo.

Victoria estaba lívida como una muerta; de vez en cuando un vivo carmín teñía sus mejillas. En la estancia reinaba un silencio solemne; fijando la atención hubiérase oído el palpitante de los corazones.

—Me muero, me muero, decía la enferma retorciéndose doloridamente en el lecho; un sudor frío, como el sudor de la muerte, resbalaba por su frente.

Después caía en profundo silencio.

—Tengo sed, una sed horrible, decía.

Al poco rato comenzaban de nuevo los dolores. Tras ellos vino finalmente la expulsión feliz del feto...

Yo lloraba de alegría y de temor.

El facultativo observaba á la enferma con mirada escrutadora.

De repente vi brillar tras los cristales de sus lentes una mirada de alegría y sorprendí en sus labios una ligera, casi imperceptible, sonrisa de satisfacción.

—Han triunfado la naturaleza y la ciencia, me dijo estrechando con efusión la mano que yo instintivamente le tendía. Ahora, mucho cuidado con la madre, todo el que se tenga será poco; es preciso levantar esa naturaleza decaída, ese organismo aplastado...

—¿Se ha salvado, pues? pregunté al doctor lleno de satisfacción,

—Espero que sí, díjome aquel. No puedo aventurarme más.

Besé á Victoria en la frente, y mientras la madre, la comadrona y la criada prodigaban á la enferma y á la niña, pues niña era la recién nacida, todos los cuidados propios del caso, el facultativo y yo salimos de la habitación.

XXVI

Gracias á la solicitud con que la atendimos, vencida la crisis aquella que tanto temor me había inspirado, no tardó mucho la enferma en entrar en el periodo de la convalecencia, y dos meses después, ya completamente restablecida, y previa la venia del facultativo, podía ella encargarse por sí misma de criar á Victoria, que este fué el nombre que en definitiva pusimos á la niña, bautizada tan sólo civilmente.

El día en que Victoria dió por primera vez el pecho á su hija, creo que fué uno de los más felices de su vida; como que sin ello no se hubiera creído verdaderamente madre.

—Si no la criara yo no sé..., pero no me parecería hija mía, me dijo, concretando en aquella sencilla frase todo un tratado de filosofía maternal.

Instinto ó lo que fuese, yo estaba verdaderamente maravillado de ver como Victoria, cual si la hubiesen de súbito fundido en un crisol, se convertía en madre. Más solícita, más intelligen-

te, más amorosa, más hábil en leer en los ojos de su hija el pensamiento, el deseo incipiente y aun no bien definido, no recuerdo haber conocido madre alguna..... ¡ah, sí, la mía, la pobre y santa madre mía!

Victoria, robusta muchacha desde que nació, iba creciendo cada día en gracia y hermosura; cuando apenas tenía un año era el vivo retrato de su madre rodeada de esa aureola angélica, irradiación de la pureza del pensamiento y de la salud del cuerpo, que tan irresistible atractivo, tan mágico encanto presta á los niños.

Donde quiera que fuese vista la niña, hacía ojo entre las gentes, y todas las madres tenían para ella una palabra de admiración, un «Dios te bendiga,» ó un «qué hermosa criatura.»

La madre entonces volvía los ojos á mí sonriendo de esa manera tan especial y significativa que tiene algo del orgullo y de la satisfacción más legítima y pura; sonriendo, en fin, como sólo sonríen las madres.

De esta suerte, en medio de la tranquilidad y la paz que proporcionan todos los goces, los ideales todos de la vida satisfechos, pasaba rápido el tiempo.

Una tarde, era á principios de un invierno que amenazaba ser crudo cual ninguno, Victoria y yo nos hallábamos sentados junto á la ventana; ella cosía, yo estaba leyendo; la niña se entretenía á nuestro lado con sus juguetes.

Victoria de vez en cuando apartaba la vista

de su costura y yo del libro, y mirábamos á la niña satisfechos.

Oscurecía; negros nubarrones comenzaban á cubrir el cielo; el viento silbaba por entre las pocas hojas de los árboles, que mustias y amarillas, había dejado aún en las ramas el otoño; en la chimenea de la estancia retorciáanse las llamas como amantes juguetones que, ora se buscan, ora se esquivan..... y acaban por confundirse en estrecho abrazo.

Tocado de súbita melancolía, cerré el libro conservando el pulgar de mi mano derecha como registro entre las hojas; Victoria recogió su costura y con la mano apoyada en la barba y el codo en la rodilla, muda y pensativa fijó su vista en el cielo sobre cuyo fondo resaltaba la blancura de finísimos copos de nieve, que muy espesos comenzaban á caer.

Yo la observaba como siempre venturoso y enamorado. De repente noté que su vista soñadora y como perdida en la contemplación de la inmensidad del espacio, ó buscando una idea sutil que se le escapaba rebelde, se humedecía, y poco á poco, lentamente, cual si saliera de muy hondo, de las profundidades del alma, una lágrima se asomaba á sus hermosos ojos.

—¿Qué tienes, tontuela; por qué lloras?—la dije golpeándole suavemente en la mejilla más fina que el más finísimo terciopelo.

—Nada, me respondió, pensaba en los pobres que este invierno sentirán frío y hambre; me acordaba de los niños que no tienen padres. y atrayendo hácia sí á Victoria, que á nuestra conversación dejando sus juegos se había acercado á nosotros, la besó y acarició con ternura.

Aquellas palabras, en el estado de ánimo en que me encontraba, me conmovieron, y sin saber qué decir, pero obligado á decir algo, exclamé:

—Ay sí, ¡pobres niños!

—Y este invierno parece que vá á ser muy crudo, añadió ella, quedándose como antes profundamente triste y callada. La idea, sin embargo, se conocía en sus ojos, trabajaba interiormente, en el cerebro.

—Tú que lo sabes todo, añadió saliendo bruscamente de su contemplación, dime, ¿por qué son los unos muy ricos y los otros muy pobres en el mundo? ¿Es verdad que así lo ha dispuesto Dios?

Era aquella la primera vez que yo escuchaba de labios de Victoria preguntas de un orden tan elevado, así fué que me quedé sorprendido y verdaderamente perplejo para contestarlas.

—¿Qué te importa á tí todo eso, hermosa mfa, la dije tomándole la cara con el objeto de desviar de aquel punto la conversación.

—Sí que me importa, añadió ella con esa insistencia propia de los niños, y no te dejaré tranquilo hasta que me contestes. Yo quiero

saberlo; sí, quiero saberlo, hace muchos días que esa idea me preocupa..... Mira, yo creo que si todos fuésemos ricos, todos seríamos felices. ¡Sería esto tan bonito!

—Sí, contesté suspirando, sería muy hermoso, pero no puede ser.....

—El porqué no puede ser, eso, eso, es lo que quiero que me expliques, añadió Victoria, acercando su silla á la mía y apoyando su brazo en mi hombro como disponiéndose á no perder ninguna de mis palabras. Y con sus hermosos ojos, grandes, más grandes aun de lo que en realidad eran, á causa de la curiosidad que en ellos se manifestaba, me excitaba á darle la respuesta.

—Vaya un empeño el tuyo, dije contrariado, y lo bueno es que por más que yo haga ni sabré explicarme ni tú lograrás entenderme. Si tú supieras lo que me pides, no insistirías.

—No importa, añadió Victoria, dime solo una palabra; tu idea sobre el asunto; dime nada más si siempre habrá ricos y pobres en el mundo; venturosos y desgraciados.....

—Me abrumas de veras con tus preguntas que no sé á qué vienen, interrumpí decidido á contestar cualquiera cosa, aunque fuese un disparate, sólo por terminar aquella enojosa conversación.

—Te diré mi opinión, continué. Yo creo que sí, nunca seremos todos ricos ni todos venturosos; siempre habrá quien ría mientras otros

lloran, porque esa es la condición de la existencia; porque no teniendo todos iguales necesidades ni iguales medios de satisfacerlas, no podrá realizarse ese ideal de paz y tranquilidad absolutas. No todos, proseguí olvidando un momento con quien hablaba, tenemos asiento en el banquete de la vida; unos comen los platos, otros las mijagas, porque no hay bastante para todos.

¡Dichosos de nosotros, los que estamos abajo, si logra establecerse un turno y alguna vez nos sentamos á la mesa..... Y ¡eal! basta ya de esta lección de griego que tú no entiendes ni yo...

—No, sigue, sigue, que sí te entiendo, interrumpió Victoria vivamente interesada. Mira si te entiendo que ya tengo resuelta esa dificultad que tanto te apura: con que cada uno dé á los demás un poco de lo que tenga ya no habrá miseria en el mundo.

—¡Tú siempre buena, pobrecilla!, exclamé acariciándola.

—No, no soy buena, no, añadió ella con viveza y convicción. Ya siento la desgracia de los demás, pero no hago nada para aliviarla. Esto me trae pensativa desde hace muchos días. ¡Cuando una vé tanto pobre se le parte el alma! Dentro de cuatrodías cumple Victoria tres años; ¿vamos á celebrar ese día con una obra buena? Yo callaba.

—Sí, proseguía ella animándose por momentos, aunque no tenemos mucho, todavía pode-

mos dar algo á los pobres... Yo compraré abrigos de cama y ropa para los niños chiquitos; los reuniré aquí con sus madres y nuestra hija irá dándoles los regalitos por su propia mano á los infelices; quiero que se acostumbre á socorrer á los necesitados... De noche cuando se abriguen en la cama se acordarán de ese ángel del cielo, de nuestra niña.

Victoria me interrogaba con sus hermosos ojos.

Yo callaba. Estaba satisfecho; sentía algo como una oleada suave de ventura y de bondad que dulcemente invadía mi cuerpo.

—¿Quieres?, preguntaba Victoria. Sí, tú querrás...; tú eres bueno conmigo y has de serlo para todo el mundo. Si ha de haber siempre pobres, como tú dices, nosotros, más favorecidos que ellos por la suerte, tenemos el deber de atenderlos y socorrerlos. Dime que sí quieres...

—¿Cómo no, la interrumpió yo casi llorando, si es tan justo y tú lo quieres, hermosa mía?

Victoria, loca de contento, abrazada á mí, me daba las gracias juntando á la mía su sonrosada mejilla; la niña cabalgaba en mi pierna izquierda mirándonos con sus ojos expresivos é inteligentes.

Abracé á la madre y á la hija y en medio de aquellos dos seres encantadores que eran como una prolongación de mi existencia, mi alma y mi sér mismo, me sentí completamente venturoso.

Marzo 1883 — Abril 1884.



VALENTIN ACHA * EDITOR

Carretera Real, 7 * Sans (Barcelona)

VICTORIA

ESTUDIOS DEL NATURAL — * — Por CRISTÓBAL LITRÁN

Esta obra, del género naturalista, se halla de venta en las principales librerías de España y América al precio de 2 pesetas. Los pedidos diríjanse al Editor, V. ACHA, Carretera Real, 7, Sans (Barcelona)

MISTERIOS DEL VATICANO

ó

LOS SUBTERRÁNEOS DE ROMA

POR

Léo Taxil y Karl Milo

Primera traducción Castellana — Por CRISTÓBAL LITRÁN

Magnífica edición de lujo, adornada con profusión de grabados intercalados en el texto y láminas sueltas. — Se reparte por cuadernos semanales al precio de 2 reales.

PIO IX ANTE LA HISTORIA

POR

Léo Taxil

Primera traducción castellana * Segunda edición

Adornada con magníficas láminas, que consta de 22 cuadernos á 2 reales. * La obra está dividida en 2 elegantes tomos. * Los señores Suscritores á esta obra pueden recibirla de una vez lujosamente encuadernada, abonando el importe de 15 pesetas, ó bien repartida por cuadernos semanales.

